



COLEGIO NACIONAL DE EDUCACIÓN A
DISTANCIA

COORDINACIÓN ACADÉMICA



CONED

SÉTIMO AÑO

ANTOLOGÍA DE LECTURAS

DTO. DE ESPAÑOL

Antología de lecturas

Sétimo año

Cuento:	página
1. A la deriva. Autor: Horacio Quiroga	3
2. El gato negro. Autor: Edgar Allan Poe	6
3. El hombre invisible. Autor: G K Chesterton	13
4. Pícale la gallina. Autor: Luis Dobles Segreda	32
Teatro:	
El cartero del rey. Autor: Rabindranath Tagore	36
Poesía:	
1. Vuelo supremo. Julián Marchena	64
2. Hombre preso que mira a su hijo. Autor: Mario Benedetti	65
3. Defensa del árbol. Autor: Nicanor Parra	69
Novela:	
Elisa Delmar	71
Los ojos del perro siberiano	83

A la deriva
Horacio Quiroga

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

-¡Dorotea! -alcanzó a lanzar en un estertor-. ¡Dame caña¹!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

-¡Te pedí caña, no agua! -rugió de nuevo-. ¡Dame caña!

-¡Pero es caña, Paulino! -protestó la mujer, espantada.

-¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

-Bueno; esto se pone feo -murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito -de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

-¡Alves! -gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

-¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! -clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su fresca crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

-Un jueves...

Y cesó de respirar.

FIN



El gato negro

Edgar Allan Poe



No espero ni pido que alguien crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir. Loco estaría si lo esperara, cuando mis sentidos rechazan su propia evidencia. Pero no estoy loco y sé muy bien que esto no es un sueño. Mañana voy a morir y quisiera aliviar hoy mi alma. Mi propósito inmediato consiste en poner de manifiesto, simple, sucintamente y sin comentarios, una serie de episodios domésticos. Las consecuencias de esos episodios me han aterrorizado, me han torturado y, por fin, me han destruido. Pero no intentaré explicarlos. Si para mí han sido horribles, para otros resultarán menos espantosos que barrocos. Más adelante, tal vez, aparecerá alguien cuya inteligencia reduzca mis fantasmas a lugares comunes; una inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, capaz de ver en las circunstancias que temerosamente describiré, una vulgar sucesión de causas y efectos naturales.

Desde la infancia me destacué por la docilidad y bondad de mi carácter. La ternura que abrigaba mi corazón era tan grande que llegaba a convertirme en objeto de burla para mis compañeros. Me gustaban especialmente los animales, y mis padres me permitían tener una gran variedad. Pasaba a su lado la mayor parte del tiempo, y jamás me sentía más feliz que cuando les daba de comer y los acariciaba. Este rasgo de mi carácter creció conmigo y, cuando llegué a la virilidad, se convirtió en una de mis principales fuentes de placer. Aquellos que alguna vez han experimentado cariño hacia un perro fiel y sagaz no necesitan que me moleste en explicarles la naturaleza o la intensidad de la retribución que recibía. Hay algo en el generoso y abnegado amor de un animal que llega directamente al corazón de aquel que con frecuencia ha probado la falsa amistad y la frágil fidelidad del hombre.

Me casé joven y tuve la alegría de que mi esposa compartiera mis preferencias. Al observar mi gusto por los animales domésticos, no perdía oportunidad de procurarme los más agradables de entre ellos. Teníamos pájaros, peces de colores, un hermoso perro, conejos, un monito y un gato.

Este último era un animal de notable tamaño y hermosura, completamente negro y de una sagacidad asombrosa. Al referirse a su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era no poco supersticiosa, aludía con frecuencia a la antigua creencia popular de que todos los gatos negros son brujas metamorfoseadas. No quiero decir que lo creyera seriamente, y sólo menciono la cosa porque acabo de recordarla.

Plutón -tal era el nombre del gato- se había convertido en mi favorito y mi

camarada. Sólo yo le daba de comer y él me seguía por todas partes en casa. Me costaba mucho impedir que anduviera tras de mí en la calle.

Nuestra amistad duró así varios años, en el curso de los cuales (enrojeczo al confesarlo) mi temperamento y mi carácter se alteraron radicalmente por culpa del demonio. Intemperancia. Día a día me fui volviendo más melancólico, irritable e indiferente hacia los sentimientos ajenos. Llegué, incluso, a hablar descomedidamente a mi mujer y terminé por infligirle violencias personales. Mis favoritos, claro está, sintieron igualmente el cambio de mi carácter. No sólo los descuidaba, sino que llegué a hacerles daño. Hacia Plutón, sin embargo, conservé suficiente consideración como para abstenerme de maltratarlo, cosa que hacía con los conejos, el mono y hasta el perro cuando, por casualidad o movidos por el afecto, se cruzaban en mi camino. Mi enfermedad, empero, se agravaba -pues, ¿qué enfermedad es comparable al alcohol?-, y finalmente el mismo Plutón, que ya estaba viejo y, por tanto, algo enojadizo, empezó a sufrir las consecuencias de mi mal humor.

Una noche en que volvía a casa completamente embriagado, después de una de mis correrías por la ciudad, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo alcé en brazos, pero, asustado por mi violencia, me mordió ligeramente en la mano. Al punto se apoderó de mí una furia demoníaca y ya no supe lo que hacía. Fue como si la raíz de mi alma se separara de golpe de mi cuerpo; una maldad más que diabólica, alimentada por la ginebra, estremeció cada fibra de mi ser. Sacando del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí mientras sujetaba al pobre animal por el pescuezo y, deliberadamente, le hice saltar un ojo. Enrojeczo, me abraso, tiemblo mientras escribo tan condenable atrocidad.

Cuando la razón retornó con la mañana, cuando hube disipado en el sueño los vapores de la orgía nocturna, sentí que el horror se mezclaba con el remordimiento ante el crimen cometido; pero mi sentimiento era débil y ambiguo, no alcanzaba a interesar al alma. Una vez más me hundí en los excesos y muy pronto ahogué en vino los recuerdos de lo sucedido.

El gato, entretanto, mejoraba poco a poco. Cierto que la órbita donde faltaba el ojo presentaba un horrible aspecto, pero el animal no parecía sufrir ya. Se paseaba, como de costumbre, por la casa, aunque, como es de imaginar, huía aterrorizado al verme. Me quedaba aún bastante de mi antigua manera de ser para sentirme agraviado por la evidente antipatía de un animal que alguna vez me había querido tanto. Pero ese sentimiento no tardó en ceder paso a la irritación. Y entonces, para mi caída final e irrevocable, se presentó el espíritu de la *perversidad*. La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu; y, sin embargo, tan seguro estoy de que mi alma existe como de que la perversidad es uno de los impulsos primordiales del corazón humano, una de las facultades primarias indivisibles, uno de esos sentimientos que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en momentos en

que cometía una acción tonta o malvada por la simple razón de que no debía cometerla? ¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a transgredir lo que constituye la Ley por el solo hecho de serlo? Este espíritu de perversidad se presentó, como he dicho, en mi caída final. Y el insondable anhelo que tenía mi alma de vejarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer mal por el mal mismo, me incitó a continuar y, finalmente, a consumar el suplicio que había infligido a la inocente bestia. Una mañana, obrando a sangre fría, le pasé un lazo por el pescuezo y lo ahorqué en la rama de un árbol; lo ahorqué mientras las lágrimas manaban de mis ojos y el más amargo remordimiento me apretaba el corazón; lo ahorqué porque recordaba que me había querido y porque estaba seguro de que no me había dado motivo para matarlo; lo ahorqué porque sabía que, al hacerlo, cometía un pecado, un pecado mortal que comprometería mi alma hasta llevarla -si ello fuera posible- más allá del alcance de la infinita misericordia del Dios más misericordioso y más terrible.

La noche de aquel mismo día en que cometí tan cruel acción me despertaron gritos de: "¡Incendio!" Las cortinas de mi cama eran una llama viva y toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad pudimos escapar de la conflagración mi mujer, un sirviente y yo. Todo quedó destruido. Mis bienes terrenales se perdieron y desde ese momento tuve que resignarme a la desesperanza.

No incurriré en la debilidad de establecer una relación de causa y efecto entre el desastre y mi criminal acción. Pero estoy detallando una cadena de hechos y no quiero dejar ningún eslabón incompleto. Al día siguiente del incendio acudí a visitar las ruinas. Salvo una, las paredes se habían desplomado. La que quedaba en pie era un tabique divisorio de poco espesor, situado en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba antes la cabecera de mi lecho. El enlucido había quedado a salvo de la acción del fuego, cosa que atribuí a su reciente aplicación. Una densa muchedumbre habíase reunido frente a la pared y varias personas parecían examinar parte de la misma con gran atención y detalle. Las palabras "¡extraño!, ¡curioso!" y otras similares excitaron mi curiosidad. Al aproximarme vi que en la blanca superficie, grabada como un bajorrelieve, aparecía la imagen de un gigantesco gato. El contorno tenía una nitidez verdaderamente maravillosa. Había una soga alrededor del pescuezo del animal.

Al descubrir esta aparición -ya que no podía considerarla otra cosa- me sentí dominado por el asombro y el terror. Pero la reflexión vino luego en mi ayuda. Recordé que había ahorcado al gato en un jardín contiguo a la casa. Al producirse la alarma del incendio, la multitud había invadido inmediatamente el jardín: alguien debió de cortar la soga y tirar al gato en mi habitación por la ventana abierta. Sin duda, habían tratado de despertarme en esa forma. Probablemente la caída de las paredes comprimió a la víctima de mi crueldad contra el enlucido recién aplicado, cuya cal, junto con la acción de las llamas y

el amoniaco del cadáver, produjo la imagen que acababa de ver.

Si bien en esta forma quedó satisfecha mi razón, ya que no mi conciencia, sobre el extraño episodio, lo ocurrido impresionó profundamente mi imaginación. Durante muchos meses no pude librarme del fantasma del gato, y en todo ese tiempo dominó mi espíritu un sentimiento informe que se parecía, sin serlo, al remordimiento. Llegué al punto de lamentar la pérdida del animal y buscar, en los viles antros que habitualmente frecuentaba, algún otro de la misma especie y apariencia que pudiera ocupar su lugar.

Una noche en que, borracho a medias, me hallaba en una taberna más que infame, reclamó mi atención algo negro posado sobre uno de los enormes toneles de ginebra que constituían el principal moblaje del lugar. Durante algunos minutos había estado mirando dicho tonel y me sorprendió no haber advertido antes la presencia de la mancha negra en lo alto. Me aproximé y la toqué con la mano. Era un gato negro muy grande, tan grande como Plutón y absolutamente igual a éste, salvo un detalle. Plutón no tenía el menor pelo blanco en el cuerpo, mientras este gato mostraba una vasta aunque indefinida mancha blanca que le cubría casi todo el pecho.

Al sentirse acariciado se enderezó prontamente, ronroneando con fuerza, se frotó contra mi mano y pareció encantado de mis atenciones. Acababa, pues, de encontrar el animal que precisamente andaba buscando. De inmediato, propuse su compra al tabernero, pero me contestó que el animal no era suyo y que jamás lo había visto antes ni sabía nada de él.

Continué acariciando al gato y, cuando me disponía a volver a casa, el animal pareció dispuesto a acompañarme. Le permití que lo hiciera, deteniéndome una y otra vez para inclinarme y acariciarlo. Cuando estuvo en casa, se acostumbró a ella de inmediato y se convirtió en el gran favorito de mi mujer.

Por mi parte, pronto sentí nacer en mí una antipatía hacia aquel animal. Era exactamente lo contrario de lo que había anticipado, pero -sin que pueda decir cómo ni por qué- su marcado cariño por mí me disgustaba y me fatigaba. Gradualmente, el sentimiento de disgusto y fatiga creció hasta alcanzar la amargura del odio. Evitaba encontrarme con el animal; un resto de vergüenza y el recuerdo de mi crueldad de antaño me vedaban maltratarlo. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de hacerlo víctima de cualquier violencia; pero gradualmente -muy gradualmente- llegué a mirarlo con inexpresable odio y a huir en silencio de su detestable presencia, como si fuera una emanación de la peste.

Lo que, sin duda, contribuyó a aumentar mi odio fue descubrir, a la mañana siguiente de haberlo traído a casa, que aquel gato, igual que Plutón, era tuerto. Esta circunstancia fue precisamente la que lo hizo más grato a mi mujer, quien,

como ya dije, poseía en alto grado esos sentimientos humanitarios que alguna vez habían sido mi rasgo distintivo y la fuente de mis placeres más simples y más puros.

El cariño del gato por mí parecía aumentar en el mismo grado que mi aversión. Seguía mis pasos con una pertinencia que me costaría hacer entender al lector. Dondequiera que me sentara venía a ovillarse bajo mi silla o saltaba a mis rodillas, prodigándome sus odiosas caricias. Si echaba a caminar, se metía entre mis pies, amenazando con hacerme caer, o bien clavaba sus largas y afiladas uñas en mis ropas, para poder trepar hasta mi pecho. En esos momentos, aunque ansiaba aniquilarlo de un solo golpe, me sentía paralizado por el recuerdo de mi primer crimen, pero sobre todo -quiero confesarlo ahora mismo- por un espantoso temor al animal.

Aquel temor no era precisamente miedo de un mal físico y, sin embargo, me sería imposible definirlo de otra manera. Me siento casi avergonzado de reconocer, sí, aún en esta celda de criminales me siento casi avergonzado de reconocer que el terror, el espanto que aquel animal me inspiraba, era intensificado por una de las más insensatas quimeras que sería dado concebir. Más de una vez mi mujer me había llamado la atención sobre la forma de la mancha blanca de la cual ya he hablado, y que constituía la única diferencia entre el extraño animal y el que yo había matado. El lector recordará que esta mancha, aunque grande, me había parecido al principio de forma indefinida; pero gradualmente, de manera tan imperceptible que mi razón luchó durante largo tiempo por rechazarla como fantástica, la mancha fue asumiendo un contorno de rigurosa precisión. Representaba ahora algo que me estremeció al nombrar, y por ello odiaba, temía y hubiera querido librarme del monstruo si hubiese sido capaz de atreverme; representaba, digo, la imagen de una cosa atroz, siniestra..., ¡la imagen del *patíbulo*! ¡Oh lúgubre y terrible máquina del horror y del crimen, de la agonía y de la muerte!

Me sentí entonces más miserable que todas las miserias humanas. ¡Pensar que una bestia, cuyo semejante había yo destruido desdeñosamente, una bestia era capaz de producir tan insoportable angustia en un hombre creado a imagen y semejanza de Dios! ¡Ay, ni de día ni de noche pude ya gozar de la bendición del reposo! De día, aquella criatura no me dejaba un instante solo; de noche, despertaba hora a hora de los más horrorosos sueños, para sentir el ardiente aliento de la cosa en mi rostro y su terrible peso -pesadilla encarnada de la que no me era posible desprenderme- apoyado eternamente sobre mi corazón.

Bajo el agobio de tormentos semejantes, sucumbió en mí lo poco que me quedaba de bueno. Sólo los malos pensamientos disfrutaban ya de mi intimidad; los más tenebrosos, los más perversos pensamientos. La melancolía habitual de mi humor creció hasta convertirse en aborrecimiento de todo lo que

me rodeaba y de la entera humanidad; y mi pobre mujer, que de nada se quejaba, llegó a ser la habitual y paciente víctima de los repentinos y frecuentes arrebatos de ciega cólera a que me abandonaba.

Cierto día, para cumplir una tarea doméstica, me acompañó al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. El gato me siguió mientras bajaba la empinada escalera y estuvo a punto de tirarme cabeza abajo, lo cual me exasperó hasta la locura. Alzando un hacha y olvidando en mi rabia los pueriles temores que hasta entonces habían detenido mi mano, descargué un golpe que hubiera matado instantáneamente al animal de haberlo alcanzado. Pero la mano de mi mujer detuvo su trayectoria. Entonces, llevado por su intervención a una rabia más que demoníaca, me zafé de su abrazo y le hundí el hacha en la cabeza. Sin un solo quejido, cayó muerta a mis pies.

Cumplido este espantoso asesinato, me entregué al punto y con toda sangre fría a la tarea de ocultar el cadáver. Sabía que era imposible sacarlo de casa, tanto de día como de noche, sin correr el riesgo de que algún vecino me observara. Diversos proyectos cruzaron mi mente. Por un momento pensé en descuartizar el cuerpo y quemar los pedazos. Luego se me ocurrió cavar una tumba en el piso del sótano. Pensé también si no convenía arrojar el cuerpo al pozo del patio o meterlo en un cajón, como si se tratara de una mercadería común, y llamar a un mozo de cordel para que lo retirara de casa. Pero, al fin, di con lo que me pareció el mejor expediente y decidí emparedar el cadáver en el sótano, tal como se dice que los monjes de la Edad Media emparedaban a sus víctimas.

El sótano se adaptaba bien a este propósito. Sus muros eran de material poco resistente y estaban recién revocados con un mortero ordinario, que la humedad de la atmósfera no había dejado endurecer. Además, en una de las paredes se veía la saliencia de una falsa chimenea, la cual había sido rellena y tratada de manera semejante al resto del sótano. Sin lugar a dudas, sería muy fácil sacar los ladrillos en esa parte, introducir el cadáver y tapar el agujero como antes, de manera que ninguna mirada pudiese descubrir algo sospechoso.

No me equivocaba en mis cálculos. Fácilmente saqué los ladrillos con ayuda de una palanca y, luego de colocar cuidadosamente el cuerpo contra la pared interna, lo mantuve en esa posición mientras aplicaba de nuevo la mampostería en su forma original. Después de procurarme argamasa, arena y cerda, preparé un enlucido que no se distinguía del anterior y revoqué cuidadosamente el nuevo enladrillado. Concluida la tarea, me sentí seguro de que todo estaba bien. La pared no mostraba la menor señal de haber sido tocada. Había barrido hasta el menor fragmento de material suelto. Miré en torno, triunfante, y me dije: "Aquí, por lo menos, no he trabajado en vano".

Mi paso siguiente consistió en buscar a la bestia causante de tanta desgracia, pues al final me había decidido a matarla. Si en aquel momento el gato hubiera surgido ante mí, su destino habría quedado sellado, pero, por lo visto, el astuto animal, alarmado por la violencia de mi primer acceso de cólera, se cuidaba de aparecer mientras no cambiara mi humor. Imposible describir o imaginar el profundo, el maravilloso alivio que la ausencia de la detestada criatura trajo a mi pecho. No se presentó aquella noche, y así, por primera vez desde su llegada a la casa, pude dormir profunda y tranquilamente; sí, pude dormir, aun con el peso del crimen sobre mi alma.

Pasaron el segundo y el tercer día y mi atormentador no volvía. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡Aterrado, el monstruo había huido de casa para siempre! ¡Ya no volvería a contemplarlo! Gozaba de una suprema felicidad, y la culpa de mi negra acción me preocupaba muy poco. Se practicaron algunas averiguaciones, a las que no me costó mucho responder. Incluso hubo una perquisición en la casa; pero, naturalmente, no se descubrió nada. Mi tranquilidad futura me parecía asegurada.

Al cuarto día del asesinato, un grupo de policías se presentó inesperadamente y procedió a una nueva y rigurosa inspección. Convencido de que mi escondrijo era impenetrable, no sentí la más leve inquietud. Los oficiales me pidieron que los acompañara en su examen. No dejaron hueco ni rincón sin revisar. Al final, por tercera o cuarta vez, bajaron al sótano. Los seguí sin que me temblara un solo músculo. Mi corazón latía tranquilamente, como el de aquel que duerme en la inocencia. Me paseé de un lado al otro del sótano. Había cruzado los brazos sobre el pecho y andaba tranquilamente de aquí para allá. Los policías estaban completamente satisfechos y se disponían a marcharse. La alegría de mi corazón era demasiado grande para reprimirla. Ardía en deseos de decirles, por lo menos, una palabra como prueba de triunfo y confirmar doblemente mi inocencia.

-Caballeros -dije, por fin, cuando el grupo subía la escalera-, me alegro mucho de haber disipado sus sospechas. Les deseo felicidad y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, caballeros, esta casa está muy bien construida... (En mi frenético deseo de decir alguna cosa con naturalidad, casi no me daba cuenta de mis palabras). Repito que es una casa de excelente construcción. Estas paredes... ¿ya se marchan ustedes, caballeros?... tienen una gran solidez.

Y entonces, arrastrado por mis propias bravatas, golpeé fuertemente con el bastón que llevaba en la mano sobre la pared del enladrillado tras de la cual se hallaba el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Que Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio! Apenas había cesado el eco de mis golpes cuando una voz respondió desde dentro de la

tumba. Un quejido, sordo y entrecortado al comienzo, semejante al sollozar de un niño, que luego creció rápidamente hasta convertirse en un largo, agudo y continuo alarido, anormal, como inhumano, un aullido, un clamor de lamentación, mitad de horror, mitad de triunfo, como sólo puede haber brotado en el infierno de la garganta de los condenados en su agonía y de los demonios exultantes en la condenación.

Hablar de lo que pensé en ese momento sería locura. Presa de vértigo, fui tambaleándome hasta la pared opuesta. Por un instante el grupo de hombres en la escalera quedó paralizado por el terror. Luego, una docena de robustos brazos atacaron la pared, que cayó de una pieza. El cadáver, ya muy corrompido y manchado de sangre coagulada, apareció de pie ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la roja boca abierta y el único ojo como de fuego, estaba agazapada la horrible bestia cuya astucia me había inducido al asesinato y cuya voz delatadora me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

El hombre invisible - G.K. Chesterton

En la fresca penumbra azul, una confitería de Camden Town, en la esquina de dos empinadas calles, brillaba como brilla la punta del cigarro encendido. Como la punta de un castillo de fuegos artificiales, mejor dicho, porque la iluminación era de muchos colores y de cierta complejidad, quebrada por variedad de espejos y reflejada en multitud de pastelillos y confituras doradas y de vivos tonos. Los chicos de la calle pegaban la nariz al escaparate de fuego, donde había unos bombones de chocolate. Y la gigantesca tarta de boda que aparecía en el centro era blanca, remota, edificante, como un Polo Norte digno de ser engullido. Era natural que este arco iris de tentaciones atrajera a toda la gente menuda de la vecindad que andaba entre los diez y los doce años. Pero aquel ángulo de la calle ejercía también una atracción especial sobre gente algo más crecida; en efecto: un joven de hasta veinticuatro años al parecer estaba también extasiado ante el escaparate. También para él la confitería ejercía un singular encanto; pero encanto que no provenía precisamente del chocolate, aunque nuestro joven estaba lejos de mirar con indiferencia esta golosina.

Era un hombre alto, corpulento, de cabellos rojizos, de cara audaz y de modales un tanto descuidados. Llevaba bajo el brazo una abultada cartera gris, y en ella dibujos en blanco y negro, que venía vendiendo con éxito vario a los editores desde el día en que su señor tío -un almirante- le había desheredado por razón de sus ideas socialistas, tras una conferencia pública que dio el joven contra las teorías económicas recibidas. Llamábase John Turnbull Angus.

Se decidió a entrar, atravesó la confitería y se dirigió al cuarto interior -especie de fonda y , pastelería- y al pasar saludó, descubriéndose un poco, a la damita que atendía al público. Era ésta una muchacha elegante, vivaz, vestida de negro, morena, de lindos colores y de ojos negros. Tras el intervalo habitual, la muchacha siguió al joven al cuarto interior para ver qué deseaba.

Él deseaba algo muy común y corriente:

-Haga el favor de darme -dijo con precisión- un bollo de a medio penique y una tacita de café solo.

Y antes de que la muchacha se volviera a otra parte, añadió:

-Y también quiero que se case usted conmigo.

La damita contestó, muy altiva:

-Ése es un género de burlas que yo no consiento.



El rubio joven levantó con inesperada gravedad sus ojos grises, y dijo:

-Real y verdaderamente, es en serio, tan en serio como el bollo de a medio penique; y tan costoso como el bollo: se paga por ello. Y tan indigesto como el bollo: hace daño.

La joven morena, que no había apartado de él los ojos, parecía estarle estudiando con trágica minuciosidad. Al acabar su examen, había en su rostro una como sombra de sonrisa; se sentó en una silla.

-¿No cree usted -observó Angus con aire distraído- que es una crueldad comerse estos bollos de a medio penique? ¡Todavía pueden llegar a bollos de a penique! Yo abandonaré estos brutales deportes en cuanto nos casemos.

La damita morena se levantó y se dirigió a la ventana, con evidentes señales de preocupación, pero no disgustada. Cuando al fin volvió la cara con aire resuelto, se quedó desconcertada al ver que el joven estaba poniendo sobre su mesa multitud de objetos y golosinas que había en el escaparate: toda una pirámide de bombones de todos colores, varios platos de bocadillos y los dos frascos de ese misterioso oporto y ese misterioso jerez que sólo sirven en las pastelerías. Y en medio de todo ello había colocado el enorme bulto de aquella tarta espolvoreada de azúcar, que era el principal ornamento del escaparate.

-Pero, ¿qué hace usted?

-Mi deber, querida Laure -comenzó él.

-¡Oh, por Dios! Pare, pare: no me hable usted así. ¿Qué significa todo esto?

-Un banquete ceremonial, Miss Hope.

-¿Y eso? -dijo ella, impaciente, señalando la montaña de azúcar.

-Eso es la tarta de bodas, señorita Angus -contestó el joven.

La muchacha le arrebató la tarta y la volvió a su sitio de honor; después volvió adonde estaba el joven, y, poniendo sobre la mesita sus elegantes codos, se quedó mirándolo cara a cara, aunque no con aire desfavorable, sí con evidente inquietud.

-Y ¿no me da usted tiempo de pensarlo? preguntó.

-No soy tan tonto -contestó él-. -¡Tanta es mi humildad cristiana!

Ella seguía contemplándole; pero ahora, tras la máscara de su sonrisa, había una creciente gravedad.

-Mr. Angus -dijo con firmeza-; basta de niñerías: no pase un minuto más sin que usted me oiga. Tengo que decirle algo de mí misma.

-¡Encantado! -replicó Angus gravemente- y ya que está usted en ello, también debería. usted decirme algo sobre mí mismo.

-Ea, calle usted un poco y escuche. No es nada de que tenga yo que avergonzarme ni entristecerme siquiera. Pero, ¿qué diría usted si supiera que es algo que, sin ser cosa mía, es mi pesadilla constante?

-En tal caso -dijo seriamente el joven-, yo le aconsejo a usted que traiga otra vez la tarta de boda.

-Bueno, ante todo, escuche usted mi historia -insistió Laure-. Y, para empezar, le diré que mi padre era propietario de la posada «El Pez Rojo», en Ludbury, y era yo quien servía en el bar a la parroquia.

-Ya decía yo -interrumpió él- que había no sé qué aire cristiano en esta confitería.

-Ludbury es un triste soñoliento agujero de los condados del Este, y la única gente que aparecía por «El Pez Rojo» era, amén de uno que otro viajante, de lo más abominable que usted haya visto, aunque usted no ha visto eso jamás. Quiero decir que eran unos haraganes, bastante acomodados para no tener que ganarse la vida, y sin más que hacer que pasarse el día en las tabernas y en apuestas de caballos, mal vestidos, aunque hartos bien para lo que eran. Pero aun estos jóvenes pervertidos aparecían poco por casa, salvo un par de ellos que eran habituales, en todos los sentidos de la palabra. Vivían de su dinero y eran ociosos hasta decir basta, y excesivos en el vestir. Con todo, me inspiraban alguna lástima, porque se me figuraba que sólo frecuentaban nuestro desierto establecimiento a causa de cierta deformidad que cada uno de ellos padecía; esas leves deformidades que hacen reír precisamente a los burlones. Más que verdadera deformidad, se trataba de una rareza. Uno de ellos era de muy baja estatura, casi enano, o por lo menos parecía «jockey», aunque no en la cara y lo de más; tenía una cabezota negra y una barba negra muy cuidada, ojos brillantes, de pájaro; siempre andaba haciendo sonar las monedas en el bolsillo; usaba una gran cadena de oro, y siempre se presentaba tan ataviado a lo gentleman, que claro se veía que no lo era. Aunque ocioso, no era un tonto; hasta tenía un talento singular para todas las cosas inútiles; improvisaba juegos de manos, hacía arder quince cerillas a un tiempo como un castillo de artificio, cortaba un plátano o una cosa así en forma de bailarina... Se llamaba Isidore Smythe. Todavía me parece

verle, con su carita trigueña, acercarse al mostrador y formar con cinco cigarrillos la figura de un canguro.

El otro era más callado y menos notable, pero me alarmaba más que el pequeño Smythe. Era muy alto y ligero, de cabellos claros, nariz aguileña, y tenía cierta belleza, aunque una belleza espectral, y un bizqueo de lo más espantoso que pueda darse. Cuando miraba de frente, no sabía uno dónde estaba uno mismo o qué era lo que él miraba. Yo creo que este defecto le amargaba un poco la vida al pobre hombre; porque, en tanto que Smythe siempre andaba luciendo sus habilidades de mono, James Welkin (que así se llamaba el bizco) nunca hacía más que empinar el codo en el bar y pasear a grandes trancos por los cenicientos llanos del contorno. Pero creo que también a Smythe le dolía sentirse tan pequeñín, aunque lo llevaba con mayor gracia. Así fue que me quedé verdaderamente perpleja y del todo desconcertada y tristísima cuando ambos; en la misma semana, me propusieron casarse conmigo.

El caso es que cometí tal vez una torpeza; al menos, eso me ha parecido a veces. Después de todo, aquellos monstruos eran mis amigos, y yo no quería por nada del mundo que se figurasen que los rehusaba por la verdadera razón del caso: su imposible fealdad. De modo que inventé un pretexto, y dije que me había prometido no casarme sino con un hombre que se hubiera abierto por sí mismo su camino en la vida, que para mí era cuestión de principios el no desposarme con un hombre cuyo dinero procediera, como el de ellos, del beneficio de la herencia. Y a los dos días de haber expuesto yo mis bien intencionadas razones comenzó el conflicto. Lo primero que supe fue que ambos se habían ido a buscar fortuna, como en el más cándido cuento de hadas.

Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe, y realmente son inquietantes.

-Y del otro, ¿no ha sabido usted más? preguntó Angus.

-No; nunca me ha escrito -dijo la muchacha después de dudar un instante-. La primera carta de Smythe decía simplemente que había salido , en compañía de Welkin con rumbo a Londres; pero, como Welkin es tan buen andarín, el hombrecillo se quedó atrás y tuvo que detenerse a descansar al lado del camino.

Le recogió una compañía de saltimbanquis que casualmente pasaba por allí; y en parte porque el pobre hombre era casi un enano, y en parte por sus muchas habilidades, se arregló con ellos para trabajar en la próxima feria, y le destinaron para hacer no sé qué suertes en el Acuario. Esto decía en su primera carta. En la segunda había ya más motivo de alarma. La recibí hace apenas una semana.

El llamado Angus apuró su taza de café y dirigió a su amiga una mirada cariñosa y paciente. Ella, al continuar, torció un poco la boca, como esbozando una sonrisa:

-Supongo que en los anuncios habrá usted leído lo del «Servicio silencioso de Smythe», o será usted la única persona que no lo haya leído. Por mi parte, no estoy muy enterada; sólo sé que se trata de la invención de algún mecanismo de relojería para hacer mecánicamente todo el trabajo de la casa. Ya conoce usted el estilo de esos reclamos: «Oprime usted un botón, y ya tiene a sus órdenes un mayordomo que nunca se emborracha.» «Da usted vuelta a una manivela, y eso equivale a una docena de criadas que nunca pierden el tiempo en coqueteos, etc.» Ya habrá usted visto los anuncios. Bueno: las dichas máquinas, sean lo que fueren, están produciendo montones de dinero, y lo están produciendo para los purísimos bolsillos del mismísimo duende con quien trabé conocimiento en Ludbury. No puedo menos de celebrar que el triste sujeto tenga éxito; pero el caso es que me aterra la idea de que, en todo momento, puede presentáseme aquí y decirme que ya ha logrado abrirse un camino, como es la verdad.

-¿Y el otro? preguntó Angus con cierta obstinada inquietud.

Laure Hope se puso en pie de un salto.

-Amigo mío -dijo-, usted es un brujo. Sí, tiene usted razón, usted es un brujo. Del otro no he llegado a recibir una sola línea. Y no tengo la menor idea de lo que será de él, o dónde habrá ido a parar. Pero es de él de quien tengo más miedo; es él

quien se atraviesa en mi camino; él quien me ha vuelto ya medio loca. No, lo cierto es que ya me tiene loca del todo; porque figúrese usted que me parece encontrármelo donde estoy segura de que no puede estar, y creo oírle hablar donde es de todo punto imposible que él esté hablando

-Bueno, querida amiga -dijo alegremente el . joven-, aun cuando sea el mismo Satanás, desde el momento en que usted le ha contado a alguien el caso, su poder se disipa. Lo que más enloquece, criatura, es estarse devanando los sesos a solas. Pero, dígame ¿dónde y cuándo le ha parecido a usted ver u oír a su famoso bizcó?

-Sepa usted que he oído reírse a James Welkin tan claramente como le oigo hablar a usted -dijo la muchacha con firmeza-. ¡Y no había un alma! Porque yo estaba allí, afuera, en la esquina, y podía ver a la vez las dos calles. Además, y aunque su risa era tan extraña como su bizqueo, ya se me había olvidado su risa. Y hacia como un año que ni siquiera pensaba en él. Y lo curioso es que la primera carta de su rival (verdad absoluta) me llegó un instante después.

-Y ¿alguna vez ha hablado el espectro, o chillado o hecho alguna cosa?- preguntó Angus con interés.

Laure se estremeció, y después dijo tranquilamente:

-Si. Precisamente cuando acabé de leer la segundo carta de Isidore Smythe, en que me anunciaba su éxito, en ese mismo instante oí a Welkin decir: «Con todo, no será él quien se la gane a usted.» Tan claro como si hubiera hablado aquí dentro de la habitación. Es horrible: yo debo de estar loca.

-Si usted estuviera loca realmente -contestó el joven-, creería usted estar cuerda. Pero, en todo caso, la historia de este caballero invisible me resulta un tanto extravagante. Dos cabezas valen más que una (y ahorrémonos alusiones a los demás órganos) y así, si usted me permite que, en categoría de hombre robusto y práctico, vuelva a traer la tarta de boda que está en el escaparate...

Pero al decir esto se oyó en la calle un chirrido metálico, y un motorcito, que traía una velocidad diabólica, llegó disparado hasta la puerta de la pastelería., y paró.

Casi al mismo tiempo, un hombrecito con un deslumbrante sombrero de copa saltó del motor y entró con ruidosa impaciencia.

Angus, que hasta aquí había conservado una fácil hilaridad, por razón de higiene interior, desahogó la inquietud de su alma saliendo a grandes pasos hacia la otra sala, al encuentro del recién venido. La sospecha del enamorado joven quedó confirmada a primera vista. Aquel sujeto elegante, pero diminuto, con la barbilla negra, insolentemente erguida, los ojos vivaces y penetrantes, los dedos finos y nerviosos, no podía ser otro que el hombre a quien acababan de describirle: Isidore Smythe, en suma, el hombre que hacía muñecos con cáscara de plátano y cajas de fósforos; Isidore Smythe, el hombre que hacía millones con mayordomos metálicos que no se embriagan y criadas metálicas que no coquetean. Por un instante, los dos hombres, comprendiendo instintivamente el aire de posesión con que cada uno de ellos estaba en aquel sitio, permanecieron contemplándose con esa generosidad fría y extraña que es la esencia de la rivalidad.

Pero Mr. Smythe, sin hacer la menor alusión a los motivos de antagonismo que podía haber entre ambos, dijo sencillamente, en una explosión

-¿Ha visto Miss Hope lo que hay en el escaparate?

-¿En el escaparate? -preguntó Angus asombrado.

-No hay tiempo de entrar en explicaciones -dijo con presteza el pequeño millonario-. Aquí sucede algo extraño, y hay que proceder a averiguarlo.

Señaló con su pulida caña al escaparate recientemente saqueado por los preparativos nupciales de Mr. Angus, y éste pudo ver con asombro una larga tira de papel de sellos postales pegada en la vidriera, que con toda certeza no estaba allí cuando él estuvo asomado el escaparate, minutos antes. Siguiendo al enérgico Smythe a la calle, vio que una tira de papel engomado, como de un metro, había sido cuidadosamente pegada a la vidriera, y que en el papel se leía, con caracteres irregulares: Si se casa usted con Smythe, Smythe morirá.

-Laure -dijo Angus, asomando al interior de la tienda su careta roja-. No está usted loca, no.

-Es la letra de ese tal Welkin -dijo Smythe con aspereza-. Hace años que no le veo, pero no por eso ha dejado de molestarme. En sólo estos quince días cinco veces me ha estado echando cartas amenazadoras, sin que sepa yo quién las trae, como no sea Welkin en persona. El portero jura que no ha visto a ninguna persona sospechosa; y aquí ha estado pegando esa tira de papel en un escaparate público, mientras que la gente de la confitería...

-Exactamente -concluyó Angus con modestia-, mientras que la gente de la confitería se entretiene en tomar el té. Pues bien, señor mío: permítame declararle que admiro su buen sentido en atacar tan directamente lo único que por ahora importaba. De lo demás, ya tendremos tiempo de hablar. Nuestro hombre no puede estar muy lejos, porque le aseguro a usted que no había papel alguno hace unos diez o quince minutos, cuando me acerqué por última vez al escaparate. Por otra parte, tampoco es fácil darle caza, puesto que ignoramos el rumbo que habrá tomado. Si usted, Mr. Smythe, quisiera seguir mi consejo, pondría ahora mismo el asunto en manos de un investigador experto, y mejor de un investigador privado, que no de persona perteneciente a la Policía pública. Yo conozco a un hombre inteligentísimo, que está establecido a cinco minutos de aquí, yendo en el auto de usted. Su nombre es Flambeau, y aunque su juventud fue algo tormentosa, ahora es un hombre honrado a carta cabal, y tiene un cerebro que vale oro. Vive en la casa Lucknow, que está por Hampstea.

-¡Qué coincidencial -dijo el hombrecillo frunciendo el ceño-. Yo vivo en la casa Himalaya, al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo. Así, mientras yo subo a mi cuarto por los extravagantes documentos de Welkin, usted puede ir a llamar a su amigo el detective.

-Es usted muy amable -dijo Angus cortésmente-. Bueno; cuanto antes, mejor.

Y ambos, con improvisada buena fe, se despidieron de la dama con la misma circunspección formal, y subieron al ruidoso y pequeño auto. Mientras Smythe movía palancas y hacía doblar la esquina al vehículo, Angus se divertía en ver un gigantesco cartelón del «Servicio Silencioso de Smythe», donde estaba pintado un enorme muñeco de hierro sin cabeza, llevando una cacerola, con un letrero que decía: Un cocinero que nunca refunfuña.

-Yo mismo los empleo en mi piso -dijo el hombrín de la barba negra, riendo-. En parte por anuncio, y en parte por comodidad. Y, hablando en plata, crea usted que esos muñecones de relojería le traen a uno el carbón o le sirven el vino con más presteza que cualquier criado, simplemente con saber bien cuál es el botón que hay que oprimir en cada caso. Pero aquí inter nos, no le negaré a usted que también tienen sus desventajas.

-¿De veras? -preguntó Angus-. ¿Hay alguna cosa que no pueden hacer?

-Sí -replicó fríamente Smythe, No pueden decirme quién me echa esas cartas amenazadoras en casa.

El auto era tan pequeño y ágil como su dueño. Y es que, lo mismo que su servicio doméstico, era un artículo inventado por él. Si aquel hombre era un charlatán de los anuncios, era un charlatán que creía en sus mercancías. Y el sentimiento de que el auto era algo frágil y volador se acentuó aún más cuando entraron por unas carreteras blancas y sinuosas, a la muerta pero difusa claridad de la tarde. Las curvas blancas del camino se fueron volviendo cada vez más bruscas y vertiginosas: formaban ya unas verdaderas espirales ascendentes, como dicen las religiones modernas. Trepaban ahora por un rincón de Londres, casi tan escarpado como Edimburgo, cuando no sea tan pintoresco. Las terrazas aparecían como encaramadas unas sobre otras, y la torre de pisos a que ellos se dirigían se levantaba sobre todas a una altura egipcia, dorada por el último sol. Al volver la esquina y entrar en la placita de casas conocida por el nombre de Himalaya, el cambio fue tan súbito como el abrir una ventana de pronto: la torre de pisos se alzaba sobre Londres como sobre un verde mar de pizarra. Frente a las casas, al otro lado de la placeta de guijas, había una hermosa tapia que más parecía un vallado de zapas o un dique que no un jardín, y abajo corría un arroyo artificial, como canal, foso de aquella hirsuta fortaleza. Cuando el auto cruzó la plaza, pasó junto al puesto de un vendedor de castañas, y al otro extremo de la curva, Angus pudo ver el bulto azul oscuro de un policía que paseaba tranquilamente. En la soledad de aquel apartado barrio no se veía más alma

viviente. A Angus le pareció que expresaban toda la inexplicable poesía de Londres: le pareció que eran las estampas de un cuento.

El auto llegó, lanzado como una bala, a la casa en cuestión, y allí echó de sí a su dueño como una bomba que estalla. Smythe preguntó inmediatamente a un alto conserje lleno de deslumbrantes, galones y a un criado diminuto en mangas de camisa, si alguien había venido a buscarle. Le aseguraron que nadie ni nada había pasado desde la salida del señor. Entonces, en compañía de Angus, que estaba un poco desconcertado, entró en el ascensor, que los transportó de un salto, como un cohete, hasta el último piso.

-Entre usted un instante -dijo Smythe casi sin resuello-. Voy a mostrarle a usted las cartas de Welkin. Después irá usted, en una carrera, a traer a su amigo.

Oprimió un botón disimulado en el muro, y la puerta se abrió sola.

Abrióse sobre una antesala larga y cómoda, cuyos únicos rasgos salientes, ordinariamente hablando, eran las filas de enormes muñecos mecánicos semihumanos que se veían a ambos lados como maniqués de sastre. Como los maniqués, no tenían cabeza, y al igual que ellos, tenían en la espalda una gibosidad tan hermosa como innecesaria, y en el pecho una hinchazón de buche de paloma. Fuera de esto, no tenía nada más de humano que esas máquinas automáticas de la altura de un hombre que suele haber en las estaciones. Dos ganchos les servían de brazos, adecuados para llevar una bandeja. Estaban pintados de verde claro, bermellón o negro, a fin de distinguirlos unos de otros. En lo demás eran como todas las máquinas, y no había para qué mirarlos dos veces.

Al menos, nadie lo hizo entonces. Porque entre las dos filas de maniqués domésticos, había algo más interesante que la mayor parte de los mecanismos que hay en el mundo: había un papel garrapateado con tinta roja, y el ágil inventor lo había percibido al instante. Lo recogió y se lo mostró a Angus sin decir palabra. La tinta todavía estaba fresca. El mensaje decía así: Si has ido hoy a verla, te mataré.

Tras un instante de silencio, Isidore Smythe dijo tranquilamente:

-¿Quiere usted un poco de whisky? Yo tengo antojo de tomar una copita.

-Gracias. Prefiero un poco de Flambeau -dijo Angus poniéndose tétrico-. Me parece que esto se pone grave. Ahora mismo voy por mi hombre.

-Tiene usted razón -dijo el otro con admirable animación-. Tráigalo usted lo más pronto posible.

Al tiempo de cerrar la puerta tras de sí, Angus vio que Smythe oprimía un botón, y uno de los muñecos se destacaba de la fila y, deslizándose por una ranura del piso, volvía con una bandeja en que se veían un sifón y un frasco. Esto de abandonar a aquel hombrecillo solo en medio de aquellos criados muertos, que habían de comenzar a animarse en cuanto Angus cerrara la puerta, no dejaba de ser algo funambulesco.

Unas seis gradas más abajo del piso de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se detuvo un instante para pedirle -fortificando la petición con la perspectiva de una buena propina- que permaneciera allí hasta que él regresara acompañado del detective, y cuidara de no dejar pasar a ningún desconocido. Al pasar por el vestíbulo de la casa hizo el mismo encargo al conserje, y supo de labios de éste que la casa no tenía puerta posterior, lo cual simplificaba mucho las cosas. No contento con semejantes precauciones, dio alcance al errabundo policía, y le encargó que se apostara frente a la casa, en la otra acera, y vigilara desde allí la entrada. Y, finalmente, se detuvo un instante a comprar castañas, y le preguntó al vendedor hasta qué hora pensaba quedarse en aquella esquina.

El castañero alzándose el cuello del gabán, le dijo que no tardaría mucho en marcharse, porque parecía que iba a nevar. Y, en efecto, la tarde se iba poniendo cada vez más oscura y triste. Pero Angus, apelando a toda su elocuencia, trató de clavar al vendedor en aquel sitio.

-Caliéntese usted con sus propias castañas -le dijo con la mayor convicción-. Cómaselas todas, yo se lo pagaré. Le daré a usted una libra esterlina si no se mueve de aquí hasta que yo vuelva, y si me dice si ha entrado en aquella casa donde está aquel conserje de librea, algún hombre, mujer o niño.

Y echó un último vistazo a la torre sitiada. «Como quiera, le he puesto un cerco al piso de ese hombre -pensó-. Ido es posible que los cuatro sean cómplices de Welkin.»

La casa Luclmow estaba en un plano más bajo que aquella colina de casas en que la Himalaya representaba la cumbre.

El domicilio semioficial de Flambeau estaba en un bajo, y, en todos sentidos, ofrecía el mayor contraste con aquella maquinaria americana y lujo frío de hotel del «Servicio Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, recibió a éste en un rinconcillo artístico y abigarrado que estaba junto a su estudio, cuyo adorno eran multitud de espadas, arcabuces, curiosidades orientales, botellas de vino italiano, cacharros de cocina salvaje, un peludo gato persa y un pequeño sacerdote católico romano de modesto aspecto, que parecía singularmente inadecuado para aquel sitio.

-Mi amigo el padre Brown -dijo Flambeau-. Tenía muchos deseos de presentárselo a usted. Un tiempo excelente, ¿eh? Algo fresco para los meridionales, como yo.

-Sí, creo que va a aclarar -dijo Angus, sentándose en una otomana a rayas violetas.

-No -dijo el sacerdote-. Ha comenzado a nevar.

Y en efecto, como lo había previsto el castañero, a través de la nublada vidriera se podían ver ya los primeros copos.

-Bueno -dijo Angus con aplomo-. El caso es que yo he venido a negocios, y a negocios de suma urgencia. El hecho es, Flambeau, que a una pedrada de esta casa hay en este instante un individuo que necesita absolutamente los auxilios de usted. Un invisible enemigo le amenaza y persigue constantemente, un bribón a quien nadie ha logrado sorprender.

Y Angus procedió a contar todo el asunto de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laure y continuando con la suya propia, sin omitirlo de la carcajada sobrenatural que se oyó en la esquina de las dos calles solitarias, y las extrañas y distintas palabras que se oyeron en el cuarto desierto. Flambeau se fue poniendo más y más preocupado, y el curita pareció irse quedando fuera de la conversación, como un mueble. Al llegar al punto de la banda de papel pegada en la vidriera del escaparate, Flambeau se puso de pie y pareció llenar la salita con su corpulencia.

-Si le da a usted lo mismo -dijo-, prefiero que me lo acabe de contar por el camino. Creo que no debemos perder un instante.

-Perfectamente -dijo Angus, también levantándose-. Aunque, por ahora, mi amigo está completamente seguro, porque tengo a cuatro hombres vigilando el único agujero de su madriguera.

Salieron a la calle seguidos del curita, que trotaba en pos de ellos con la docilidad de un perro faldero. Como quien trata de provocar la charla, el curita decía:

-Parece mentira cómo va subiendo la capa de nieve, ¿eh?

Al entrar en la pendiente calle vecina, ya toda espolvoreada de plata, Angus dio al fin término a su relato. Al llegar a la placita donde se alzaba la torre de habitaciones, Angus examinó atentamente a sus centinelas. El castaño, antes y después de recibir la libra esterlina, aseguró que había vigilado atentamente la puerta y no había visto entrar a nadie. El policía fue todavía más elocuente: dijo que tenía mucha experiencia en toda clase de trampistas y pícaros, ya disfrazados con sombrero de copa o ya disimulados entre harapos, y que no era tan bisoño como para figurarse que la gente sospechosa se presenta con apariencias sospechosas; que había vigilado atentamente, y no había visto entrar un alma.

Esta declaración quedó rotundamente confirmada cuando los tres llegaron adonde estaba el conserje de los galones.

-Yo -dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos- tengo derecho a preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

El insignificante padre Brown, que estaba vuelto de espaldas y contemplando el pavimento modestamente, se atrevió a decir con timidez:

-¿De modo que nadie ha subido y bajado la escalera desde que empezó a nevar?

La nieve comenzó cuando estábamos los tres en casa de Flambeau.

-Nadie ha entrado aquí, señor, puede usted confiar -dijo el conserje, con una cara radiante de autoridad.

-Entonces, ¿qué puede ser esto? preguntó el sacerdote, mirando con absorta mirada el suelo. Los otros hicieron lo mismo, y Flambeau lanzó un juramento e hizo un ademán francés. Era incuestionable que, por mitad de la entrada que custodiaba el de los lazos de oro, y pasando precisamente por entre las arrogantes piernas de este coloso, corría la huella gris de unos pies estampados sobre la nieve.

-¡Dios mío! -gritó Angus sin poder contenerse-. ¡El Hombre Invisible!

Y, sin decir más, se lanzó hacia la escalera, seguido de Flambeau. Pero el padre Brown, como si hubiera perdido todo interés en aquella investigación, se quedó mirando la calle cubierta de nieve.

Flambeau se disponía ya a derribar la puerta con los hombros; pero el escocés, con mayor razón, si bien con menos intuición, buscó por el marco de la puerta el botón escondido. Y la puerta se abrió lentamente.

Y apareció el mismo interior atestado de muñecos. El vestíbulo estaba algo más oscuro, aunque aquí y allá brillaban las últimas flechas del crepúsculo, y una o dos de las máquinas acéfalas habían cambiado de sitio, para realizar algún servicio, y estaban por ahí, dispersas en la penumbra. Apenas se distinguía el verde y rojo de sus casacas, y por lo mismo que los muñecos eran menos visibles, era mayor su

aspecto humano. Pero en medio de todas, justamente en el sitio donde antes había aparecido el papel escrito con tinta roja, había algo como una mancha de tinta roja caída del tintero. Pero no era tinta roja.

Con una mezcla, muy francesa, de reflexión y violencia, Flambeau dijo simplemente:

- ¡Asesinato!

Y entrando decididamente en las habitaciones, en menos de cinco minutos exploró todo rincón y armario. Pero, si esperaba dar con el cadáver, su esperanza salió fallida. Lo único evidente era que allí no estaba Isidore Smythe, ni muerto ni vivo.

Tras laboriosas pesquisas, los dos se encontraron otra vez en el vestíbulo con caras llameantes.

-Amigo mío -dijo Flambeau sin darse cuenta de que, en su excitación, se había puesto a hablar en francés-. El asesino no sólo es invisible, sino que hace invisibles a los hombres que mata.

Angus paseó la mirada por el penumbroso vestíbulo, lleno de muñecos, y en algún repliegue céltico de su alma escocesa hubo un estremecimiento de pánico. Uno de aquellos aparatos de «tamaño natural» estaba cerca de la mancha de sangre, como si el hombre atacado le hubiera hecho venir en su auxilio un instante antes de caer. Uno de los ganchos que le servían de brazos estaba algo levantado, y por la cabeza de Angus pasó la fantástica y espeluznante idea de que el pobre Smythe había muerto a manos de su hijo de hierro. La materia se había sublevado, y las máquinas habían matado a su dueño. Pero aun en este absurdo supuesto, ¿qué habían hecho del cadáver?

-¿Se lo habrán comido? murmuró a su oído la pesadilla.

Y Angus se sintió desfallecer ante la imagen de aquellos despojos humanos desgarrados, triturados y absorbidos por aquellas relojerías sin cabeza.

Con gran esfuerzo logró recobrar su equilibrio, y dijo a Flambeau:

-Bueno; esto es hecho. El pobre hombre se ha evaporado como una nube, dejando en el suelo una raya roja. Esto es cosa del otro mundo.

-Sea de éste o del otro -dijo Flambeau-, sólo una cosa puedo hacer:, bajemos a llamar a mi amigo.

Bajaron, y el hombre del cubo les aseguró, al pasar, que no había dejado subir a nadie, y lo mismo volvieron a asegurar el conserje y el errabundo castaño. Pero cuando Angus buscó la confirmación del cuarto vigilante, no pudo encon... no pudo encontrarlo, y preguntó con inquietud:

-¿Dónde está el policía?

-Mil perdones; es culpa mía -dijo el padre Brown-. Acabo de enviarle a la carretera para averiguar una cosa... una cosa que me parece que vale la pena averiguar.

-Pues necesitamos que regrese pronto -dijo Angus con rudeza-, porque aquel desdichado no sólo ha sido asesinado, sino que su cadáver ha desaparecido.

-¿Cómo? preguntó el sacerdote.

-Padre -dijo Flambeau tras una pausa-. Creo realmente que eso le corresponde a usted más que a mí. Aquí no ha entrado ni amigo ni enemigo, pero Smythe se ha eclipsado, lo han robado los fantasmas. Si no es esto cosa sobrenatural, yo...

Pero aquí llamó la atención de todos un hecho extraño el robusto policía azul acababa de aparecer en la esquina y venía corriendo. Se dirigió a Brown y le dijo jadeando:

-Tenía usted razón, señor. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre Mr. Smythe en el canal. Angus se llevó las manos a la cabeza.

-¿Bajó él mismo? ¿Se echó al agua? -preguntó.

-No, señor; no ha bajado, se lo juro a usted -dijo el policía-. Tampoco ha sido ahogado, sino que murió de una enorme herida en el corazón.

-¿Y nadie ha entrado aquí? preguntó Flambeau con voz grave.

-Vamos a la carretera -dijo el cura.

Y al llegar al extremo de la plaza, exclamó de pronto:

-¡Necio de mí! Me he olvidado de preguntarle una cosa al policía: si encontraron también un saco gris.

-¿Por qué un saco gris? -preguntó sorprendido Angus.

-Porque si era un saco de otro color, hay que comenzar otra vez -dijo el padre Brown-. Pero si era un saco gris, entonces le hemos dado ya.

-¡Hombre, me alegro de saberlo! -dijo Angus con acerba ironía-. Yo creí que ni siquiera habíamos comenzado, por lo que a mí toca al menos.

-Cuéntenos usted todo -dijo Flambeau con toda la candidez de un niño.

Inconscientemente, habían apresurado el paso al bajar a la carretera, y seguían al padre Brown, que los conducía rápidamente y sin decir palabra.

Al fin abrió los labios, y dijo con una vaguedad casi conmovedora:

-Me temo que les resulte a ustedes muy prosaico. Siempre comienza uno por lo más abstracto, y aquí, como en todo, hay que comenzar por abstracciones.

Habrán ustedes notado que la gente nunca contesta a lo que se le dice. Contesta siempre a lo que uno piensa al hacer la pregunta, o a lo que se figura que está uno pensando. Supongan ustedes que una dama le dice a otra, en una casa de campo: «¿Hay alguien contigo?» La otra no contesta: «Sí, el mayordomo, los tres criados, la doncella, etc.», aun cuando la camarera esté en el otro cuarto y el mayordomo detrás de la silla de la señora, sino que contesta: «No; no hay nadie conmigo», con lo cual quiere decir: «no hay nadie de la clase social a que tú te refieres». Pero si es el doctor el que hace la pregunta, en un caso de epidemia «¿Quién más hay aquí?», entonces la señora recordará sin duda al mayordomo, a la camarera, etc. Y así se habla siempre. Nunca son literales las respuestas, sin que dejen por eso de ser verídicas. Cuando estos cuatro hombres honrados aseguraron que nadie había entrado en la casa, no quisieron decir que ningún ser de la especie humana, sino que ninguno de quien se pudiera sospechar que era el hombre en quien pensábamos. Porque lo cierto es que un hombre entró y salió, aunque ellos no repararon en él.

-¿Un hombre invisible? preguntó Angus, arqueando las cejas rojas.

-Mentalmente invisible -dijo, precisando, el padre Brown.

Y uno o dos minutos después continuó en el mismo tono, como quien medita en voz alta: -Es un hombre en quien no se piensa, como no sea premeditadamente.

En esto está su talento. A mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres circunstancias del relato de Mr. Angus. La primera, que Welkin era un andarín. La segunda, la tira de papel pegada al escaparate. Después (y es lo principal), las dos cosas que contó la joven, y que pudieran no ser absolutamente exactas... No se incomode usted -añadió- advirtiendo un movimiento de disgusto del escocés-.

Ella creyó que eran verdad, pero no era posible que fueran verdad. Un instante después de haber recibido una carta en la calle no se está completamente sola. Ella no estaba completamente sola en la calle al detenerse a leer una carta recién recibida. Alguien estaba a su lado, aunque ese alguien fuese mentalmente invisible.

-Y ¿por qué había de estar alguien junto a ella? -preguntó Angus.

-Porque -dijo el padre Brown--, excepto las palomas mensajeras, alguien tiene que haberle llevado la carta.

-¿Quiere usted decir -preguntó Flambeau precisando- que Welkin le llevaba a la joven las cartas de su rival?

-Sí -dijo el sacerdote-. Welkin le llevaba a su dama las cartas de su rival. No puede haber sido de otro modo.

-No lo entiendo -estalló Flambeau-. ¿Quién es ese sujeto? ¿Cómo es? ¿Cuál es el disfraz o apariencia habitual de un hombre mentalmente invisible?

-Su disfraz es muy bonito. Rojo, azul y oro -dijo al instante el sacerdote-. Y con este disfraz notable y hasta llamativo, nuestro hombre invisible logró penetrar en la casa Himalaya, burlando la vigilancia de ocho ojos humanos; mató a Smythe con toda tranquilidad, y salió otra vez llevando a cuestas el cadáver...

-Reverendo padre -exclamó Angus, deteniéndose-. ¿Se ha vuelto usted loco, o soy yo el loco?

-No, no está usted loco -explicó Brown-. Simplemente, no es usted muy observador. Usted nunca se ha fijado en hombres como éste, por ejemplo.

Y diciendo esto, dio tres largos pasos y puso la mano sobre el hombro de un cartero que, a la sombra de los árboles, había pasado junto a ellos sin ser notado.

-Sí -continuó el sacerdote reflexionando-, nadie se fija en los carteros y, sin embargo, tienen pasiones como los demás hombres, y a veces llevan auestas unos sacos enormes donde cabe muy bien el cadáver de un hombre de pequeña estatura.

El cartero, en lugar de volverse, como hubiera sido lo natural, se había metido, chapuzando y dando traspiés, en la zanja que corría junto al jardín. Era un hombre flaco, rubio, de apariencia ordinaria; pero al volver a ellos el azorado rostro, los tres vieron que era más bizco que un demonio.

Flambeau volvió a sus espadas, a sus tapices rojos y a su gato persa, porque tenía muchos negocios pendientes. John Turnbull Angus volvió al lado de la confitera, con quien el imprudente joven logró arreglárselas muy bien. Pero el padre Brown siguió recorriendo durante varias horas aquellas colinas llenas de nieve, a la luz de las estrellas y en compañía de un asesino. Y lo que aquellos dos hombres hablaron nunca se sabrá.

Pícale la gallina

Luis Dobles Segreda

Cuento



En la paz de esta tarde, entristecida por el invierno, he ido a buscar la paz del cementerio. Suelo acercarme hasta mi padre en el silencio magnífico de la Ciudad Doliente, perdida entre las cruces miro una banderita tricolor clavada en el testero de un montículo.

¡Una banderita tricolor!

Pienso en la tuba de algún soldado a quien hubiesen despedido con la enseña de la patria.

Me acerco. Ni una cruz, ni una señal que indique nada. Sola, la banderilla descolorida y rota, ondeando todavía, rendida del pedazo de regla clavado en el tesoro del montículo.

Observo el homenaje. Sobre la regla está escrito con lápiz este epitafio:

Pícale la Gallina

Pregunto al sepulturero que está cerca cavando en la tierra humedecida.

-Sí, allí está la señora Pícale.

El silencio se hace profundo y solo se oye caer el chorrillo de agua que canta, al escaparse de la llave entre abierta en el vecino tubo.

La banderita tricolor no es un homenaje, es la última burla a una mujer a quien burló siempre la vida.

Pícale la Gallina, la llamó la ciudad entera.

Dicen que las aguas del bautismo la llamaron Jacinta Camacho, pero de eso sólo quedó el Jacinta, se borró el Camacho por obra y gracia de la confirma que la dejó en Jacinta Pícale.

¿Por qué?

Por cualquier cosa. Porque una vez quiso robar una gallina y fue sorprendida con el hurto en las manos. Dio como excusa que trataba de castigar al animal porque la había picado.

El dueño de la prenda era un vejete italiano.

-¿Con que pícale la gallina? Pues cuidado signora...

¿Verdad? ¿Mentira? Que lo averigüe Vargas. La confirma se corrió y en la ciudad fue Pícale.

Jacinta Camacho era desconocida, Jacinta Pícale, o mejor, Pícale la Gallina fue la más popular mujer de la ciudad.

La alegre chiquillería la enojaba en las calles con cualquier broma, con cualquier palabra.

Y, hasta lo que no somos chiquillería, pero que a retos tenemos por dentro cosas de gamín, la poníamos rabiosa con hacerle una cruz doblando los dedos.

La pobre mujer fingía un llanto ridículo, como de plañidera a sueldo, se explicaba, porfiaba, y así se iba todos los días, por todas partes, arrastrando su miseria,

cogiendo cincos de las manos piadosas y oyendo tras sí zumbar las abejas de mil palabras burlonas con que la ciudad entera se reía y la mortificaba.

Cuando fue joven tuvo un hijo. Estas infelices tienen también su idilio trunco, su hora de amor y, un día cualquiera, se sienten ennoblecidas por la maternidad.

Murió el chiquillo y Pícale, la pobre Pícale, ocultaba el pecado.

Las gentes inventaron que ella había matado la criatura por evitarse estorbos.

Y allí eran los dares y tomares de la infeliz Jacinta.

-Sí la mató.

Gritaba cualquiera, y ella empezaba su eterna porfía para negarlo.

-No la maté. Se lo va a llevar el diablo por mentiroso.

Cuando iba ya convencido a alguno, de otro corrillo salía la voz:

-Sí la mató.

Y vuelta la explicación y la excusa, y vuelta a llamar en apoyo a las personas formales.

Pero hasta las personas formales se divertían con ella y certificaban el crimen como testigos presenciales.

-Allí están don Gerardo, don Octavio o don Mariano, que no me dejarán mentir.

Entonces se encolerizaba y recurría a la suprema razón: alzaba piedras.

Amenazaba a tirios y troyanos, pero no acababa por dispararlas, temerosa de andar por las jefaturas de policía.

Los golfos, los limpiabotas, los rompebotas, sabían una coplilla anónima que comenzaba: Jacinta tiene novio, el novio no la quiere.

La copla tenía música de otro anónimo y, silbaba por los golfillos, era objeto de carreras, de alboroto y de zozobra.

Y así vivió, desde el amanecer hasta que anochecía, siempre agitada por el mar en tempestad de la chiquillería, y siempre braceando para escaparse, sin comprender que al bracear se echaba encima toda la amargura del oleaje. En el fono era un alma buena. Todavía llamaba a las casas como en tiempo de nuestros patriarcas, con el: ¡Ave María!

Me conmueve esta manera de llamar a las puertas que es una evocación de tiempo más santos y mejores. Mejores que estos en que, avergonzados de invocar a María, llamamos con el estúpido: ¡Upe! ¡Upe!

Todos los días recibía comunión. Llegaba a la iglesia con un jarrillo de lata inseparable y lo metía en el cuestionario. Recibía la hostia, la santa hostia que consuela y visita a los desamparados de la tierra, a los pobres de espíritu, a los mansos de corazón, y luego se iba con el jarrillo pidiendo lecho caliente donde quiera que ordeñaran.

Como estaba tuberculosa, un médico, don Nilo, le dijo que tomara leche y constituía ya su necesidad y se deseo.

Cuando alguien la despachaba a casa del vecino, porfiaba: -Es que solo aquí me dan.

En todas partes le daban, pero tenía que recurrir a la pequeña mentira para sacer verdad, la blanda verdad de su pizquita de leche.

Hace pocos días, el señor cura, al ir una madrugada llevando la extremaunción a otro cristiano, la encontró agonizante, tendida sobre la yerba de una calleja suburbana.

De allí la condujeron al hospital y, cinco días después, la sacaron las gentes de servicio.

Y aquí la dejaron, sin nombre, sin nada, como quedan los anónimos y los desamparados de la tierra.

Quizá entonces vino tras ellas algún trasnochador que amaneciera con la banderilla de la última francachela, en la mano.

Banderita que adornó la puerta del chinchorrillo en fiesta, o que sirvió de garrote para espantar a alguno.

Ahora, santificada, recogida en el silencio de este santo lugar, clavada en él, quizá por manos que hicieron al clavarla la última burla a la infeliz Jacinta, está sirviendo de cruz.

A ella, a quien todos, por broma, le hicimos la cruz, habían de traerle también la suya, después de muerta, aunque fuera esta la última broma que le daba la vida.

El cartero del rey

Rabindranath Tagore

Personajes

Madav.

Amal: hijo adoptivo de Madav.

Sada: niña que vende flores.

El médico.

El lechero.

El guarda.

El viejo.

El jefe de la aldea: un fanfarrón.

El heraldo del rey.

El médico real.

Chiquillos de la aldea.



(En casa de Madav).

Acto primero
Escena primera

(Madav y el médico)

Madav.- ...¡Yo no sé qué es esto!

Antes de venir él, todo me era lo mismo, ¡y me sentía tan libre! Pero ahora que ha venido, Dios sabe de dónde, su cariño me llena el corazón. Y estoy seguro de que mi casa no será ya casa si él se va... (Al médico). ¿Tú crees?...

El médico.- Si su destino es que viva, vivirá años y años; pero, por lo que los libros dicen, me parece...

Madav.- ¡Ay, cielo santo, qué...!

El médico.- Bien claro lo dicen:

“Humor bilioso o parálisis ajitante *, resfriado o gota, todo empieza lo mismo...”

Madav.- ¡Déjame en paz con los libros, hombre! Con tanta y tanta cosa, no consigues sino preocuparme más. Lo que quiero que me digas es lo que se puede hacer...

El médico (tomando rapé).- Pues sí; el enfermo necesita el más escrupuloso cuidado...

Madav.- Eso ya lo sé yo... Pero dime qué hago...

El médico.- Ya te lo tengo dicho:

que de ninguna manera se le deje salir de casa.

Madav.- ¡Pobre criatura! Tenerlo encerrado todo el día... Eso es demasiado...

El médico.- Pues no hay otro remedio. Este sol de otoño y esta humedad pueden hacerle mucho daño, porque, como dicen los libros: “En ahogados, en desmayos, en temblor nervioso, en ictericia y en ojo de plomo...”

Madav.- ¡Hombre, por Dios, déjame ya de libros!... Entonces, no queda otro remedio que encerrar al pobrecillo, ¿eh? ¿No se puede hacer otra cosa?

El médico.- No, no; “viento y sol”...

Madav.- Pero ¡qué me importa a mí ahora que si esto o que si lo otro!... Vamos a dejarnos de tonterías. Al grano. Lo que tú dices es muy duro para la pobre criaturita...; y como además él lo lleva todo con esa paciencia, y hace cuanto se le dice... ¡Me parte el corazón ver su cara cuando está tomando esa medicina que le has mandado!...

El médico.- Pues cuantos más visajes haga, mejor. Ya lo dice el sabio Chiavana: “Medicina y buenos consejos; lo que menos gusta es lo que mejor sienta...” Sí, sí... Y me voy corriendo, que tengo mucho que hacer... (Sale).

Escena segunda

(Madav y el viejo)

Madav.- (Al viejo, que entra).

...¡Bueno! Pero, ¿ahí estás tú, viejo maldito?

El viejo.- ¡No tengas cuidado, hombre, que no te voy a morder!

Madav.- Sí; pero es que eres el diablo; siempre les estás llenando de viento a cabeza a las criaturas...

El viejo.- Tú no eres ningún niño, ni tienes niños en tu casa... ¿Qué más te da?

Madav.- Es que ahora tengo un niño...

El viejo.- ¡Un niño!... ¿De verdad?

¿Pues qué ha pasado?

Madav.- Tú recordarás que mi mujer estaba siempre con el capricho de que recojiéramos un niño...

El viejo.- Pero eso ya es muy antiguo; y además, que a ti no te hacía chispa de gracia...

Madav.- Tienes razón. ¡Tú no sabes lo que me ha costado juntar este dinerillo! Y que el hijo de otro se me entrara por las puertas a tirarme lo que yo, con tanto sudor, había ido ahorrando... ¡No podía con eso!... ¡Pero este chiquillo se me ha metido en el corazón de una manera tan rara...!

El viejo.- ¡Buena la hemos hecho! Y ahora se te irá todo en darle gusto al niño... ¡Y tan contentos de que se vaya!

Madav.- El dinero, antes era como un vicio para mí. Trabajaba por avaricia. Ahora, como sé que es para este niño, que quiero tanto, ¡lo gano con una alegría...!

El viejo.- Bueno, bueno; y ¿dónde encontraste ese niño?

Madav.- Es hijo de un hombre que era hermano de leche de mi mujer. Su madre murió poco después de nacer él, y no hace mucho se quedó también sin padre...

El viejo.- ¡Pobrecillo! Así le hago yo más falta...

Madav.- El médico dice que no hay parte sana en su cuerpecito, y que no tiene esperanza de que viva.

Dice que lo único que hay que hacer es guardarlo de este viento del otoño y de este sol... ¡Pero tú eres el demonio!... ¡Cuidado con tu manía de irte por ahí, a tus años, con los chiquillos!

El viejo.- ¡Bendito Dios! ¿Conque tan malo como el viento y el sol del otoño, eh? ¡Pues también sé hacer que se estén los niños quietecitos en casa, amigo!... Esta tarde, cuando acabe el trabajo, me vendré por aquí a jugar con tu niño...

(Sale).

Escena tercera

(Madav y Amal)

Amal (entrando).- Tío; oye, tío...

Madav.- Amal, hijo, ¿eres tú?

Amal.- ¿No me dejas salir un poquito del patio?

Madav.- No, rey de mi corazón, no salgas...

Amal.- ¡Anda, un poquito nada más!... Voy con tita, a verla majar las lentejas. ¡Mira la ardilla, allí sentada con su rabo tieso; mira cómo coje con sus manitas las semillas y se las come!... ¿Voy de una carrera?

Madav.- No, vida mía, no...

Amal.- ¡Ojalá fuera yo una ardilla!

¡Iba a jugar más!... Tío, ¿por qué no me dejas ir donde yo quiera?

Madav.- Porque el médico dice que no es bueno para ti, hijo.

Amal.- ¿Y cómo lo sabe él, di?

Madav.- ¡Qué ocurrencias tienes!

¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan gordos que lee?

Amal.- ¿Y en los libros lo pone todo?

Madav.- Claro, ¿no sabes que sí?

Amal (suspirando).- Yo qué sé...

Como yo no leo libros...

Madav.- Pues para que lo sepas; los hombres sabios, que lo saben todo, son como tú; nunca salen de casa...

Amal.- ¿De veras? ¿Nunca?

Madav.- Nunca. ¿Cómo quieres que salgan? Desde que se levantan hasta que se acuestan, están dale que le das a los libros, y no les queda tiempo, ni tienen ojos para otra cosa. Cuando tú seas mayor, serás sabio. Siempre estarás metido en casa, leyendo librotos. Y la jente que pase se quedará mirándote, y dirá: “¡Lo que sabe! ¡Es una maravilla!”

Amal.- ¡No, tío, no; por tus queridos pies; no, yo no quiero ser sabio; no quiero, no quiero!...

Madav.- Pues mira, mira, mi suerte hubiera sido ser sabio...

Amal.- A mí me gustaría más ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver.

Madav.- ¡Tontón, ver! ¿Y qué quieres ver? ¡Vamos! ¿Qué es eso que tiene tanto que ver?

Amal.- Mira esa montaña que se divisa desde la ventana... ¡Algunas veces me dan unas ganas de irme corriendo por encima de ella!

Madav.- ¡Eres tonto! ¿Tú crees que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? ¿Y luego qué, vamos a ver?... ¡Tú estás loco, hijo! ¿No comprendes tú que si esa montaña está ahí de pie, como está, está para algo? Si pudiéramos ir más allá, ¿para qué amontonar tanto pedrote? ¿A qué habrían hecho una cosa tan grande? Vamos hombre...

Amal.- ¿Tú crees, tío, que la han hecho para que nadie pase? Pues a mí me parece que es que como la tierra no puede hablar, levanta las manos hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentados, solos siempre, en su ventana, la ven llamar... Pero será que los que son sabios...

Madav.- ¡Te figurarás tú que los sabios no tienen que pensar más que en esas tonterías! ¡Tendrían que estar tan locos como tú!...

Amal.- Pues oye, ayer conocí a uno que está entonces tan loco como yo...

Madav.- ¡Dios santo! ¿De veras?

¿Quién?

Amal.- ...Llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en las mano, y tenía puestas unas botas más viejas...

Iba, camino de los montes, por aquel prado que está allí... Y yo le grité: “¿Dónde vas?” Él contestó: “Qué sé yo, no sé, a cualquier parte...” Y yo le pregunté otra vez: “¿Por qué te vas?” Y me dijo:

“Voy a buscar trabajo...” Tío, di, ¿tú no tienes que buscar trabajo?

Madav.- ¡Claro que sí! Hay mucha jente que busca trabajo por ahí...

Amal.- ¡Qué gusto! Pues yo me voy a ir también por ahí a buscar cosas que hacer...

Madav.- Pon que no encuentres nada.

¿Entonces?

Amal.- ¡Eso sí que sería divertido!

Pues entonces iría más lejos todavía... Tío, yo estuve mirando mucho tiempo a aquel hombre que se iba, despacio, despacio, con sus botas viejas... Cuando llegó a ese sitio por donde el arroyo pasa debajo de la higuera, se puso a lavarse los pies... Luego, sacó de su lío una poca de harina de grama, le echaba un chorrito de agua, y se la comía... Luego, ató su lío y se lo cargó otra vez al hombro; se recojió el faldón hasta la rodilla, y pasó el arroyo... Ya le he dicho yo a tita que me tiene que dejar ir al arroyo a comerme mi harina de grama, como él...

Madav.- ¿Y qué te ha dicho tita?

Amal.- Me dijo: "Ponte bueno, y entonces te llevaré al arroyo..." Di tú, ¿cuándo voy a ponerme bueno?

Madav.- Ya pronto, vida mía.

Amal.- ¡Qué bien! Entonces, en cuantito esté bueno otra vez, me iré, ¿verdad?

Madav.- Y ¿adónde quieres ir, di?

Amal.- No sé. Me iré andando, andando... Pasaré muchos arroyos, metiéndome en el agua. Toda la jente estará dormida, con las puertas cerradas, porque hará ya mucho calor... Y yo seguiré andando, andando; y buscaré trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez...

Madav.- Bueno; pero creo que primero debes procurar ponerte bien, y después...

Amal.- Entonces, ¿ya no vas tú a querer que yo sea sabio, verdad, tío?

Madav.- ¿Y qué te gustaría ser a ti, vamos a ver?

Amal.- Ahora no lo tengo pensado; pero ya te lo diré yo luego.

Madav.- Y mira: no quiero que llames a ningún desconocido ni que te pongas a hablar con todo el que pasa, ¿sabes?

Amal.- ¡Si a mí me gusta tanto hablar con ellos!

Madav.- ¿Y si te robaran?

Amal.- ¡Eso sí que me gustaría!

Pero no; nadie me lleva nunca; todos quieren que me quede siempre aquí...

Madav.- Tengo que irme a trabajar, hijo. ¿Verdad que tú no saldrás?

Amal.- No, tío, no saldré pero déjame estar en este cuarto que da al camino...
(Sale Madav).

Escena cuarta

(Amal y el lechero)

El lechero (fuera).- ...¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!

Amal.- ¡El de los quesitos, oye, el de los quesitos!

El lechero (entrando).- ¿Me has llamado, niño? ¿Quieres comprarme quesitos?

Amal.- ¿Cómo quieres que te los compre, si no tengo dinero?

El lechero.- Entonces, niño, ¿para qué me llamas? ¡Uf! ¡Vaya una manera de perder el tiempo, hombre!

Amal.- Si yo pudiera, me iría contigo...

El lechero.- ¡Conmigo!... ¿Qué estás diciendo?

Amal.- Sí; ¡me entra una tristeza cuando te oigo pregonar allá lejos, por el camino!...

El lechero (dejando en el suelo su balancín).- Y tú, ¿qué es lo que haces aquí, hijo?

Amal.- El médico me ha mandado que no salga, y aquí donde tú me ves estoy sentado todo el día...

El lechero.- ¡Pobre! ¿Qué tienes?

Amal.- No sé; como no soy sabio, no sé qué tengo. Pero di tú, lechero; tú, ¿de dónde eres?

El lechero.- De mi pueblo...

Amal.- ¿De tu pueblo? ¿Y está muy lejos de aquí tu pueblo?

El lechero.- Mi pueblo está junto al río Shamli, al pie de los montes de Panchmura.

Amal.- ¿Los montes de Panchmura has dicho? ¿El río Shamli? Sí, sí; yo creo que he visto una vez tu pueblo; pero no sé cuándo ha sido...

El lechero.- ¿Que has visto tú mi pueblo? ¿Tú has ido hasta los montes de Panchmura?

Amal.- No, yo no he ido; pero me parece que me acuerdo de haber visto tu pueblo... Tu pueblo está debajo de unos árboles muy grandes, muy viejos que hay allí, ¿no?; junto a un camino colorado, ¿no?

El lechero.- Sí, sí, allí está...

Amal.- Y en la ladera está el ganado comiendo...

El lechero.- ¡Qué maravilloso! El ganado comiendo... Pues es verdad...

Amal.- Y las mujeres, con sus saris granas, van y llenan los cántaros en el río, y luego vuelven con ellos en la cabeza...

El lechero.- Así mismo. Las mujeres de mi pueblo lechero todas van por agua al río; pero no creas tú que tienen todas un sari grana que ponerse... Pues sí, no cabe duda; tú has estado alguna vez de paseo en el pueblo de los lecheros...

Amal.- Te digo, lechero, que no he estado nunca allí. Pero el primer día que me deje el médico salir, ¿vas tú a llevarme a tu pueblo?

El lechero.- Sí; me gustaría mucho que vinieras conmigo.

Amal.- ¿Y me vas a enseñar a pregonar quesitos, y a ponerme el balancín en los hombros, como tú, y a andar por ese camino tan largo, tan largo...?

El lechero.- Calla, calla... ¡Pues estaría bueno! ¿Y para qué ibas tú a vender quesitos? No, hombre; tú leerás unos libros muy grandes, y serás sabio...

Amal.- ¡No, no; yo no quiero ser sabio nunca! Yo quiero ser como tú... Vendré con mis quesitos de un pueblo que está en un camino colorado, junto a un viejo baniano, y los iré vendiendo de choza en choza...

Qué bien pregonas tú: “¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!” ¿Me quieres enseñar a echar tu pregón?

El lechero.- ¿Para qué quieres tú saber mi pregón? ¡Qué cosas tienes!

Amal.- ¡Sí, enséñamelo! Me gusta tanto oírte... Yo no te puedo explicar lo que me pasa cuando te oigo en la vuelta de ese camino, entre esa hilerita de árboles...

¿Sabes? Lo mismo que siento cuando oigo los gritos de los milanos, tan altos, allá en el fin del Cielo...

El lechero.- Bueno, bueno; anda, ten unos quesitos; ten, cójelos...

Amal.- Pero si no tengo dinero...

El lechero.- ¡Deja el dinero! ¡Me iría tan alegre si quisieras tomar esos quesitos!

Amal.- ...Lechero, ¿te he entretenido mucho?

El lechero.- No, hombre, nada. No sabes tú lo contento que me voy...

Ya ves; me has enseñado a ser feliz vendiendo quesitos (Sale).

Escena quinta

(Amal solo)

Amal (pregonando).- ...¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos del pueblo de los lecheros, en el campo de los montes de Panchmura, junto al río Shamil! ¡Quesitos, a los buenos quesitos! ¡Al amanecer, las mujeres ponen en fila las vacas, debajo de los árboles, y las ordeñan; por la tarde, hacen quesitos con la leche! ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!...

Ya está ahí el Guarda... Ahora viene para abajo (Al Guarda).

¡Guarda, oye, ven a hablar un ratito conmigo!

Escena sexta

(Amal y el guarda)

El guarda (entrando).- Pero, ¿qué escándalo es éste? ¿No me tienes miedo a mí?

Amal.- ¿Yo? ¿Por qué voy a tenerte miedo?

El guarda.- ¡A que te llevo preso!

Amal.- ¿Adónde me llevarías, di?

¿Muy lejos? ¿Más allá de esos montes?

El guarda.- Me parece que a quien voy a llevarte es al Rey.

Amal.- ¡El Rey! Sí, sí, llévame, ¿quieres? Pero el médico no me deja salir... ¡Nunca puede nadie llevarme!... ¡Todo el santo día tengo que estar aquí sentado!

El guarda.- ¿No te deja el médico, verdad? ¡Pobrecillo! Sí que estás descolorido; y ¡qué ojeras tan negras tienes, hijo mío! ¡Cómo te resaltan las venas en las manos tan delgaditas!

Amal.- ¿Quieres tocar el gongo, guarda?

El guarda.- Después, que todavía no es tiempo.

Amal.- ¡Qué raro! Unos dicen que el tiempo no ha venido y otros que el tiempo ha pasado. Pero yo estoy seguro que si tocas el gongo será el tiempo.

El guarda.- No, hombre; eso no puede ser; yo no puedo tocar el gongo sino cuando es el tiempo.

Amal.- Sí; y ¡cómo me gusta oír el gongo! Al mediodía, cuando acabamos de comer, mi tío se va al trabajo, y mi tita se duerme leyendo su Ramayana; y el perro, con el hocico metido en su rabo enroscado, se echa a la sombra de la pared... Entonces tu gongo suena: ¡Don, don, don!...

Di, ¿por qué tocas tu gongo?

El guarda.- Pues lo toco para decirles a todos que el tiempo no se espera, sino que está siempre andando...

Amal.- ¿Y adónde, a qué pueblo va el tiempo, di?

El guarda.- ¡Eso sí que no lo sabe nadie!

Amal.- Entonces será que nadie ha estado allí nunca... ¡cómo me gustaría a mí irme con el tiempo a ese país que nadie ha visto!

El guarda.- Todos tenemos que ir allí algún día, hijo.

Amal.- ¿Y yo también?

El guarda.- Sí; tú también...

Amal.- Pero como el médico no me deja salir...

El guarda.- Quizás él mismo te lleve de la mano algún día...

Amal.- ¡No, no lo hará, estoy seguro! ¡Tú no lo conoces! ¡Si tú vieras; no quiere más que tenerme aquí encerrado!

El guarda.- Pero hay uno más grande que él, y viene, y nos abre la puerta...

Amal.- Pues que venga ya por mí ese gran médico, y me saque de aquí, ¡que ya no puedo más!

El guarda.- No debías decir eso, hijo...

Amal.- Bueno, no lo digo, Aquí me estaré, donde me han puesto, y no me moveré ni un poquito. Pero cuando tocas tu gongo: Don, don, don. ¡me da una cosa!... Di, guarda...

El guarda.- ¿Qué quieres?

Amal.- ¿Qué hay en esa casa grande del otro lado del camino, que tiene arriba, volando, una bandera? Entra y sale más jente, más jente...

El guarda.- ¡Ah! Es el Correo nuevo...

Amal.- ¿El Correo nuevo? ¿Y de quién es?

El guarda.- ¿Pues de quién ha de ser? Del Rey...

Amal.- Y entonces, ¿vienen cartas del Rey aquí, a su Correo nuevo?

El guarda.- Claro está. El día menos pensado hay una carta para ti.

Amal.- ¿Para mí? Si yo soy un niño chico...

El guarda.- Sí; pero es que el Rey también escribe cartitas a los niños chicos.

Amal.- ¡Qué bien! Y ¿cuándo recibiré yo mi carta, di? ¿Quién te lo dijo a ti, guarda?

El guarda.- Si no, ¿para qué iría a poner el Rey su Correo frente a tu ventana abierta, con su bandera amarilla volando?

Amal.- Pero, ¿quién va a traerme la carta de mi Rey, cuando me escriba?

El guarda.- El Rey tiene muchos carteros... ¿Tú no los ves cómo corren por ahí? Unos que llevan un redondel dorado en el pecho...

Amal.- ¿Y adónde van, di?

El guarda.- Pues a todas partes...

Amal.- ¡Ay, qué bien! ¡Yo voy a ser cartero del Rey cuando sea grande!

El guarda (riéndose).- ¡Qué ocurrencia! ¡Cartero! ¿Pero tú sabes lo que dices? Que llueva o que haga sol, al rico y al pobre, de puerta en puerta, cartas y más cartas, siempre, siempre, siempre... ¡Vamos! ¡Que crearás tú que eso no es trabajo!

Amal.- ¡Ya lo creo que es! ¡Cómo me gustaría! ¿Por qué te ríes? ¡Si ya sé yo que tú también trabajas mucho!... Cuando, al mediodía, hace tanto calor, y no se oye nada, tu gongo suena: Don, don, don... Y algunas veces que me despierto de pronto, por la noche, y que se ha apagado la mariposa, oigo en la oscuridad tu gongo, muy despacito:

Don, don, don...

El guarda.- ¡Ahí viene el jefe! Me voy, que si llega a cojerme hablando contigo, para qué quiero más...

Amal.- ¿El jefe? ¿Dónde?

El guarda.- Ya está aquí, míralo.

¿No ves ese quitasol grande de palma, que parece que viene saltando?

Ése.

Amal.- Será que el Rey le ha dicho que sea jefe de aquí, ¿no?

El guarda.- El Rey... ¡No!... ¡Es un tío fastidioso! ¡No le gusta más que molestar! Si vieras... Hace todo lo que puede por ser desagradable, y no hay quien lo pueda ver.

Eso es lo que les gusta a los que son como él, jeringar a todo el mundo... Bueno, me voy. ¡Fuera pereza! Ya me dejaré caer por aquí mañana temprano y te contaré todo lo que pase por el pueblo... (Sale).

Escena séptima

(Amal solo)

Amal.- ¡Si yo recibiera todos los días una carta del Rey!... Las leería aquí en la ventana... Pero si no sé leer todavía... ¿Quién querría leérmelas? Quizás tita entienda la letra del Rey... Como lee su Ramayana... Y si no sabe nadie, entonces las tendré que guardar con mucho cuidadito y las leeré cuando sea mayor... Y ahora que me acuerdo, ¿y si el cartero no sabe quién soy? (Al jefe). ¡Señor jefe, señor jefe!, ¿puedo decirte una cosa?

Escena octava

(Amal y el jefe)

El jefe (entrando).- ¿Qué gritos son éstos? ¡Y en el camino! ¡Vaya con el monigote!

Amal.- ¿Tú eres el jefe, verdad?

Todo el mundo hace lo que tú dices, ¿no?

El jefe (con satisfacción).- ¡Pues no faltaría más que no lo hicieran!

Amal.- ¿Y también mandas tú en los carteros del Rey?

El jefe.- ¡También! ¡Tendría que ver!

Amal.- ¿Querrías decirle al cartero, que Amal es el niño que está sentado aquí en la ventana?

El jefe.- ¿Y para qué?

Amal.- Porque si viniera una carta para mí...

El jefe.- ¡Para ti! ¿Quién va a escribirte una carta a ti?

Amal.- Quizás me la escriba el Rey...

El jefe (a risotadas).- ¡El Rey!

¡Vamos, tú estás soñando! ¡Pues no digo nada, lo que quiere el niño!

¡Claro, como que tú eres su mejor amigo, y no os habéis visto en tanto tiempo, el Rey no puede con el disgusto, y...¡ ¡Sí, espera ahí sentado, que mañana tendrás la carta!

Amal.- Señor jefe, ¿por qué me hablas así? ¿Estás enfadado conmigo?

El jefe.- Contigo, ¿eh? ¡Conque el Rey!... ¡Pues no se da tono Madav, que digamos! ¡Claro, como ha ganado ese fortunón, ya no se habla más que de reyes y padishas en su casa! ¡Que yo lo vea y no va a ser Rey lo que le voy a dar...! Y tú, mequetrefe, ¡ya diré yo que te traigan la carta del Rey; ten la seguridad!

Amal.- No, no; si te molesta, que no me la traigan.

El jefe.- ¡Sí, hombre!, ¿por qué no?; ¡si se lo voy a decir ahora mismo al Rey! ¡No te apures, que no tardará la carta! ¡En cuanto el Rey lo sepa, te mandará un criado

suyo a saber de ti! ¡No faltaba otra cosa!... ¡Valiente impertinencia! ¡Lo que es como el Rey se entere, ya le dará a Madav tono, ya!... (Sale).

Escena novena

(Amal y Sada)

Amal.- ¿Quién eres tú, niña? ¡Cómo repican tus ajorcas! ¡Espérate un poquito!, ¿quieres? (Entra una niña).

Niña.- ¡No puedo, no tengo tiempo, es muy tarde!

Amal.- Ya lo sé. Pero, ¿no quieres esperarte? ¡Tampoco a mí me gusta quedarme aquí!

Niña.- ¿Qué tienes, que pareces una estrella tardía de la mañana?

Amal.- No sé; el médico no quiere que salga...

Niña.- ¡Ay, pues no salgas! Debes hacer caso de lo que te diga el médico, porque si eres malo, se va a enfadar contigo. Ya sé yo que te cansará mucho estar siempre mirando por esa ventana... Deja que te la cierre un poquito...

Amal.- No, no la cierres. Ésta es la única ventana que hay abierta...

Todas las demás están cerradas...

¿Quieres decirme quién eres tú? Me parece que no te conozco...

Niña.- Yo soy Sada.

Amal.- ¿Sada? ¿Qué Sada?

Sada.- Yo soy la hija de la vendedora de flores del pueblo. ¿No lo sabías?

Amal.- Y tú, ¿qué haces, di?

Sada.- ¿Yo? Yo cojo flores en mi canasto.

Amal.- ¡Cojes flores! ¡Por eso tienes tan alegres los pies, y tus ajorcas cantan tan contentas cuando vas andando! ¡Quién pudiera irse por ahí, como tú!... Yo te cojería flores de las ramas más altas, que ya no se ven...

Sada.- ¿De veras? ¿A que no sabes tú tantas cosas de las flores como yo?

Amal.- Sí, tanto como tú. Sé todo lo de Champaca, el del cuento de hadas, y sus siete hermanos. Y si me dejaran un momentito siquiera, me iría corriendo al bosque aquel tan grande, y me perdería; y en aquel sitio en donde el colibrí que chupa la miel se mece en la punta de su ramita, me abriría yo como una flor de champaca... ¿Quieres tú ser mi hermana Parul?

Sada.- ¡Qué tontísimo eres! ¿Cómo voy yo a ser tu hermana Parul, si yo soy Sada, y mi madre es Sasi, la que vende flores? ¡Si supieras tú las biznagas que tengo que hacer todos los días!... ¡Ay! ¡Que no me iba a divertir yo si pudiera estar aquí sin hacer nada, como tú!

Amal.- ¿Y qué ibas a hacer en todo el día, tan largo?

Sada.- ¡Pues poco que iba yo a jugar con mi muñeca Beney, la novia, y con la gata Meni, y con...! Pero mira, es muy tarde, y no puedo quedarme más; que si no, me voy a volver sin una flor.

Amal.- ¡Espérate otro poquito, anda, que estoy tan bien contigo!

Sada.- ¡No seas así! Si eres bueno y te estás aquí quietecito, cuando vuelva yo con las flores, me pararé a hablar contigo.

Amal.- ¿Y me vas a traer una flor?

Sada.- ¡No puedo!... Tienen que comprarse...

Amal.- Yo te la pagaré cuando sea grande, antes de irme a buscar trabajo más allá de aquel arroyo que está allí...

Sada.- Bueno.

Amal.- Di, ¿vas a volver, cuando hayas cojido las flores?

Sada.- Sí, volveré.

Amal.- ¿De veras volverás?

Sada.- Sí, de veras.

Amal.- ¿Te acordarás bien de mí? Yo soy Amal, acuérdate bien...

Sada.- ¡Ya tú verás cómo me acuerdo!

(Sale).

Escena décima

(Amal y unos chiquillos)

Amal.- ¿Adónde vais, hermanos? ¡No os vayáis todos; estaos conmigo un poquito!

Chiquillos (entrando).- Si vamos a jugar...

Amal.- ¿A qué vais a jugar, hermanos?

Chiquillos.- Vamos a jugar a los aradores.

Primer chiquillo (con un palo).- ¡Aquí está el arado!

Segundo chiquillo.- Y éste y yo somos la yunta de bueyes.

Amal.- ¿Y os vais a pasar jugando todo el día?

Chiquillos.- ¡Todo el día!

Amal.- Y cuando oscurezca, volveréis a casa por el camino de la ribera, ¿no?

Chiquillos.- Por la mismita orilla...

Amal.- ¿Y pasaréis por aquí delante?

Chiquillos.- ...¡Anda, vente a jugar con nosotros, vente!

Amal.- ¡Si no me deja salir el médico!

Chiquillos.- ¿El médico? ¿Y tú haces caso del médico? ¡Anda, vámonos, que es ya muy tarde; anda, vente!

Amal.- No, no. ¿Por qué no jugáis aquí en el camino, delante de mi ventana, para que yo os vea?

Chiquillos.- ¿Y a qué vamos a jugar aquí?

Amal.- ¡Yo os daré todos mis juguetes! ¡Sí, ya está; tened mis juguetes! Yo no puedo jugar solo, y se están empolvando; ¿para qué los quiero yo?

Chiquillos.- ¡Ay, qué juguetes tan bonitos! ¡Un barco! ¡Aquí está la abuela Yatai! ¡Qué cipayo tan precioso! Y ¿nos los vas a dar todos?

¿No te importa dárnoslos?

Amal.- No, no, tenedlos; yo, ¿para qué los quiero?

Chiquillos.- ¿No los querrás ya nunca más?

Amal.- No, no; para vosotros. A mí no me sirven para nada.

Chiquillos.- ¡Mira que van a reñirte!

Amal.- No, no me riñe nadie. Pero, ¿vais a venir a jugar con ellos delante de mi puerta, todas las mañanas?... Cuando se rompan, yo os daré otros...

Chiquillos.- Pues ¿no hemos de venir? ¡Vamos a jugar a la guerra!

¡Poned en fila estos cipayos!

¿Dónde habrá un fusil? Esta caña sirve... Pero, ¿ya te estás durmiendo?

Amal.- Me parece que me está dando sueño... ¡Qué sé yo! Muchas veces me pasa. Como estoy siempre sentado, me canso; y luego, me duele tanto la espalda...

Chiquillos.- ¡Pero si no es más que mediodía!... ¡No te duermas, hombre! Oye el gongo; ahora está dando la primera vela...

Amal.- Sí... Don, don, don... ¡Qué sueño tengo!

Chiquillos.- Pues entonces, mejor será que nos vayamos, y mañana por la mañana volveremos.

Amal.- ¡Esperad un momento! Vosotros que estáis siempre por el camino, ¿no conocéis a los carteros del Rey?

Chiquillos.- ¡Sí, ya lo creo!

Amal.- ¿Cómo se llaman? ¿Quiénes son?

Chiquillos.- Uno, Badal. Otro, Sarat. Otro... ¡Hay muchos!

Amal.- ¿Y me conocerían si viniese una carta para mí?

Chiquillos.- Claro que sí. Si pone tu nombre...

Amal.- Cuando vengáis mañana por la mañana, ¿queréis traerme a uno para que sepa quién soy?

Chiquillos.- Bueno, si tú quieres...

Acto segundo
Escena primera

(Amal -"en la cama"- y Madav)

Amal.- ¿Y tampoco me deja ya el médico sentarme en la ventana?

Madav.- Ya ves que te has puesto peor de estar siempre echado en ella...

Amal.- Puede que me haya puesto peor; pero mientras estoy en la ventana, ¡me encuentro tan bien!...

Madav.- Eso te parece a ti; pero no, hijo. Luego, sacas la cabeza y te pones a hablar con todo el que pasa, como si fuera esto una feria; y tú, hijo, estás malo y no puedes hacer eso. ¡Mira qué carita tienes!

Amal.- ...Y mi faquir, como no me verá en la ventana, se irá.

Madav.- ¿Tu faquir? ¿Quién es tu faquir?

Amal.- Pues mi faquir... Viene, y me cuenta cosas de todos los sitios donde él ha estado. ¡Unas cosas más bonitas!

Madav.- Pero, ¿qué es lo que dices?

Yo no conozco a ningún faquir...

Amal.- Pues ya no tardará... ¡Anda, por tus queridos pies; dile que entre aquí un ratito a hablar conmigo!

Escena segunda

(Amal, Madav y el viejo -"que viene vestido de faquir"-)

Amal.- ¡Míralo, ahí está! ¡Faquir, faquir, vente conmigo! ¡Siéntate aquí en mi cama!

Madav.- ¡Tonto!, pero si es...

El viejo (guiñándole un ojo a Madav).- ¡Yo soy el faquir!

Madav (al viejo).- ¡El diablo eres! ¡Si no lo viera, no lo creería!

Amal.- ¿Dónde has estado hoy, faquir?

El viejo.- Pues ahora mismo vengo de la Isla de los Loros.

Madav.- ¿La Isla de los Loros?

El viejo (a Madav).- ¡Sí, la Isla de los Loros! ¡Qué! ¿Te crees, hombre, que yo soy como tú?... No tengo más que cojer mis pies, y me voy adonde quiero; ¡y sin costarme nada!...

Amal (palmoteando).- ¡Qué bien!

¡Qué gusto debe dar eso! ¿No olvidarás que me has prometido llevarme en tu comitiva cuando esté bueno?

El viejo.- Sí. ¡Y te voy a enseñar unas mantras de caminantes, que nada, por mares, bosques ni montañas, podrá cerrarte el paso!

Madav.- Pero ¿qué enredo es éste?

El viejo.- Amal, hijo; nada, en mares ni montañas, puede hacerme retroceder... Ahora, que si el médico y este tío que tienes se conjuran contra mí, no hay majia que me valga...

Amal.- No; tío no se lo dirá al médico, y yo te prometo no moverme de la cama. Pero el primer día que me ponga bueno, me iré contigo; ¡y nada, en mares, ni montañas ni torrentes, podrá cerrarme el paso!

Madav.- Me das pena, hijo, siempre pensando en irte...

Amal.- Oye, faquir, ¿cómo es la Isla de los Loros?

El viejo.- Pues es la tierra de las maravillas. Allí viven todos los pájaros del mundo, y no hay un hombre siquiera; y no creas tú que se habla allí ni se anda; sólo cantar y volar.

Amal.- ¡Qué hermosura! ¿Y hay algún mar allí junto?

El viejo.- ¡Claro!, la Isla está en medio del mar...

Amal.- ¡Y habrá unos montes muy verdes!...

El viejo.- Toda la Isla está llena de montes verdes. Y cuando va a ponerse el sol, y las laderas, rojas, resplandecen, los pájaros vuelven en bandadas, volando con sus alas verdes, a sus nidos.

Amal.- ¿Y hay cascadas?

El viejo.- ¡Pues no ha de haberlas!

Todos los montes tienen su cascada; y parecen de diamantes derretidos.

¡Si tú vieras lo que juega el agua, y cómo cantan las piedras con ella cuando se echa al mar, saltando!

¡Al agua sí que no la para ningún diantre de médico!... Sigo; los pájaros me miraban como miran a los hombres. Ya tú ves, ¡como nosotros no tenemos alas!... Y no querían nada conmigo... Si no fuera por eso, yo te aseguro que me haría una choza entre los nidos y me pasaría allí mi vida contando las olas del mar.

Amal.- ¡Ay, si yo fuese pájaro! Entonces...

El viejo.- Pero eso ya no podría ser, Amal. A mí me han dicho que tú le has hablado al lechero para vender quesitos con él, cuando seas mayor; y como a los pájaros no les gustan los quesitos, me parece que te saldría mal tu negocio...

Madav.- ¡Vamos, me vais a volver loco entre los dos! ¡No puedo con vosotros! ¡Me voy!

Amal.- ...Tío, ¿vino el lechero?

Madav.- ¿Pues querías que no viniera? Él no se romperá la cabeza entre los nidos de la Isla de los Loros, llevando recados a tu faquir favorito; pero ha dejado una lata de quesitos para ti, y me ha dicho que te diga que no ha podido detenerse más porque como se casa su sobrina, tenía que ir a Kamlipara por la banda de música.

Amal.- ¡Si me iba a casar a mí con su sobrinita!

El viejo.- ¡Dios del cielo! ¡Pues buena la hemos hecho!

Amal.- ...Me dijo a mí que ella iba a ser mi novia chiquitita, y que iba a estar tan linda con sus zarcillos de perlas en las orejas y vestida con un preciosísimo sari grana... Y al amanecer, ella ordeñaría con sus propias manos la vaca negra, y me traería la leche calentita, toda llena de espuma, en un cantarillo nuevo, para que yo me la bebiera. Y cuando oscureciese, iría ella al establo con la lámpara, a dar una vuelta... Y luego vendría y se sentaría a mi lado a contarme el cuento de Champaca y sus siete hermanos...

El viejo.- ¡Qué bien! La verdad es que, aunque soy un faquir, ¡me están dando unas tentaciones!... ¡Pero no te importe a ti que se case la sobrina del lechero! ¡Déjalo! ¡Lo que te sobrarán serán sobrinas del lechero cuando tú vayas a casarte!

Madav.- ¡Cállate de una vez! ¡No puedo oírte con calma! (Sale).

Escena tercera

(Amal y el viejo)

Amal.- Oye, faquir, ahora que se ha ido mi tío; ¿no habrá venido al Correo nuevo una carta del Rey para mí?

El viejo.- La carta sé yo que ha salido ya del palacio; pero todavía viene de camino.

Amal.- ¿De camino? ¿Y por dónde vendrá? ¿Vendrá por esa veredita que viene dando vueltas entre los árboles?; la veredita esa que se ve hasta lo último del campo, cuando sale el sol después de llover...

El viejo.- Por ahí, por ahí viene.

¿Cómo lo sabías tú?

Amal.- Sí; todo lo sé.

El viejo.- Ya lo estoy viendo; pero, ¿cómo lo has sabido?

Amal.- Pues no sé cómo; pero lo veo tan clarito... Me parece que lo he visto muchas veces en unos días que pasaron hace ya mucho tiempo... No sé cuánto... ¿Sabes tú cuánto?, di... ¡Si vieras qué bien lo veo todo! El cartero del Rey viene bajando la cuesta del monte, solo, con un farol en la mano izquierda y un saco muy grande, lleno de cartas, en la espalda... Viene bajando, bajando, ¡hace ya mucho tiempo!, sin descansar, ¡muchos días, muchas noches!, y cuando va llegando a aquel sitio de la montaña donde la cascada es ya el arroyo, coje por la orilla y sigue, sigue andando entre el centeno... Luego, entra en el cañaveral, por ese callejón estrecho que hay entre las cañas de azúcar, esas tan altas;... y no se ve...

Luego, sale a la pradera grande, donde cantan los grillos... Mira, no hay nadie más que él; sólo las perdices, picoteando en el barro y meneando la cola... Lo siento venir más cerca, más cerca cada vez...

¡Estoy más contento!

El viejo.- Mis ojos, hijo ven ya poco; pero me cuentas de una manera las cosas, que lo veo todo como cuando era niño...

Amal.- Di, faquir, ¿conoces tú al Rey que ha puesto aquí este Correo?

El viejo.- Sí, mucho; todos los días voy a pedirle mi limosna.

Amal.- ¿Sí? Cuando yo me ponga bueno, iré también a pedirle mi limosna, ¿no?

El viejo.- Tú no tendrás que pedírsela, hombre; él te la dará por su gusto...

Amal.- No, no; yo iré a su portal y gritaré: ¡Viva mi Rey! Y bailando al son del tamboril, le pediré mi limosna. ¿No crees tú que estaría bien así?, di...

El viejo.- ¡Ya lo creo; estaría magnífico! Y si fuéramos juntos, me tocaría a mí buena parte; pero, ¿qué le vas a pedir?

Amal.- Le diré: “¡Hazme cartero tuyo, para ir con mi farol repartiendo cartas de puerta en puerta!

¡No me tengas en casa todo el día!”

El viejo.- Pero, vamos a ver, ¿por qué estás tú tan triste en tu casa?

Amal.- ¡No, si no estoy triste! Al principio, cuando me encerraron aquí, ¡me parecían más largos los días!; pero desde que han puesto enfrente el Correo del Rey, cada vez estoy más contento en mi cuarto...; y luego, como sé que un día voy a tener una carta... ¡Sí, no me importa nada estarme aquí quieto, aunque esté solo!... Oye, ¿y sabré yo leer la carta del Rey?

El viejo.- ¡Qué más te da! ¿No tienes bastante con que ponga tu nombre?

Escena cuarta

(Dichos y Madav)

Madav (entrando).- ¡Buena la habéis hecho entre los dos!

El viejo.- ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

Madav.- ¡Pues que, por culpa vuestra, todo el mundo anda diciendo que el Rey ha puesto ahí enfrente su Correo para estaros escribiendo siempre a los dos!

El viejo.- Bueno, ¿y qué?

Madav.- Que Panchanan, el jefe, se lo ha hecho decir al Rey en secreto...

El viejo.- ¿Y no sabemos todos que el Rey se entera de cuanto pasa?

Madav.- Entonces ¿por qué no tienes más cuidado? ¡No debieras nombrar en vano al Rey! ¡Me vas a arruinar con tus cosas!

Amal.- Faquir, faquir, ¿de veras se enfadará el Rey?

El viejo.- ¡Qué se ha de enfadar, hombre! ¡Con un niño como tú y un faquir como yo!... ¡A ver si tengo que ir a decirle cuatro frescas!

Amal.- ...Faquir; desde esta mañana estoy sintiendo como un velo por delante de los ojos... ¡Me parecen más raras las cosas!... No tengo ganas de hablar... Si me pudiera estar quieto... ¿Cuándo va a venir la carta del Rey?... Si este cuarto se deshiciera de pronto y...

Si...

El viejo (abanicando a Amal).- Seguramente vendrá hoy la carta, hijo mío...

Escena quinta

(Dichos y el médico)

El médico (entrando) (a Amal).- ¿Cómo estás hoy?

Amal.- Muy bien, señor médico; hoy no me duele nada.

El médico (a Madav, aparte).- No me gusta esa sonrisa. Mala señal que se sienta tan bien. Chakradan dice...

Madav.- ¡Bueno, por amor de Dios, déjame de Chakradan!; lo que quiero saber es cómo está hoy mi niño...

El médico.- Me parece que tenemos para poco tiempo... Ya te lo dije... Aseguro que se ha vuelto a enfriar...

Madav.- No, pues el niño no ha salido; eso te lo digo yo. Hasta las ventanas han estado cerradas.

El médico.- ¡No sé qué tiene hoy el aire! ¡Había una corriente por la puerta principal cuando entré...!

Lo mejor sería cerrar la puerta con llave... Creo que no te importará no recibir visitas en dos o tres días; y si alguien tiene necesidad de verte, ahí está la puerta falsa... Y esas maderas también debieran cerrarse... Los rayos del sol poniente no sirven más que para desvelar al enfermo.

Madav.- ...Ha cerrado los ojos.

Debe haberse dormido. ¡Qué carita tiene! ¡Ay, médico, yo me lo traje como si fuera mío, y después de haberle tomado este cariño, perderlo para siempre!...

El médico.- ¿Quién, quién es? ¡Este jefe, que tiene que meterse en todo!

¡Valiente hombre!... Bueno, tengo que irme. (A Madav). Mejor será que vengas conmigo a ver si está todo bien cerrado... En cuanto llegue a casa, mandaré una buena dosis de esa medicina, a ver si así conseguimos algo... Aunque me parece...

(Salen Madav y el Médico).

Escena sexta

(Amal, el viejo y el jefe)

El jefe (entrando).- ¡Hola, mequetrefe!

El viejo (levantándose aprisa).- ¡Calla!

Amal.- No importa, faquir; ¡si no estaba dormido! Todo lo estoy oyendo... Y también unas voces muy lejanas... Mira, mi padre y mi madre... están sentados aquí a mi cabecera, y me están hablando...

Escena séptima

(Dichos y Madav -"que entra"-)

El jefe.- Oye, Madav; me han dicho que te tuteas ya con personajes...

Madav.- ¡No andes con bromas, jefe!

Ya sabes que somos unos infelices...

El jefe.- Pero tu niño está esperando una carta del Rey...

Madav.- Déjalo en paz al pobre, que es un tontaina...

El jefe.- No, no; ¿por qué no había de recibirla? ¿Pues dónde va a encontrar el Rey familia mejor?

¡Por algo ha puesto su Correo nuevo frente a tu casa!... (A Amal). ¡Tú, monigote!; aquí traigo una carta del Rey para ti...

Amal (incorporándose con sobresalto).- ¿Dónde? ¿Es verdad?

El jefe.- ¡Pues va a ser mentira!

¡Si eres su mejor amigo! ¡Mírala!

(Mostrando un papel en blanco).

¡Tenla! (A carcajadas).

Amal.- ¡No te burles de mí!...

Faquir, di tú, ¿es verdad?

El viejo.- Sí, hijo mío. ¡Yo que soy faquir, te digo que ésa es la carta del Rey!

Amal.- ¡Pero si no veo nada! ¡Me parece que está todo tan en blanco!

Señor jefe, ¿qué dice la carta?

El jefe.- Dice el Rey: "Voy corriendo a verte. Prepárame arroz dorado, que la comida de palacio empieza a fastidiarme..." (A carcajadas).

Madav (suplicando con las manos).- ¡Jefe, te ruego que no bromees más con esto!

El viejo.- ¿Eh? ¡Que se atreva!

Madav.- ¿También tú te has vuelto loco?...

El viejo.- ¿Loco? ¡Pues bueno, estoy loco! Y aquí dice bien claro que el Rey en persona viene a ver a Amal, con el médico de la corte...

Amal.- ¡Faquir, faquir, oye!... ¡La trompeta del Rey!... ¡Oye!...

El jefe (a carcajadas).- Me parece que tendrás que perder otro poquito más la cabeza para oírla!...

Amal.- Señor jefe, yo creía que tú estabas enfadado conmigo y que no me querías... ¿Cómo me había de figurar que fueras tú quien me trajera la carta del Rey? ¡Déjame que te quite el polvo de los pies!

El jefe.- ...La verdad es que esta criatura tiene instinto de veneración. Es un poco simple, pero su corazón no es malo...

Amal.- Creo que ya es la cuarta vela. Escucha el gongo: Don, don, din... Don, don, din... ¿Ha salido ya la estrella de la tarde? No sé qué tengo, que no veo...

El viejo.- Es que está todo cerrado, hijo. Voy a abrir... (Llaman fuera).

Madav.- ¡Llaman! ¿Quién será? ¡Qué fastidio! Llamar a estas horas...

(Una voz afuera).- ¡Abrid la puerta!

Madav.- ¿Lo has oído, jefe? ¡A ver si son ladrones!

El jefe.- ¿Quién llama? ¡Lo pregunta Panchanan, el jefe! ¡Atrevedos!... Ya lo estáis viendo; se acabó el ruido... ¡Que no puede nada la voz de Panchanan!... ¡A ver, venga ese ladrón valiente!

Madav (mirando receloso por la ventana).- Sí, sí; ¿no habían de callar? ¡Como que han echado abajo la puerta!

Escena octava

(Dichos y el Heraldo del Rey)

El Heraldo del Rey (entrando).- ¡Nuestro Rey soberano llega esta noche!

El jefe.- ¡Dios santo!

Amal.- ¡Heraldo, Heraldo!, ¿a qué hora llegará?

El Heraldo del Rey.- En la segunda vela.

Amal.- ¿Cuando mi amigo el guarda toque el gongo en las puertas del pueblo: Din, don, din... Din, don, din?...

El Heraldo del Rey.- Sí, entonces.

Y el Rey manda delante a su médico más sabio, para que cuide a su amiguito.

Escena novena

(Dichos y el Médico Real)

El Médico Real (entrando).- ¿Qué es esto? ¿Por qué está todo tan cerrado? Abrid de par en par...

(Toca a Amal). ¿Cómo estás tú, hijo mío?

Amal.- Muy bien, señor médico del Rey; estoy muy bien. Ya no me duele nada. ...¡Ay, qué gusto da esto tan abierto y tan fresco!

¡Ahora sí que veo temblar las estrellas en la oscuridad!

El Médico Real.- ¿Crees que podrás levantarte esta noche, a las velas medias, cuando llegue el Rey?

Amal.- ¡Ya lo creo que sí! ¡Tengo unas ganas de levantarme hace tanto tiempo! Le voy a decir al Rey que me enseñe la estrella polar... Debo haberla visto muchas veces, pero no sé bien cuál es...

El Médico Real.- Él te lo dirá todo. (A Madav). Adornad de flores el cuarto, para el Rey.

(Señalando al Jefe). Y ése, que se vaya de aquí...

Amal.- ¡No, déjalo, señor médico, que es amigo mío! Él fue quien me trajo la carta del Rey...

El Médico Real.- Muy bien, hijo mío; si es tu amigo, que se quede.

Madav (hablando al oído a Amal).- Amal, hijo, ya ves cuánto te quiere el Rey, que él mismo viene a verte... Pídele algo, que ya tú sabes lo desgraciados que somos...

Amal.- Sí, sí, tío; no te apures tú; ya lo tengo pensado.

Madav.- ¿Y qué le vas a pedir?

Amal.- Le voy a pedir que me haga cartero suyo, para ir de puerta en puerta, por todas partes, repartiendo sus cartas...

Madav (golpeándose la frente).- ¡Pobres de nosotros! ¿Eso le vas a pedir?

Amal.- ...Tío, ¿y qué le daremos al Rey, cuando venga?

El Herald del Rey.- Ha dicho que se le prepare arroz dorado...

Amal.- ¡Arroz dorado! ¡Señor jefe, tú tenías razón! ¡Sí, tú fuiste el primero que lo dijo! ¡Tú lo sabías todo, todo!...

El jefe (al Herald).- Si avisan a mi casa, podría el Rey...

El Médico Real.- No es necesario... Y ahora, callad todos, que se está durmiendo... yo me sentaré a su cabecera... Se está quedando dormido... Apagad la lámpara...

Que sólo entre el resplandor de las estrellas... Callad, que se ha dormido...

Madav (al viejo).- ¿Qué haces ahí, como una estatua, con esas manos juntas?...
¡Estoy más nervioso!

...?Tú crees que es bueno todo esto? ¡Este cuarto tan oscuro!

...Yo no creo que le haga ningún beneficio al niño la luz de las estrellas...

El viejo.- ¡Descreído, calla!

Escena décima
(Dichos y Sada)

Sada (entrando).- ¡Amal!

El Médico Real.- Está dormido.

Sada.- Es que le traía unas flores... ¿Me dejas que se las ponga en sus manos?

El Médico Real.- Sí, pónselas.

Sada.- ¿Cuándo se despertará?

El Médico Real.- Cuando el Rey venga y lo llame.

Sada.- ¿Quieres decirle bajito una cosa de mi parte?

El Médico Real.- ¿Qué quieres que le diga?

Sada.- Dile que Sada no lo ha olvidado...

Fin de la obra ::::::::::::::

Vuelo Supremo

Autor: Julián Marchena

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos;
no tener, para ir a otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.

Poder volar cuando la tarde muera
entre fugaces lampos ambarinos
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.



Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... Ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.

Hombre preso que mira a su hijo.

Autor: Mario Benedetti

Cuando era como vos me enseñaron los viejos
y también las maestras bondadosas y miopes
que libertad o muerte era una redundancia
a quien se le ocurriría en un país
donde los presidentes andaban sin capangas.



Que la patria o la tumba era otro pleonasma
ya que la patria funcionaba bien
en las canchas y en los pastoreos.

Realmente no sabían un corno
pobrecitos creían que libertad
era tan solo una palabra aguda
que muerte era tan solo grave o llana
y cárceles por suerte una palabra esdrújula.

Olvidaban poner el acento en el hombre.

La culpa no era exactamente de ellos
sino de otros más duros y siniestros
y estos si
como nos ensartaron
en la limpia república verbal
como idealizaron
la vidurria de vacas y estancieros
y como nos vendieron un ejército
que tomaba su mate en los cuarteles.

Uno no siempre hace lo que quiere
uno no siempre puede
por eso estoy aquí

mirándote y echándote
de menos.

Por eso es que no puedo despeinarte el jopo
ni ayudarte con la tabla del nueve
ni acribillarte a pelotazos.

Vos ya sabes que tuve que elegir otros juegos
y que los juegue en serio.

Y jugué por ejemplo a los ladrones
y los ladrones eran policías.

Y jugué por ejemplo a la escondida
y si te descubrían te mataban
y jugué a la mancha
y era de sangre.

Botija aunque tengas pocos años
creo que hay que decirte la verdad
para que no la olvides.

Por eso no te oculto que me dieron picana
que casi me revientan los riñones
todas estas llagas hinchazones y heridas
que tus ojos redondos
miran hipnotizados

son durísimos golpes
son botas en la cara
demasiado dolor para que te lo oculte
demasiado suplicio para que se me borre.

Pero también es bueno que conozcas
que tu viejo callo
o puteo como un loco
que es una linda forma de callar.

Que tu viejo olvido todos los números
(por eso no podría ayudarte en las tablas)
y por lo tanto todos los teléfonos.

Y las calles y el color de los ojos
y los cabellos y las cicatrices
y en que esquina
en que bar
que parada
que casa.

Y acordarse de vos
de tu carita
lo ayudaba a callar.

Una cosa es morir de dolor
y otra cosa es morir de vergüenza.

Por eso ahora
me puedes preguntar
y sobre todo
puedo yo responder.

Uno no siempre hace lo que quiere
pero tiene el derecho de no hacer
lo que no quiere.

Llora nomás botija
son macanas
que los hombres no lloran
aquí lloramos todos.

Gritamos berreamos moqueamos chillamos
maldecimos
porque es mejor llorar que traicionar
porque es mejor llorar que traicionarse.

Llora
pero no olvides.

Defensa del árbol.
Autor: Nicanor Parra

Por qué te entregas a esa piedra
Niño de ojos almendrados
Con el impuro pensamiento
De derramarla contra el árbol.
Quien no hace nunca daño a nadie
No se merece tan mal trato.
Ya sea sauce pensativo
Ya melancólico naranjo
Debe ser siempre por el hombre
Bien distinguido y respetado:
Niño perverso que lo hiera
Hierde a su padre y a su hermano.
Yo no comprendo, francamente,
Cómo es posible que un muchacho
Tenga este gesto tan indigno
Siendo tan rubio y delicado.
Seguramente que tu madre
No sabe el cuervo que ha criado,
Te cree un hombre verdadero,
Yo pienso todo lo contrario:
Creo que no hay en todo Chile
Niño tan mal intencionado.
¡Por qué te entregas a esa piedra
Como a un puñal envenenado,
Tú que comprendes claramente
La gran persona que es el árbol!
Él da la fruta deleitosa
Más que la leche, más que el nardo;
Leña de oro en el invierno,



Sombra de plata en el verano
Y, lo que es más que todo junto,
Crea los vientos y los pájaros.
Piénsalo bien y reconoce
Que no hay amigo como el árbol,
Adonde quiera que te vuelvas
Siempre lo encuentras a tu lado,
Vayas pisando tierra firme
O móvil mar alborotado,
Estás meciéndote en la cuna
O bien un día agonizando,
Más fiel que el vidrio del espejo
Y más sumiso que un esclavo.
Medita un poco lo que haces
Mira que Dios te está mirando,
Ruega al Señor que te perdone
De tan gravísimo pecado
Y nunca más la piedra ingrata
Salga silbando de tu mano.

ELISA DELMAR
Novela histórica



Novelas históricas llama Argüello Mora a ésta y a otras de sus publicaciones. Sin embargo, no pueden considerarse como tal: ni son novelas por la extensión, ni corresponden a lo que suele llamarse novela histórica, ya que si bien se alude en ellas a hechos de la historia nacional, tales hechos quedan fuera de la trama Novelesca. Es probable que en este autor influyeran los Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós, que coinciden cronológicamente con las que él llama novelas históricas. Juzgamos que es más adecuada la designación de cuentos, o bien la de tradiciones, que también emplea el señor Argüello Mora.

A LA DISTINGUIDA SEÑORITA CELINA MATA, DEDICA ESTA OBRITA EL AUTOR.

I

ELISA DELMAR no sólo era una de las más bellas flores del jardín que riega el torrentoso río Barranca, sino que su angelical bondad y su constante redisección al sacrificio y a la renuncia del goce propio en cambio del ajeno, hacían de ella una hermana de caridad en la población de Esparta, donde nació y pasó la mayor parte de su vida.

No podía ser de otro modo la que debió el sér al gallardo centroamericano, al éroe sin miedo y sin reproches, en una palabra, al General don José María Cañas. En efecto: tanto la naturaleza como la educación se propusieron a porfía hacer de Cañas uno de los más simpáticos y hermosos tipos de la belleza humana; pues así en lo físico como en lo moral, el general Cañas fue un modelo de perfección en su género.

Difícil sería imaginar una figura tan bien delineada y tan brillantemente dotada por la naturaleza, como lo fue la del general Cañas.

De alta y esbelta estatura, de azules y grandes ojos velados por espesas pestañas, con una nariz aguileña y una boca de donde jamás salió una sola frase ofensiva para nadie, Cañas practicó todas las virtudes, menos una: la fidelidad conyugal.

Esa sujeción le fue imposible, porque el fogoso guerrero, discípulo de Morazán, amaba a todas las mujeres. A las rubias porque eran dulces y suaves, a las morenas porque eran emprendedoras y activas, a las flacas porque no eran obesas, y a las gordas por sus redondas y esculturales formas. Cañas pasó su vida amando y siendo ardientemente correspondido.

Más de treinta retoños sembrados en los cinco estados Centroamericanos, debieron la existencia al bizarro soldado que no conoció el miedo, y a quien sólo se pudo hacer el ligero reproche de inconstancia en el amor.

Elisa Delmar fue el fruto de una de esas momentáneas constancias en su inconstancia habitual.

Berta Delmar, chiricana despierta y graciosa, vino a Costa Rica por asuntos de familia y no volvió a su país porque se encontró con Cañas en unas fiestas de Esparta y cuando debía volver, el nacimiento de Elisa se lo impidió en parte, y en mucho motivó su larga residencia entre nosotros, la esperanza de ver de vez en cuando al padre de su Elisita.(*)

Lo raro en esa vida de continuas aventuras de amor es, que pocos hombres fueron más cariñosos, más amables y complacientes con su esposa legítima, que lo fue Cañas. Jamás salió de sus labios una palabra dura para su Lupita, la madre de sus legítimos hijos. Lupita era adorada por su esposo y éste se excusaba y defendía con tal gracia en sus continuas infidelidades, que no era posible guardarle rencor; pues siempre logró dejar en el ánimo de su Lupita la duda de la existencia de los hechos imputados al marido intachable en lo demás.

La campaña nacional contra Walker duró más de año y medio y todo ese tiempo estuvo Cañas ausente de su hogar.

Todos los generales, oficiales y soldados que hicieron la campaña se alternaban yendo y viniendo a Nicaragua. Cuando el cólera morbus hizo oír al ejército el "sálvese el que pueda", casi todos los expedicionarios volvieron a sus casas en la esperanza de librarse de la terrible peste. El único que permaneció firme en su puesto desde que comenzó la guerra hasta que concluyó, fue Cañas.

Es muy difícil determinar hoy si los personajes de este relato existieron realmente o no. Varios de los personajes de las que el autor llama novelas históricas se citan también en las páginas de historia nacional que aparecen en esta misma edición.

Todo parece indicar, pues, que el autor tomó nombres de personas existentes y conocidas en la época en que él actuó (alrededor de 1860) y más adelante se sirvió de sus nombres ligándolos a tramas de fantasía que le permitieran conservar cierta verosimilitud.

En efecto, a la cabeza de un puñado de liberianos sostuvo Cañas el honor nacional, oponiéndose solo, contra Walker y practicando prodigios de táctica y de valor. Uno de esos hechos de armas le valió el nombre de Jenofonte Centroamericano, dado por el mismo Walker a su incondicional enemigo.

Elisa, pues, no sólo amaba en Cañas al que le dio el ser, sino que su vanidad era dulcemente lisonjeada por ser hija, aunque natural, del célebre y simpático guerrero.

Elisa no olvidaba la primer caricia que Cañas le había hecho cuando la mamá la presentó a su padre.

-Chica- la dijo, pasando sus manos por los cabellos de la niña- eres tan linda, que las gentes te tomarán por hija mía.

II

La afición filial de Elisa monopolizaba casi su ánimo, pues primero Cañas y en seguida de éste Berta, su madre, eran casi los únicos afectos que descollaban en su corazón.

Contra esa fortaleza defendida por dos grandes atracciones, se estrellaron muchos y emprendedores Lovelaces. Uno sobre todo, pasó su juventud solicitando un adarme de amor siquiera, de la que ellos llamaban fría Elisa. Alberto Villalta, colombiano de buena familia que emigró a Costa Rica por asuntos políticos, fue el más sincero y emprendedor de los enamorados de la hija de Cañas.

Ella lo recibía con agrado y con placer, pero por más que hizo, no logró amar al jovencuelo bien parecido y simpático, más que como a un amigo.

Berta amonestaba a su hija para que eligiera al futuro compañero de su vida, mas ella contestaba siempre que no

Era de rigor que la mujer tuviera compañero, que tantas jóvenes bonitas y aun muy agradables habían pasado su vida solas con sus padres y no habían tenido por qué arrepentirse, mientras que a ella le constaba los sufrimientos porque pasaban algunas de sus amigas a consecuencia de haberse mal casado.

En ese estado las cosas, desembarcaron en Puntarenas los que pocos días después debían ser mártires de su patriotismo, esto es, los generales Mora y Cañas.

Ese acontecimiento fue una fiesta llena de promesas y de ilusiones para los amigos de ellos, y de terror y de espanto para el gobierno de hecho que regía a Costa Rica.

Elisa no se contaba entre esos dos extremos porque ni tuvo ilusiones, ni los terrores de quien todo lo teme de la justicia del cielo.

Elisa era una sensitiva, como todas las flores y avecillas de su género. Elisa juzgaba de los sucesos, no según su inteligencia y su razón, sino conforme se lo indicaba el corazón, que es el instinto de las mujeres. La cabeza se engaña a menudo, el corazón raras veces.

Visto pues el desembarco de Mora y Cañas a través de ese lente que iluminaba los acontecimientos, fue Elisa presa de fúnebres y siniestros presentimientos que la desesperaron.

¿Qué hacer? ¿Cómo evitar el sangriento fin que su instinto filial le señalaba?

Pensó en Alberto y se dijo: "Sólo las grandes pasiones producen grandes resultados; el hombre que ama ardientemente es capaz de todo, por obtener el amor del objeto amado".

Tuvo, pues, con Alberto la siguiente conferencia:

Elisa. -Es tiempo ya, Alberto, de que hablemos como personas serias. Usted pretende amarme con pasión, y sin esperanza de variar de sentimientos. Yo le he manifestado mil veces que no me es posible engañarlo, fingiendo un amor que no siento, pero si usted se conforma con hacerme su esposa, a sabiendas de lo que pasa, convengo en casarme con usted; pueda ser que una vez casada, la vida conyugal atraiga y convierta en amor mi actual amistad.

Alberto. -Triste y desesperante es el frío celaje que usted me ofrece en perspectiva, pero todo lo acepto, menos el peligro de que usted pertenezca a otro hombre y de que llegue a amar a otro que no sea yo. Acepto su sacrificio, Elisa, ¿con qué condiciones?

Elisa. -Con una sola. Soy hija natural del mejor de los hombres, del general Cañas, y mi corazón me anuncia próximas y terribles soluciones con respecto a él. Si usted me ayuda a salvarlo, si logramos que no sea sacrificado y que pueda volver a San Salvador, yo seré su esposa. Si tal cosa no sucede, yo me dedicaré al alivio de la humanidad doliente. Seré Hermana de Caridad.

Alberto. -Aceptadas sus condiciones, desde luego me pongo incondicionalmente a sus órdenes y tanto mi inteligencia, como mi energía física, sólo se ocuparán del objeto deseado.

III

La historia nos dice lo que pasó en esa punta de arenas y manglares, en catorce días de combates, de traiciones, de heroísmo y de legendarias luchas. Los generales Mora y Cañas y sus amigos, el 27 de setiembre de 1860 ya no trataban de vencer, sino de morir con honor. La muerte los acechaba y sólo era cuestión de tiempo. Describamos al acaso una de tantas escenas que precedieron a la fatal toma de La Trinchera.

Era el 27 de setiembre. Conocido es lo que se ha llamado La Angostura, esto es, un estrecho istmo como de cuarenta varas de ancho entre el mar y el estero en la lengua de tierra que forma el puerto de Puntarenas. A veces en las altas mareas este istmo queda reducido a un espacio de cinco varas. Allí es donde se construyó la famosa Trinchera, con grandes tablones de madera de cuadro. Una cubierta de manta formaba el techo con que se abrigaban del agua y del sol, sus defensores. Nueve grandes cañones colocados en semi-círculo, defendían y barrían el camino.

Cada pieza estaba al mando de un oficial. Como casi todos fueron mártires y se batieron como héroes, justo es que aquí consignemos sus nombres. El número

primero estaba al mando de don Leonidas Orozco, los siguientes al de los señores don Antonio Argüello, don José de Jesús Quesada, don Frutos Mora, don Francisco Castro, don Evaristo Fernández, don Alberto Villalta y dos alemanes amigos de don Guillermo Nanne.

Eran las seis de la tarde. Un corneta y un tambor ejecutaban el toque de la oración. Todavía en esa época se practicaba la ordenanza militar española, y las guarniciones, a esa hora en que los cristianos dirigían sus ruegos al Todopoderoso, hacían lo mismo, y oficiales y soldados, con la cabeza descubierta y de pie, repetían la oración que el cabo de la guardia en voz alta pronunciaba.

Concluída la ceremonia, que por última vez debían practicar la mayor parte de aquellos pobres predestinados a la muerte al día siguiente, cada uno volvió a sus quehaceres.

El viejo Cañas, vestido con su pintoresca camisa roja de lana, se recostó sobre la cureña de un cañón y saturado de mortal tristeza contemplaba un cuadro que contenía dos retratos: el de su Lupita y el de Pincho o Francisco Cañas, su primogénito, que apenas tuvo tiempo de abrazar al salir del Salvador, a donde llegó Pincho la víspera. Hacía cinco años que Pincho estudiaba el comercio en Valparaíso y volvía a su casa dichoso y adorado por todos los que lo trataban, porque Pincho era el mismo general Cañas cuando era adolescente.

Hermoso y elegante, simpático e inteligente, Pincho llegó a San Salvador la víspera que su padre. Mas cuando el viejo general contemplaba su retrato, prometiéndose mil goces en la sociedad de su hijo, ya éste había volado a las regiones de la muerte: una fiebre maligna lo arrebató a su familia.

Cañas murió sin saber que su hijo lo había precedido en el camino de la eternidad. ¡Terribles decretos del destino, que había condenado a Lupita, la santa esposa del general Cañas, a perder en una sola semana a su marido, a su hijo primogénito y a su hermano mayor (don Juan Rafael Mora), quedando abandonada y sin recursos en el ostracismo que había compartido con su marido! Ya viuda, mártir, y madre de numerosa prole, tuvo que ganar con su trabajo personal en extranjera tierra, el amargo pan de la proscripción.

Los demás jefes y oficiales, cuál más, cuál menos, todos pensaban en su familia ausente, en su vieja madre, en la joven hija y en la prometida esposa. Alberto Villalta pensaba en su Elisa, y acariciaba su cañón, como al amigo a quien debería el amor de la hija de Cañas. Alberto se enganchó al servicio de Cañas, con ánimo de hacer cuanto en su mano estuviera para salvar al viejo guerrero o para morir con él.

Todas esas reveries cesaron al escuchar la terrible voz del cañón enemigo. En efecto, dos balas rojas unidas por una cadena, habían penetrado en el campamento, herido a un soldado, y destruído completamente el techo de la tienda de campaña que abrigaba a los jefes.

La juventud es siempre y en todas partes la luz y la alegría de la vida. Todo lo que pasa en esa primavera de la existencia, es motivo de placer y manantial de risas y chanzas.

Así fue que los jóvenes oficiales, jefes de las piezas, un momento antes tristes y mustios, reían a carcajadas al ver a la cocinera del campamento, la popular y célebre Liberia, furiosa contra los poco diestros artilleros del enemigo, que en vez de matar soldados, le habían destruído y dispersado las cazuelas y platos listos para la cena.

En esos momentos, el solemne silbido de una bala de cañón atravesaba de sur a norte, esto es, del mar al Estero, a una grande elevación sobre La Trinchera. Era el aviso convenido con los comandantes de las lanchas cañoneras, quienes debían con esa señal indicar que había novedad o peligro inminente para los defensores de La Angostura.

Esas dos lanchas armadas, una con dos cañones y la otra con sólo uno, pero de grueso calibre, las mandaban: la que ocupaba el mar abierto don Guillermo Nanne, y la que recorría el Estero, el bizarro inglés, capitán Rogers, cuya larga vida ha sido dedicada sólo al servicio de Costa Rica.

Hoy vive aún en Puntarenas, lleno de gloria y de años, y rodeado del respeto y cariño de los costarricenses. Cada arruga de su venerable rostro es una página de heroicos sacrificios por su patria adoptiva.

-¡A las armas!- exclamó Santander, el segundo de Cañas, chileno de buena familia, valiente y buen mozo, a quien el destino condujo a nuestras playas en esa época. Al instante estuvo cada hombre en su puesto.

Sólo el general Cañas permaneció tranquilo y no abandonó su cómodo lecho, esto es, la cureña de su cañón. Y es porque esas alarmas eran tan frecuentes, que ya no le llamaban la atención. Además, su larga experiencia de la guerra le indicaba que aún no se trataba del asalto.

Sólo dijo sonriendo y con su gracioso ceceo habitual:

-Muchachos, no ... no ... no hay que ol... ol ... olvidar que, que, que perro que ladra no ... no ... muerde.

No es mi ánimo contar ahora el sangriento combate que tuvo lugar el día siguiente, y que concluyó con la toma de La Trinchera.

En otra obrita de este mismo género encontrará el lector la relación de este trágico suceso. Por ahora sólo relacionamos la historia del cruento fin de Cañas.

IV

En setiembre de 1860 desembarcaron Mora y Cañas en Puntarenas, llamados por sus numerosos partidarios. Para la generalidad de los moristas aquella entrada triunfal fue una fiesta que auguraba próximos y venturosos acontecimientos. Mas no para ciertas sensitivas, que, como Elisa, viven de amor y cariño. La llegada de Cañas la impresionó penosamente, sin explicarse el motivo; algo como el don del adivino tienen los corazones amantes y apasionados, y ese algo anunciaba a Elisa desconocidos infortunios y siniestras soluciones.

El instinto de su cariño filial fue más previsor que las indicaciones de su cerebro, y ese instinto la hizo presentir al través del denso velo que cubre el porvenir, y a pesar de los halagadores mirajes del presente, los trágicos desenlaces del ciego destino.

El general Cañas en su visita de inspección a Esparta, antes que el Gobierno hubiera tomado el paso del río Barranca, estuvo unos instantes con su hija. Esta le suplicó que le permitiera coserle en la camisa un pequeño escapulario de la Virgen del Socorro, que esperaba, decía ella, lo libraría de las balas. Cañas, riendo y chanceándose, aseguró a Elisa que desde ese momento sería inexpugnable, "cosa de poca monta", añadía con el ceceo que acostumbraba, "porque ... que ... que ... los vie . . . vie . . . jos . . . co ... co ... como yo no sir . . . sirven pa ... para mal ... mal ... di ... dita la co ... cosa".

Luego siguieron los fatales e inexplicables desastres que condujeron a Mora y a Cañas al banquillo de los ajusticiados.

Un consejo de guerra compuesto de sus más encarnizados enemigos, los condenó a muerte. Aquél fue ejecutado el 30 de setiembre. Imposible pensar que Cañas tuviera la misma suerte: primero, porque el mismo consejo de guerra, a pesar de su parcialidad, recomendó el viejo general a la clemencia del gobierno, pidiendo que se le conmutara la pena de muerte por la de destierro perpetuo; segundo, porque transcurridas 48 horas después de la muerte de Mora, la calma había reemplazado a la excitación que sigue a los combates; y tercero, porque la popularidad de Cañas era tal, que se consideraba peligroso el llevar las cosas a ese extremo, que quizá acabaría con la paciencia del soldado. Muy pocos serían los milicianos que componían el ejército expedicionario del gobierno, que no hubieran militado bajo los órdenes de Cañas.

¡Cuál sería el asombro de amigos y aun de enemigos de Mora, al saberse que a las tres de la madrugada del dos de octubre había llegado a Puntarenas un emisario del gobierno, cubierto de lodo, y después de reventar dos caballos. Ese correo de la muerte había traído la orden de fusilar al heroico y viejo guerrero, dentro de las dos horas siguientes a su llegada. (a)

V

Era el dos de octubre de 1860. Las tres de la mañana apuntaba un reloj que colgaba de una de las paredes del gran salón, donde esperaban su mísero destino varios de los prisioneros tornados en el combate de La Trincherá, o que voluntariamente se habían presentado a merced del vencedor.

Un batallón entero rodeaba esa prisión que contenía lo que aún quedaba viviente de los amigos que acompañaron a Mora en Puntarenas. Entre ellos corrían gran peligro aún.

Se llamaba el infortunado mensajero Ramón Castro Araya, el general Cañas, el coronel del mismo apellido hermano de aquél, el capitán Leonidas Orozco, y el señor don Manuel Argüello. El trágico fin de don Juan Rafael Mora los tenía anonadados.

Tronaba el rayo en el firmamento y caía aguacero diluviano, cuyos ruidos apenas dejaban percibir los bramidos del océano enfurecido por el huracán.

Sin esperanza de conciliar el sueño, se recogieron unos después de los otros en unas camas-tijeras y guardaron silencio por consideración a Cañas. Cuando parecían todos dormidos, como a las dos de la madrugada, el centinela de la puerta se acercó de puntillas al lecho de Cañas y con los ojos llenos de lágrimas, contempló silenciosamente su varonil y simpática figura.

Quien tales muestras de ternura no pudo ocultar, era un soldado joven, casi adolescente, bello como un adonis, y en cuyo rostro aún no se asomaba una sola señal del vello que distingue al sexo fuerte. Como uno de los brazos de Cañas colgaba fuera del lecho, el soldado se acercó, se arrodilló y le besó . . . la mano. Cañas despertó al sentir el perfumado aliento del gentil soldado, y se sentó ... El soldado se excusó diciendo: que por la agitación que en su sueño manifestaba el general, pensó que quizás sufría de una pesadilla, y decidió despertarlo. ¡ Cuál sería la sorpresa del general al reconocer en el soldado a su hija Elisa, que se había cortado el pelo, disfrazado con el uniforme militar y enganchado como voluntario en el ejército del gobierno!

A la media oscuridad que había en el salón, mantenida por un solo farol o linterna, con una sola vela, manifestó Elisa a Cañas el objeto de su venida allí.

Se trataba de que en el acto cambiase su vestido por el de un oficial, que consistía: en un pantalón de lana azul, y una camisa roja, a lo Garibaldi, vestido que en esa expedición usaron aun los más altos jefes, como Blanco y don Francisco Montealegre. Así disfrazado, debía Cañas atravesar la guardia, seguido y rodeado por cuatro jóvenes soldados, amigos de Elisa que esperaban en la puerta.

Cañas vaciló ... La dijo que él creía no había ya motivo para temer otra solución de aquel drama, que el destierro que se verificaría cuando pasara el vapor, y que el paquebote lo esperaban ese día mismo.

Elisa insistió y suplicó, asegurándole que corrían en el ejército siniestros presentimientos de extraordinarios sucesos.

Es imposible, dijo Cañas, que después de cuatro días de calma se pretenda hacer nuevos asesinatos políticos, y que él creía y aún tenía fe en los sentimientos de gratitud del pueblo de Costa Rica, por los servicios que él había prestado en Nicaragua, etc.

Elisa lloraba y de rodillas le rogaba que la siguiera, cuando se oyó un redoble de tambor y un lejano sonido de corneta. Elisa palideció y procuró forzar cariñosamente a Cañas para que la siguiera; mas pronto se oyeron pasos acelerados de personas que se acercaban, luego apareció al frente de un grupo de militares, un oficial con una linterna sorda en una mano y un revólver en la otra. Lo seguían el General Blanco y varios oficiales. Elisa apenas tuvo tiempo de llegar a la puerta, tomar el rifle y colocarse en su puesto.

Entró al salón el fúnebre grupo y el oficial cuyo vestido manaba agua por todas partes y cubierto de lodo del camino, comenzó a llamar en voz alta a los prisioneros, que contestaban asombrados y medio dormidos. Concluida la revista, el fatídico capitán dijo en voz cavernosa: -Que el General Cañas pase a otra pieza, donde debe estar separado de sus compañeros.

A pesar de lo terrible y espantoso que anunciaba esa orden, Cañas, con una sonrisa mezclada de tristeza y de desprecio al capitán mensajero de desgracias, le manifestó: que estaba listo a seguirlo. Pero antes de marchar, y mientras se vestía dijo a cada uno de sus compañeros de prisión algunas frases agradables. Al joven don Manuel Argüello dióle un abrazo, diciéndole: -Esto me huele a viaje largo; al país de donde no se vuelve nunca.

Argüello quiso despreocupar a Cañas recordándole su popularidad, sobre todo, en el ejército.

-Allí precisamente está el peligro- contestó el General-; si yo fuera aborrecido, no me temerían, y me dejarían tranquilo; para probarte que no me engaño, vamos a hacer una apuesta: tus cigarros concluyeron, y yo aún tengo dos macitos, mientras que tú tienes fósforos, de los cuales yo carezco. Si me separan para fusilarme, mis cigarrillos te pertenecerán; y si al contrario, sólo se trata de una mera formalidad, tus fósforos serán míos. El premio pues, lo representan: para mí la caja de fósforos, para ti mis cigarrillos; adiós y que El nos ayude a todos.

Y saludando al grupo de amigos, marchó tranquilo y sereno, para la pieza que seguía al salón.

Conocida es la célebre carta que en despedida escribió a su amigo íntimo don Eduardo Béeche. En sustancia decía así:

"Querido don Eduardo; dentro de unos momentos me habrán despachado al otro mundo; no temo el viaje, sólo me apena la suerte de mi Lupita, y la de mis hijos que quedan pobres, desterrados y sin apoyo.

"En mi larga existencia he tenido ocasión de enfrentarme mil veces con la muerte; pero siempre la vi a través de la excitación de la victoria o de la pena y la vergüenza de la derrota. Hoy es diferente, pues la escuálida Parca me mira tranquila y se burla al considerarme víctima, no de mis enemigos, sino de mi Patria adoptiva, y de mis amigos.

"¡No importa! Siempre he creído que el hombre es inmortal y que la muerte es el despertar de la vida; la aurora de una nueva existencia; que dentro de cuarenta minutos habré dejado de soñar y comenzaré a vivir en el lugar que Dios tiene destinado para los que hemos vivido según sus leyes, y haciendo cuanto bien hemos podido a la familia, a la Patria y a la humanidad en general.

"¡Adiós! Dígale a Dorila su esposa, que no olvide a su viejo tío, a quien llamaba el corruptor de su marido; para corrupciones estoy ahora, que dentro de una semana ni los perros se acercarán a mi corrupto cuerpo.

"Adiós y adiós ... Esa mancha que parece de aceite, al principio de esta carta, no es más que una malhadada lágrima, que sin mi voluntad se escapó de mis ojos. De nuevo, adiós. Cañas".

El viejo batallador salió de su prisión custodiado por una fuerte escolta. El pelotón de ejecución marchaba inmediatamente detrás de él. Cualquiera que no hubiera sabido que se trataba de ultimar a aquel hombre, habría pensado que quien mandaba la escolta era él, y que el pálido y tembloroso oficial que en realidad iba a la cabeza de la fuerza armada, era el destinado al último suplicio.

El General en jefe, Blanco, en vano solicitó, rogó y amenazó a todos los oficiales del ejército expedicionario, uno después de otro, para que obedecieran y mandaran hacer fuego contra Cañas. Todos se negaron a hacer el papel de verdugos del héroe de la Campaña Nacional. "Preferimos morir, a mandar a hacer fuego sobre nuestro valiente jefe", dijeron todos. Por fin se presentó el mismo capitán que llevó de San José la sentencia de muerte y despertó a los prisioneros en la madrugada. ¿Quién ignora el nombre de ese fatídico acuchillador de inocentes y de heroicos personajes?

Ramón es su nombre de bautismo; buscad lector el apellido de esa fiera humana y lo encontraréis en la historia de Costa Rica siempre que se ha tratado de hacer mal a los hombres o a las cosas. Para cada persona que encontró en el tránsito para los Jobos, tuvo Cañas una palabra' agradable. Al uno lo saludaba y le preguntaba por su esposa o su hija. A la otra la llamaba por su nombre de

convención, como lo hizo con la "Lorenza " a quien vio en una ventana, en donde lloraba y gemía ya ronca y desesperada. "Sígueme, la dijo, pues te necesito en los Jobsos".

Llegado al mismo lugar donde fueron fusilados Mora y Arancivia, suplicó al oficial que le permitiera mandar el pelotón que debía darle muerte. El grosero militar le dijo que en Costa Rica sobraba quien lo hiciera, más al ver el gesto amenazador y hostil de los soldados, dijo: "Sea, pero que esto concluya pronto". El viejo guerrero con voz llena, alta y clara, dio las órdenes.

-¡Atención camaradas ... ! Preparen ... Apunten ... aquí, al pecho, no tiren a mi cara... ¡fuego!
Un suave gemido se oyó y todo fue concluido.

A las doce del día dos de octubre, almorzaban los prisioneros que aún restaban vivos en el salón ya descrito antes. Apenas comían, silenciosos, tristes e inquietos, cuando entró la simpática y generosa Lorenza la Realejeña, gritando: "¡Asesinos, bandidos, ya lo estarán matando!" "¿A quién?", preguntaban todos. En ese instante se oyó una descarga de fusilería ...

-Ya no existe Cañas, esa descarga es la de la escolta que lo ejecutó. Aquí traigo un macito de cigarros que la víctima me entregó para que lo pusiera en manos de don Manuel Argüello. Dijo que aunque él había ganado la apuesta, pagaba porque ya no necesitaba ni cigarros, ni fósforos, pues en el otro mundo era prohibido fumar.

El oficial don Rosario Gutiérrez recogió la dentadura postiza que usaba el general y se la obsequió a Lupita, la viuda mártir.

EPILOGO

Antes de que se señalara en La Chacarita, el lugar donde deben sepultarse los cadáveres de los que mueren en Puntarenas, el camposanto de esa población lo era el nombrado Manglar, frente a la población, con el Estero de por medio.

Nada más triste y desolado que esa lengua de arena, situada al pie de las siniestras selvas de manglares, que tiene: al saliente las cumbres del Monte del Aguacate, al poniente las azules aguas del Golfo de Nicoya, al norte los manglares referidos y al sur, en lontananza, el grande océano, precedido de la punta de arenas en que está situada la ciudad del mismo nombre.

En ese arenal, abandonados de Dios y de los hombres, reposaron los restos de los que fueron los generales Mora y Cañas, hasta que un generoso hijo de la Francia, don Juan Bonnefille, los recogió y colocó en ricas urnas, que se depositaron en el panteón de San José. Que la tierra le sea ligera a él mismo; pues poco después murió, llorado por su respetable familia y por sus numerosos amigos.

Las olas del Estero a veces lamen esa arena, que apenas oculta los cadáveres que allí se depositan.

Dos años después del cruento drama que hemos relatado, una Hermana de la Caridad joven y bella, pero de una palidez y demacración excesiva, oraba allí arrodillada al pie de una pequeña cruz de madera. Acompañábale otra religiosa de la misma orden, ésta ya entrada en años. Eran, la primera, Elisa Delmar, la otra, la Madre Escolástica de la Visitación, superiora que había sido en Guatemala.

Elisa, desesperada por la prematura muerte del general Cañas, vivió seis meses en Esparta con su madre Berta. Mas éste último apoyo le faltó, a consecuencia de una fiebre biliosa que la llevó al sepulcro.

Sin lazos que la ligaran a Costa Rica y decidida a profesar en la orden de las Hermanas de Caridad, malvendió los pocos bienes que dejó Berta, y se marchó para Guatemala.

Un año después profesó y vivió algunos meses en el Hospital de la Antigua Guatemala, en donde fue apreciada en lo que valía, por sus compañeras y por las madres.

Un día llegó en el correo la orden de la superiora de la corporación para que se embarcara con otras hermanas y una madre y pasaran a Montevideo a desempeñar una importante comisión. Así fue que al pasar por Puntarenas desembarcó allí, para visitar el sepulcro de Cañas.

Esta fue la última vez que tuvimos noticias de su existencia, y hoy ignoramos si vive o ha volado al Elíseo a juntarse con sus padres.

Alberto Villalta, enfermo de incurable amor no correspondido, volvió a Colombia y se hizo matar en una de esas que llaman folliscas en Panamá, batiéndose como se baten los que nada tienen en la vida.

ANTONIO SANTA ANA

LOS OJOS DEL PERRO SIBERIANO



Es terrible darse cuenta de que uno tiene algo cuando lo está perdiendo.

Eso es lo que me pasó a mí con mi hermano.

Mi hermano hubiese cumplido ayer 31 años, pero murió hace 5.

Se había ido de casa a los 18, yo tenía 5 años. Mi familia nunca le perdonó ninguna de las dos cosas, ni que se haya ido, ni que se haya muerto.

Esto, si no fuera terrible, hasta sería gracioso.

Pero no lo es, lamentablemente.

Perdonen si este párrafo es confuso. Quiero contar toda la historia esta noche.

Mañana me voy.

Tal vez si logro repasar mi historia en voz alta, aunque sea una vez, me sienta más liviano en el momento de tomar el avión.

Pero no sé si podré.

I

Nosotros vivimos en San Isidro en una de esas grandes casonas de principio de siglo, cerca del río.

La casa es enorme, de ambientes amplios y techos altos, de dos plantas. En la planta baja, un pequeño hall, la sala, el comedor con su chimenea, el estudio de mi padre, donde está la biblioteca, la cocina y las habitaciones de servicio. En la planta alta están los dormitorios, el de mis padres, el de mi hermano y el mío, un cuarto para que mi madre haga sus quehaceres (siempre fue denominado así: para los quehaceres de mi madre, he vivido toda mi vida en esta casa y no sé cuáles son los quehaceres que mi madre realiza en ese cuarto) y un par de habitaciones vacías. Obviamente también hay baños, dos por planta.

La casa está rodeada por un gran parque, en la parte de adelante hay pinos y un nogal, detrás los rosales de mi madre y sus plantas de hierbas. Mi madre cultiva y cuida sus hierbas con un amor y una dedicación que creo no nos dio a nosotros. Estoy exagerando, pero no mucho. Cultiva orégano, romero, salvia, albahaca, tres tipos de estragón, tomillo, menta, mejorana y debo estar olvidándome de varias.

En la primavera y el verano las utiliza frescas, un poco antes del otoño las seca al sol y las guarda en frascos en un sitio oscuro y seco.

En realidad no sé por qué les cuento esto, no tiene mucho que ver con nada y no es importante. Pero cada vez que me imagino a mi madre, la veo arrodillada o con unas tijeras de podar, sus guantes, un sombrero de paja o un pañuelo, hablándoles a sus plantas.

Uno de los momentos más felices de mi niñez era cuando me llamaba y me pedía que la acompañara. Me explicaba cuál era cuál, qué tipos de cuidados requerían, cómo curarlas cuando las atacaba el pulgón o alguna otra plaga, o cómo podar el rosal.

No es que a mí me interesara la jardinería particularmente, pero el solo hecho de que ella quisiera compartir conmigo esa actividad a la que se dedicaba con tanto esmero bastaba para hacerme sentir dichoso.

Podía quedarme horas doblado en dos revolviendo la tierra, abonando las plantas sin importar el clima.

Tal vez cuando ustedes evocan su niñez y sus momentos felices, recuerdan algún paseo o unas vacaciones. No sé. Yo evoco el olor de la tierra y el de las hierbas. Aún hoy, tantos años después, basta el olor del romero para hacerme feliz. Para hacerme sentir que hubo un momento, aunque haya sido sólo un instante en que mi madre y yo estuvimos comunicados.

* * *

Con mi padre la relación era, o debo decir es, mucho más fácil. Yo me ocupaba de mis asuntos y él de los suyos. Me explico mejor: Si yo me ocupaba de sacar buenas notas, hacer deportes (natación y rugby), obedecerlo y respetarlo, no tendría ningún problema. El, bueno, él... él se ocupaba de lo suyo, es decir de sus negocios y sus cosas, cosas que nunca compartió con nosotros.

Mi padre es, aún hoy con sus sesenta y cinco años, un tipo corpulento. Fue pilar en el San Isidro Club en su juventud y, cuarenta años después, cuando yo jugaba al rugby en las divisiones infantiles, había gente que lo recordaba. Tiene una mirada terrible, una de esas miradas que bastan para que uno se sienta en inferioridad de condiciones, una de esas miradas que hacen que su portador vaya

por el mundo pisando todo lo que le ponen en el camino. Supongo que no hace falta decir el pavor que sentía ante la posibilidad que enfocara en mí sus ojos azules asesinos.

Mi hermano había sido su orgullo, el primogénito y el primer nieto de la familia. En las fotos de cuando Ezequiel era chico y estaba con papá, hay una expresión de felicidad, una gran calma y un indisimulado orgullo en los ojos de mi padre.

Ezequiel nació pesando más de cuatro kilos, el pelo negro como el de mi madre y los ojos azules como los de él. Era una perfecta síntesis de lo mejor de cada uno de ellos, la cara ovalada, la nariz recta. Un precioso niño.

Cuatro años después mi madre quedó otra vez embarazada, pero el bebé, una niña, murió en el parto. En ese momento decidieron no tener más hijos. Después cuando mamá volvió a quedar embarazada no lo podían creer. Ezequiel colmaba todas sus expectativas, era un buen alumno, un hijo ejemplar, era todo lo que habían deseado. Se imaginarán que de ese embarazo nació yo. Ezequiel me confesó muchos años después que me odió por eso. Odió a ese bebe que no era ni grande, ni lindo (yo tengo la combinación inversa; el pelo castaño de mi padre y los ojos marrones de mi madre). Me odió por haber llegado a romper esa química, por haberlo desplazado del centro de atención en el que estaba hacía trece años, hacia la periferia.

II

Seguro que mi primer recuerdo es ése. El del día que Ezequiel se fue de casa. No es que recuerde exactamente la situación, pero sí que yo estaba en mi cuarto y no podía salir; y una cierta tensión en el aire.

Después no vi más a mi hermano hasta la primera fiesta, creo que era el cumpleaños de mamá.

Cuando preguntaba por él me contestaban que estaba estudiando, o con alguna de esas evasivas tan típicas de mi familia.

Yo ya sabía que no vivía más con nosotros, está claro que no se le puede ocultar algo así a un chico, por más que tenga cinco años. Había revisado, a escondidas,

su habitación y sabía que no estaba su ropa, es más, yo me había llevado su Scaletrix, que jamás quiso prestarme, y al no reclamármelo intuía que algo no era normal.

Mentiría si dijera que eso me inquietó. Sólo era una situación nueva, distinta de la habitual. Y me proponía disfrutarla.

* * *

Durante los años que vivimos juntos yo admiraba a Ezequiel, él era mi héroe, era grande, fuerte, todos le prestaban atención cuando hablaba.

Lo trataban como a alguien importante. Como a un adulto.

No sabía entonces, y por cierto que no lo sé ahora, cuáles son los mecanismos que mueven la mente de los niños. Pero supongo que sentí que al no estar mi hermano en mi casa automáticamente toda esa atención caería en mí. Eso de algún modo fue cierto, no como yo lo esperaba, pero sucedió.

Al no estar Ezequiel en casa, yo gané un gran espacio pero no por presencia propia sino por su ausencia.

Mis padres pensaban que ya que se habían equivocado con mi hermano, no cometerían esos mismos errores conmigo.

* * *

Dije antes que mi primer recuerdo es de cuando Ezequiel se fue de casa, y es cierto. Pero tengo lo que yo llamo "recuerdos implantados", esas anécdotas que se comentan en las reuniones, habitualmente en tono jocoso, año tras año. Así pude enterarme de que, estando enfermo, a los tres años no había forma de dormirme, sólo lo hacía si Ezequiel me acunaba y me cantaba una canción.

Bueno, ese tipo de cosas. Ustedes ya saben, las familias se encargan de que sepamos todo tipo de anécdotas, por tontas que sean, más si nos abochornan (estas últimas no pienso mencionarlas aquí).

III

Se supone que a los amigos se los elige. A Mariano yo nunca supe si lo elegí o si cuando llegué al mundo simplemente él me estaba esperando.

Su padre había sido compañero de estudios del mío, se hicieron amigos, tuvieron algunos negocios en común y aún hoy se encuentran todos los sábados a la mañana en el club para jugar al tenis.

Con Mariano estuvimos juntos desde el jardín de infantes, durante casi todo el colegio primario nos sentamos juntos, íbamos al mismo club. Hasta un poco después de mis 11 años fuimos inseparables.

Una tarde volvía de su casa hacia la mía. Eran cerca de las seis. Caminé las dos cuadras que las separaban pateando las hojas caídas de los árboles, por eso recuerdo que era otoño.

Habíamos ido juntos al colegio y luego al club, estoy seguro porque entré a mi casa por la puerta de la cocina dejando mis zapatillas embarradas en el lavadero.

Entrar por la puerta principal embarrando el piso era causa suficiente para ser desheredado.

Por eso recuerdo tan claramente que entré por la cocina.

Por eso no me oyeron entrar.

Iba caminando hacia mi cuarto y al pasar frente a la puerta del despacho de mi padre escuché la voz de Ezequiel, abrí la puerta para saludar y vi a mi madre con la cara entre las manos, levantó la vista al oír la puerta y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Yo no entendía qué era lo que estaba pasando, busqué a mi alrededor alguien que me explicara algo. Ezequiel bajó la vista y no me devolvió la mirada.

El que si me miró, y cómo, fue mi padre. Tenía esa mirada que yo había tratado toda la vida de evitar.

—Andá a tu cuarto —me dijo. Me quedé inmóvil. No entendía nada.

¿Por qué mamá estaba llorando? ¿Por qué Ezequiel no me saludaba?

AN- DÁ- A- TU- CUAR- TO- TE- DI- JE- Creo que si una serpiente de cascabel hablara sería más dulce que mi padre. Había tanta ira en cada una de esas sílabas, que no esperé que me las repitiera. Cerré la puerta y subí corriendo. A pesar de los años transcurridos, recordé el día en que Ezequiel se fue de casa.

Las dos veces había estado confinado en mi cuarto, pero esta vez lo que flotaba en el aire no era tensión, era violencia.

No sé qué habrían hecho ustedes, pero lo primero que hice fue llamar a Mariano.

Atendió la madre:

—¿Vos no sos el mismo que hasta hace 15 minutos estuvo con él?— se burló—. Ya te paso.

Cuando Mariano se puso al teléfono le resumí la situación lo mejor que pude y se rió bastante con mi imitación del "an-dá-a-tu-cuar-to-te-di-je".

Cuando pudo parar de reír me dijo:

—Me parece que tu hermano la cagó otra vez.

IV

Con Mariano nos habíamos enterado hacía un año de los motivos que desencadenaron que Ezequiel se fuera de casa. Nos enteramos de todo porque, ya lo he dicho, nuestros padres eran amigos, el padre de Mariano se lo contó a su madre y ella a Florencia, la hermana de Mariano tres años mayor que nosotros, como ejemplo de las cosas de las que se debía cuidar. Una vez que lo supo Florencia a que lo supiéramos nosotros hubo un solo paso. Extorsión mediante, debo decirlo. Florencia siempre ha sido buena para hacer negocios.

La historia fue así: Ezequiel salía desde los 15 con una chica llamada Virginia, también el padre de ella era amigo de papá. En el ambiente donde nosotros nos movemos es difícil relacionarse con alguien si nuestras familias no lo están de alguna manera, o son compañeros del club de papá, o lo fueron de estudios, o tienen negocios en común, o nuestras madres son amigas, etc. En resumen, Ezequiel salía con Virginia, que hasta había estado unas vacaciones con nosotros en el campo de la abuela. Esto no es un "recuerdo implantado", he visto fotos, ya que el nombre de Virginia ha dejado de mencionarse en nuestra casa.

Me estoy yendo por las ramas. El tema es el siguiente: Virginia quedó embarazada y el embarazo fue interrumpido.

Cuando el padre de Virginia se enteró, fue a pedirle explicaciones a papá y a exigirle que Ezequiel se casara con su hija.

Papá, con el buen humor que lo caracteriza (estoy siendo irónico), quiso obligar a Ezequiel a casarse con Virginia.

Ezequiel dijo que no, que ni loco, la discusión fue subiendo y subiendo de tono, hasta terminar con Ezequiel yéndose de casa y abandonando sus estudios.

—Me parece que tu hermano la cagó otra vez —me dijo Mariano y yo me quedé pensando si no tendría razón.

V

Esa noche no me llamaron a cenar. A la mañana siguiente en el desayuno nadie habló, algo que era bastante habitual.

Pero las caras de mis padres expresaban que no habían dormido.

Obvio que tampoco pregunté nada. Lo lógico hubiese sido que yo dijera:

—Miren, está todo bien, yo soy parte de la familia, Ezequiel es mi hermano, si se mandó otra cagada tengo derecho a saberlo. No me parece justo estar enterándome por terceros. Además ya tengo 10 años. Me merezco una explicación. Así que cuéntenme todo.

Ya lo dije, no pregunté nada. Valoraba lo suficiente mi pequeña vida como para desafiar a mi padre.

Si bien es cierto que el nombre de Ezequiel no se mencionaba habitualmente en casa, después de ese incidente la sola mención de su nombre provocaba chispas.

Yo no tenía idea de lo que podía haber pasado, la actitud de mis padres me sonaba exagerada. Mi madre había descuidado su jardín, algo que se notaba a simple vista. Y mi padre...bueno, su malhumor superaba todo lo imaginado.

Me dediqué, aprovechando que nadie me prestaba atención, a espiar sus conversaciones y ...nada. Lo único que escuchaba era a mi madre llorar y a mi padre insultar y decir a cada rato:

—¿Por qué a mí? ¿Por qué, eh? Después enumeraba todo lo que le había dado a Ezequiel, colegios, viajes, deportes, etc. Parecía tener todo anotado en algún lugar, una suerte de inventario educacional.

Yo creí que mi hermano le había hecho algo directamente a él, después de todo mi padre no preguntaba: ¿por qué a nosotros? sino ¿por qué a él?

Con Mariano nos propusimos avanzar hasta el fondo del asunto, pero por más que intentamos sobornar a Florencia ella tampoco pudo averiguar nada. Si no se lo habían contado al padre de Mariano debía ser más grave de lo que imaginábamos.

Sólo tenía dos opciones: preguntarles a mis padres o a Ezequiel.

Opté por la segunda.

Lo único que faltaba resolver era cuándo. Yo nunca había ido a la casa de Ezequiel, es más, tampoco sabía donde vivía. Tardé 3 ó 4 días en encontrar su dirección en una libreta de mamá. Entonces me dispuse a hacer un viaje, un viaje en el 60, un viaje en colectivo. De San Isidro a Palermo. Un viaje de 40 minutos.

Un viaje que cambiaría mi vida para siempre.

VI

En la literatura hay una gran tradición de viajes, no me refiero a los espaciales ni a los de piratas, sino a esos viajes que los protagonistas realizan para volver al mismo lugar pero transformados.

Si algún día se escribiera la novela de mi vida, suponiendo que tuviera interés para alguien, habría que dedicarle gran espacio a ese viaje que ni siquiera me acuerdo en qué fecha realicé.

Ese día fue la primera vez que mentí a mis padres. Mariano, que sabía adonde iba, se ofreció a cubrirme. Se suponía que yo iba a estar en su casa un rato antes de nuestro entrenamiento de rugby, lo que me daba un poco más de tres horas para ir y volver.

Para ser fiel a la verdad debo decir que en ningún momento se me pasó por la cabeza la posibilidad de que Ezequiel no estuviera en su casa. Yo iba a pedirle

explicaciones acerca de lo que estaba haciendo infeliz a mi familia, su obligación era la de estar. Y estaba.

Cuando abrió la puerta del departamento saltó sobre mí un enorme perro siberiano (no era tan enorme, me di cuenta después, es que yo nunca me llevé bien con los perros, ni ellos conmigo).

—No...no sabía que te...tenías un perro— tartamudeé, mientras me lamía la cara.

—Están iguales — contestó—, él no sabía que yo tenía un hermano. ¿Pasás? ¿O te pensás quedar en la puerta?

Pasé. Entramos directamente al comedor y me senté en una silla. Se hizo un silencio incómodo, largo. Él lo rompió.

—¿Los viejos saben que estás acá?

Negué con la cabeza.

—Muy bien, muy bien. Las nuevas generaciones aprenden rápido. Yéndote de casa sin permiso a los 10, me imagino qué cosas harás a mi edad— dijo y se rió.

Eso me molestó. Yo estaba ahí para pedirle explicaciones. No para que él me las pidiera a mí. Yo estaba ahí para saber qué era lo que había hecho ahora ese desalmado que hacía que mi madre llorara todo el día. Me armé de valor y le dije:

—¿Hace mucho que lo tenés...este...digo...al perro?

Ezequiel se puso serio por primera vez. Antes estaba divertido por mi presencia, sabía que había ido a buscar algo, y que no me atrevía a preguntar. Pero igual me contó la historia.

—Hace poco más de un año y medio, fui con Nicolás a la casa de una amiga suya. ¿Te acordás de Nicolás? Bueno, no importa. Lo importante es que la amiga criaba perros siberianos. Éste se llama Sacha. Era el más chiquito de la cría, el último que nació. Por eso lo iban a matar.

—¿En serio lo iban a matar? Si es hermoso.

—Sí que es hermoso, ¿no es cierto?— dijo acariciándolo—. Pero a los últimos de cada cría los criadores los matan, son los más débiles, los menos puros de la raza. Los criadores viven de la pureza, ese es su negocio, no les conviene que haya perros impuros dando vueltas por ahí. Si vos conocés a otros perros de esta raza, te podés dar cuenta que éste tiene las orejas un poco más grandes y...

—Tiene los ojos marrones— interrumpí.

—Eso no tiene nada que ver. Además a mí me gustan así marrones. Hay un cierto aire de verdad en los ojos de los perros siberianos, como si supieran nuestros secretos. Bah, esto es un delirio mío, no me hagas caso.

—Pero lo que no puedo creer es que los maten.

—La gente no entiende nunca al que es diferente. En una época los metían en manicomios, en otras en campos de concentración— suspiró—. La gente le tiene miedo a lo que no entiende. Si la sociedad margina a los que son diferentes, qué destino puede tener un perro que tiene las orejas un poco más grandes.

Otra vez se hizo silencio. Yo lo rompí.

—¿Por qué los viejos están tan enojados con vos?—Pregunté rápidamente y casi sin respirar.

—Porque tengo SIDA— contestó.

VII

Aquella tarde, después de bajarme del colectivo (algunas paradas antes), me quedé dando vueltas por el barrio.

Mi barrio, en el que había vivido toda mi vida, me parecía distinto. Como una gran escenografía. Y yo era un actor en esa obra. Un actor de reparto.

Me sentía liviano y pesado a la vez, si es que acaso eso es posible. Tenía frío y calor. Transpiraba y las orejas me ardían.

Mucho más tarde de lo que debía, me decidí a ir a casa. Ensucí mi ropa deportiva para no levantar sospechas y traté de encontrar alguna excusa convincente para explicar mi demora. Nunca me habían pedido explicaciones, pero al saber que tenía que mentir, me sentía en inferioridad de condiciones.

En casa no había nadie. Encontré una nota en la puerta de la heladera explicando que mis padres habían salido, no recuerdo a dónde, y que la cena estaba en la heladera para calentar en el microondas. No cené.

Subí a mi cuarto, tenía mucho en que pensar. No sé cuánto tiempo estuve así, tirado en la cama y con la luz apagada. Hasta que sonó el teléfono.

—¿Hace mucho que llegaste? Creí que me ibas a llamar. ¿Cómo te fue?—
obviamente era Mariano.

—No, llegué recién— fue todo lo que atiné a decir.

—¿Y? Contáme qué te dijo...

—Nada...no...no estaba. Eso, no estaba —mentí de la forma más convincente que pude.

—¿Y por qué tardaste tanto en volver?

Así son los amigos, uno quiere estar solo, pensar, terminar una conversación y ellos lo someten a uno a un interrogatorio.

—Lo que pasa...es...es...que me perdí. Me perdí. No encontré la parada del colectivo para volver. Me fui caminando para el otro lado —realmente ni yo me lo creí, mi voz estaba toda temblorosa, muy poco convincente.

—¿Te pasa algo, estás un poco raro? —insistió él.

—Estaba yendo para el baño cuando sonó el teléfono.

—Ah, bueno —Mariano se rió—. Andá tranquilo no quiero que te ensucies los pantalones por mi culpa. Nos vemos mañana.

Y cortó. Por fin.

Tenía muchas cosas en qué pensar, muchas cosas que no entendía.

Prendí la tele, buscando algo que me distrajera un poco. El lío que tenía en la cabeza era como un gran ovillo que no tenía ni principio, ni final. Al menos por el momento. Al menos para mí.

Me encontré mirando "Tarzán en New York", una de esas tantas películas horribles, con uno de esos tantos tarzanes horribles. La historia era así, unos cazadores capturaban a Chita y la subían a un barco. Tarzán se subía a otro barco para ir a rescatarla, y el barco lo llevaba a Nueva York. Al llegar, se tiraba al río y se trepaba al puente (ése que aparece en todas las películas) y se quedaba parado con expresión de oligofrenia), mientras los autos pasaban y la gente le gritaba cosas en un idioma que él no entendía. Después se enganchaba a una rubia fenomenal (Jane) y rescataba a Chita. Pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que yo me sentía como Tarzán en el puente.

Desnudo y rodeado de cosas que no entendía.

VIII

Ezequiel me observó un buen rato y después siguió acariciando a Sacha.

Porque tengo SIDA porque tengo SIDA porque tengo SIDA. La frase me retumbaba en la cabeza. Porque tengo SIDA porque tengo SIDA porque tengo SIDA. Yo tenía la boca abierta y una expresión de alorado total.

—¿Cómo te contagiaste? —pregunté en un hilo de voz.

Me miró fijo. Tenía un brillo en los ojos que yo conocía bien. En ese momento me di cuenta cuánto se parecía a mi padre. Mucho más de lo que cualquiera de los dos fueran capaces de admitir.

—Bien, bien, bien. Por fin nos sinceramos. Acá tenemos a un futuro criador de perros. ¿Te mandó tu padre? —hizo silencio un momento, yo no me sentía capaz de balbucear nada.

—¿Acaso tiene importancia cómo me contagié? —continuó—. Digno representante familiar hacer una pregunta tan imbécil. ¿Qué estás esperando que te diga? ¿Qué soy homosexual? ¿Drogadicto? ¿Qué me contagió el dentista? ¿Eh? ¿Vos creés que eso tiene alguna importancia? Lo único que realmente tiene importancia, es que me voy a morir, que no sé cuánto tiempo de vida tengo. Y que por más que viva eternamente nunca voy a poder tener una vida normal.

"Estás siendo injusto conmigo", pensé, "me escapé de casa para venir a verte, vos sabés muy bien qué me puede pasar si papá se entera que estoy acá. Soy tu hermano, no tenés derecho a hablarme así. No te quería ofender, en serio, no sabía que hablar de esto te molestaba. Discúlpame. ¿Homosexual, drogadicto? ¿De qué estás hablando? No te quería molestar".

Pero dije: —Mejor me voy.

Y me fui.

IX

—Anoche no cenaste —dijo mi madre cuando bajé a desayunar.

—No me sentía bien, no es nada, ya pasó.

—¿Nada? Para que vos no cenes...Si querés podés faltar al colegio.

—En serio mamá, no es nada —y la abracé, la abracé muy fuerte. Nosotros no somos de esas familias que se la pasan besándose y abrazándose. Por eso ella me miró extrañada.

—¿Y eso? ¿Te agarró un ataque de cariño? ¿Seguro que querés ir al colegio?

—Sí, mamá —le dije con mi mejor expresión de fastidio. Realmente prefería ir al colegio a quedarme en casa. Quería tener la cabeza ocupada en algo, aunque ese algo fuera la profesora de matemáticas.

En el colegio estuve insoportable. Tenía miedo de que Mariano se diera cuenta de que estaba preocupado y comenzara con uno de sus interrogatorios, en los que siempre lograba ganarme por cansancio.

Necesitaba tranquilidad para pensar algo que me estaba dando vueltas en la cabeza desde la noche. Si a Ezequiel no le importaba lo que a mí me pasara, a mí no tenía que importarme él. Después de todo yo nunca había tenido un hermano, nunca había contado con él. Había vivido la mitad de mi vida sin él y podía seguir así tranquilamente. No me importaba que tuviera SIDA o lo que fuera. Si era por mí, Ezequiel se podía ir a la mismísima mierda.

X

—¿Una partida?

Así era desde hace años. Mi padre se acercaba y decía "¿una partida?", en un tono que se asemejaba más a una orden que a una pregunta. Yo contestaba: "sí, papá". Aunque estuviera haciendo la tarea, jugando o mirando la tele, me levantaba, caminaba hasta su estudio y me disponía a aceptar otra sesión de ajedrez.

"Mens sana in corpore sano". Este era el axioma de mi padre. Me obligaba a hacer deportes, a jugar al ajedrez (al menos una vez a la semana) y me sometía a largas sesiones de música clásica. Mi padre amaba esa música, en especial a Wagner, y quería trasmitirme ese amor.

No lo logré. Salvo Bach o Mozart, o las sonatas de Beethoven, esas horas que dedicaba a hacerme escuchar música se parecían más a una tortura que a un placer.

—Jaque mate. Hacía mucho que no te ganaba tan rápido. Estás desconocido.

—Es que...jugaste muy bien papá.

—No me mientas, yo te enseñé a jugar, sé que no estás concentrado —y frunció el ceño.

Esos son los momentos en la vida en los que parece que los segundos duran años, y en los que me odiaba por no tener una imaginación frondosa.

—Es que...estoy pensando en mi cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños? Pero si faltan como veinte días —y se rió—. ¿No tendrás algún problema en la escuela?

Lo negué. No recuerdo cómo continuó la conversación, pero habíamos entrado en un terreno que me favorecía. Siempre fui un buen estudiante, la escuela era uno de los pocos lugares donde me sentía seguro de salir bien parado. Insisto, no recuerdo cómo terminó la conversación. Pero conociendo a mi padre estoy seguro de que fue comprometiéndome a otra partida al día siguiente.

XI

En esos días comencé a tener una pesadilla que me persiguió por años.

Un viajero sediento camina por el desierto, ve la sombra de un ave de rapiña, pero no al ave. Si mira hacia el cielo el sol lo ciega. Sólo ve la sombra amenazante haciendo círculos cada vez más cerrados, cada vez más cerca.

XII

El domingo de esa semana vino a visitarnos la abuela, lo recuerdo bien.

Ella vivía en el campo, y tenía un departamento en Barrio Norte, que utilizaba cuando venía a la ciudad por algún motivo. Nosotros la visitábamos al menos una vez por mes, y pasábamos el fin de semana en su casa.

Yo amaba esos días. Días de levantarse temprano para ayudar en el ordeño. Días de andar a caballo y comer manzanas que arrancaba del árbol.

Era muy raro que mi abuela dejara su casa un fin de semana, sólo lo hacía de lunes a viernes y trataba de volver al campo en el día.

Era común sí, encontrármela un miércoles a la salida de la escuela y almorzar juntos, ella se apuraba en regresar temprano.

—Ya estoy vieja para manejar con tanto tránsito —decía y se reía—, mejor temprano a casa que mañana hay que madrugar.

Ese domingo, ni bien llegó a casa, mi padre la sometió a un interrogatorio preguntándole por qué había venido, si se sentía bien, si tenía algún problema, etc. Mi abuela lo toleró un buen rato hasta que le contestó algo así como que estaba bastante grande para responder esas cosas y que creía que podía venir a nuestra casa cuando quisiera. Mi padre se quedó mudo, y mi madre y yo también, era la primera vez que yo veía a alguien contestarle así a mi padre y dejarlo sin palabras. En ese momento sentí que quería a mi abuela un poquito más que antes.

* * *

Almorzamos pollo con hierbas, frutas y alguna cosa más. El almuerzo transcurrió como transcurren habitualmente este tipo de encuentros, charlas sobre el tiempo, el colegio, las vacaciones pasadas, las que vendrán.

Estuve todo el tiempo divertido contemplando a mi abuela, me duraba el asombro por la forma en que había tratado a mi padre. Después del café, continuamos nuestra conversación en la sala, hasta que mi abuela se levantó para ir a sentarse al jardín.

Durante un rato la observé desde la ventana de mi habitación, sentada sobre el banco de piedra a la sombra de los pinos, después me decidí a acompañarla.

—Tu padre se asombra de que venga a almorzar un domingo con ustedes, pero siempre que vengo me hacen lo mismo de comer: ¡pollo con hierbas!

Nos reímos, era cierto. Desde hacía años cuando alguien venía a comer mi madre cocinaba lo mismo. Variaba los acompañamientos y las entradas pero no el plato principal. Era algo muy extraño. Rara vez mi madre repetía un menú durante el mes cuando cocinaba para nosotros, es más, es una excelente cocinera. Nunca un plato tuvo dos veces el mismo sabor, siempre modifica algo, siempre encuentra algún ingrediente que modificar, aun en cantidades ínfimas, "tal vez media cucharadita más de paprika", o cosas por el estilo.

De ahí que resulte más ridícula su obsesión por el pollo con hierbas; aunque para hacer honor a la verdad, siempre estaba exquisito.

Cuando paramos de reír, hablamos de lo que siempre hablábamos entre nosotros: el campo.

Me contó acerca de Noche, una yegua que a mí particularmente me gustaba. Siempre en mis visitas, hiciera frío o calor, con lluvia o con sol, iba hasta el corral, me acercaba despacio, le daba terrones de azúcar, la acariciaba y recién después la montaba. Era una suerte de ritual que compartíamos, Noche me miraba llegar y seguía en lo suyo, no levantaba las orejas, no hacía ningún gesto. Esperaba. Yo sabía que ella disfrutaba de nuestros encuentros tanto como yo, no podría explicar cómo, pero lo sabía.

—Me enteré que fuiste a la casa de Ezequiel —dijo mi abuela de repente.

Me quedé de una pieza. Miré desesperadamente alrededor. Si mi padre se enteraba era capaz de encerrarme en un convento y hacerme monja.

—Quédate tranquilo, no les dije nada a tus padres— dijo leyéndome el pensamiento.

—¿Y vos co..cómo te..te enteraste? —tartamudeé.

—Lo leí en el diario —y se rió.

Yo no pude ni siquiera esbozar una media sonrisa, estaba esperando que la tierra se abriera y me tragara.

—Me lo contó Ezequiel, por supuesto.

—¿Ezequiel?

Eso realmente no entraba en mi cabeza. No me lo imaginaba llamando a la abuela para contarle que yo lo había ido a ver. No lo podía creer.

—Sí claro, Ezequiel. Tu hermano. ¿Sabes quién es, no?

Otra vez silencio. Otra vez angustia. Todo parecía indicar que la angustia no me abandonaría.

Desde mi visita a su casa trataba de olvidarlo, de que todo volviera a ser como antes, de que mi hermano volviera a ser una referencia lejana, alejada de nuestra vida cotidiana. Ese nombre apenas susurrado por mis padres. Y esa presencia ineludible en las reuniones familiares, en las que mis padres se empeñaban en mostrar que nada era anormal, pero no podían evitar que se notara su incomodidad.

—Yo lo veo seguido, al menos una vez por semana. Y ante mi cara de sorpresa prosiguió:

—No, no te sorprendas. Es mi nieto. Que se haya ido de la casa de tus padres no cambia las cosas. Es más, a mí me parece una cosa totalmente natural, no puedo entender por qué hacen tanto escándalo. Si vos te pelearas con tus padres, yo te seguiría queriendo igual, es algo totalmente lógico. Es hasta tonto tener que explicarlo. ¿Lo vas a seguir visitando?

—No... no creo.

—Es una pena, me puse tan contenta cuando me enteré de tu visita... Ezequiel también, claro. Aunque sé que terminó de una manera un poco, cómo decirlo, abrupta. Fue un buen gesto de tu parte ir. Yo pensé que todo iba a ser como antes, después de todo él te enseñó a caminar y me acuerdo de que vos sólo te dormías si Ezequiel te cantaba una canción...

—Basta con eso, por favor —no grité pero mi voz salió de una manera rara, tal vez fue por la angustia de todos esos días o no sé por qué, pero mi voz sonó distinta, como si fuera otro.

Pude ver la cara de sorpresa de mi abuela. Eso me armó de valor para continuar.

—Basta con eso, por favor —esta vez con mi voz normal—, la semana que viene cumpla once años y todo lo que me podés decir de Ezequiel es que me enseñó a caminar y que me cantaba una canción cuando yo tenía tres años. Una canción que ni siquiera sé cual es. Lo único que tenemos en común los dos son nuestros padres, después nada más, abuela. Nada más. Nos separa un abismo.

—Tal vez lo bueno de los abismos sea —concluyó la abuela— que se pueden hacer puentes para cruzarlos.

XIII

Después de que se fue la abuela, me quedé dando vueltas y vueltas en mi cuarto. No sabía qué hacer, pero sí sabía lo que no quería hacer: pensar.

En mi cabeza se agolpaban Ezequiel y mi padre; puentes y abismos, y a pesar de no haber sido mencionado en nuestra charla, el SIDA y el ave de rapiña.

En la televisión daban El Mundo de Disney. Nada lograba deprimirme más. Esos brillos, fuegos artificiales y sonrisas de la presentación me producían dolor de estomago.

Busqué, entonces, un libro; todos los que me interesaban ya los había leído, algunos releído. Los que quedaban eran esos libros, típicos regalos de

cumpleaños, que el abuelo de alguien leyó a los ocho años y le gustó, entonces a los ocho años del padre de ese alguien le regalan también ese mismo libro, y obviamente el pobre alguien a los ocho recibe también ese mismo libro acompañado de una frase de este estilo: "Seguramente lo disfrutarás mucho, pequeño alguien, tu abuelo y yo, (o tu padre y yo depende), lo hemos disfrutado mucho también". A nadie le importa que hayan pasado al menos 50 años y que no todos los libros resistan el paso del tiempo.

De esa lógica, a regalarlo en el primer cumpleaños, hay un paso muy corto que se da habitualmente.

Decidí ir a comprarme un libro a la librería del Shopping. No lo sabía en esos años y no estoy seguro de estar en lo cierto ahora, pero sospecho que uno se hace lector para completar lo inacabado. Para completarse.

Y así conforme van pasando los años van cambiando los gustos y nos parece mentira que hayamos disfrutado ciertos textos, que después creemos execrables.

Seguramente no pensaba en esto cuando caminaba por San Isidro para ir a buscar un libro que me liberase de la angustia.

Sí recuerdo mi desazón cuando llegué a la librería, pregunté por Clara y me contestaron que tenía franco. Habitualmente las embarazadas nos inspiran dulzura, la embarazada que me informó que Clara no estaba y agregó con su mejor sonrisa Mac Donald's: "¿Te ayudo en algo, tesoro?", me inspiró repugnancia. Supongo, a la luz de los años, que la buena mujer tal vez no era tan desagradable, pero yo a Clara le debía el haberme hecho lector. Ella siempre me había recomendado buenos libros y sabía cuáles darme según mi ánimo.

Gracias a ella descubrí autores que mis amigos, aun los más lectores, ni siquiera rozaron.

Creo que ella fue mi primer amor. Yo suponía que esos libros eran sólo para mí, que no tendría otros clientes a quienes recomendárselos. Tal vez no fue tan bueno que yo me hiciera lector a su imagen y semejanza, y que ella me ahorrara los dolores de cabeza. Nunca lo sentí así. Siempre creí que tenía una especial

percepción para saber lo que yo iba a disfrutar, y estoy seguro de que ella disfrutaba recomendándome.

Ese domingo en que ella no estaba, no encontraba qué leer. Tal vez por mi estado de ánimo, tal vez por mi dependencia.

Revisaba todos los estantes aún los de los chicos más pequeños. Me entretuve buscando a Wally, o algo parecido, a pesar de que nunca me gustaron esos libros. Y de repente me encontré con una pila de María Elena Walsh.

Los abrí, los hojeé. En uno de ellos, no recuerdo en cuál, me encontré leyendo o cantando o no sé: "Mírenme soy feliz/ entre las hojas que caen/ cuando atraviesa el jardín/el viento en monopatín". La canción del jardinero. La canción con la que me acunaba Ezequiel.

Sentía su voz en mi cabeza. "Yo no soy un bailarín/ pero me gusta quedarme/ quieto en la tierra y sentir/ que mis pies tienen raíz". Ezequiel.

Y otra vez la sombra del ave de rapiña, cada vez más cerca.

Creo que me mareé, o no sé bien que pasó. Lo que recuerdo es la pila de los libros en el piso. Toda la obra de María Elena Walsh tirada. La cara de espanto de la embarazada y yo corriendo como alma que lleva el diablo. Supongo que todos pensaron que me había robado algo.

Sé que no paré de correr hasta el río. Lloraba. No me podía sacar de la cabeza la cara de la gorda, el ave de rapiña, los libros en el piso.

Y la voz de Ezequiel cantando: "Aprendí que una nuez/ es arrugada y viejita/ pero que puede ofrecer/ mucha mucha mucha miel".

XIV

Mirando a lo lejos parece que el río y el horizonte fuesen uno. No faltaba mucho para que acabara la tarde. El gris plomizo de las nubes se fundía en el marrón claro del agua.

Todo estaba en calma.

Ni el agua se movía en la orilla, donde el río se hace barro.

Algunos años atrás, cuando las aguas no estaban tan contaminadas, a esta hora las familias se demoraban en irse luego del pic-nic del domingo.

Es increíble como cambia todo.

La última vez era tan distinto; el río, los árboles, las piedras.

Me senté en una piedra a un par de metros del agua. Desde ahí con la vista en el río parece que no hubiera nada más en el mundo, sólo la extensión marrón interminable y yo.

Hay muchos que piensan que nuestro destino ya está escrito, que ninguna de nuestras acciones es fruto del azar, que nada de lo que hagamos puede modificar nada. Me cuesta creerlo.

Me cuesta creer que toda esta confusión es sólo producto del destino.

Me gustaría que mi todo volviera a estar en orden, tranquilo como hoy está el río.

No sentirme tironeado por obligaciones y deberes que no sé si son correctos.

Pero ¿qué es lo correcto? Indudablemente obedecer a mis padres. Ellos hacen lo mejor por mí.

Aunque también habrán hecho lo mejor por Ezequiel, y ahora no están conformes con él.

Ezequiel.

¿Por qué sentirme obligado a verlo? Siempre fue una referencia lejana, nunca estuvo presente en mi vida, al menos la de los últimos años.

El viento se levanta con fuerza, el río, antes quieto, ahora se agita y me moja los pies. Vuelan hojas y ramas. Tengo que irme antes que llueva si no quiero empaparme.

Tal vez así sea mi destino. Calmas y tormentas.

XV

Toda esa semana, la anterior a mi cumpleaños, estuve ocupado con los preparativos de la fiesta. Mariano me ayudó. Chequeó los invitados, nos acompañó a mi madre y a mí a hacer las compras, se ofreció para ayudarnos a acomodar cuando se fueran todos, etc.

Su compañía en todo momento me alivió mucho, estaba con él en el colegio, en el club, y en mi casa en mis ratos libres. Durante esa semana, entre la ansiedad del cumpleaños y Mariano, logré sacarme de la cabeza a Ezequiel.

Llegó el sábado y con él la fiesta. Todo en orden.

—Hay comida como para un regimiento —dijo mi abuela al entrar en casa antes del mediodía.

Ella siempre llegaba temprano a mis cumpleaños, se quedaba a dormir y se volvía al campo temprano, la mañana siguiente.

La comida consistía en sandwiches de miga, salchichitas, empanadas, calentitos, chips, dips; todo hecho por mi madre al igual que una enorme torta de chocolate, rellena con dulce de leche, crema y merengue, decorada con frutillas.

El regimiento, que no era tal sino mis cuarenta invitados de todos los años, entre compañeros del colegio y del club, además de los parientes de rigor, arrasó con todo.

Antes de la fiesta mi madre, al igual que en todas las reuniones anteriores que yo había hecho, se deshizo en pedidos de cuidados fundamentalmente por sus plantas. Ella quería que uno a uno, cuando llegaran les pidiera que tuvieran especial atención en no pisar ninguna planta ni romperle las ramas al rosal, "se pueden lastimar con las espinas", trataba de convencerme y de convencerse por su repentino interés por la salud de mis amigos.

Obviamente que no hice ninguna indicación a nadie, el noventa por ciento de los invitados vivían en casas con jardines y tenían madres. Sabían que un pétalo caído es sinónimo de desmayo maternal.

La fiesta transcurrió sin ningún inconveniente, el parque resultó ileso, salvo que al gordo Fernando, un compañero de rugby, se le cayó un vaso de coca-cola sobre el parquet, lo que es sólo sinónimo de suspiro profundo.

Cuando se estaban yendo los primeros invitados llegó Ezequiel, que nunca había venido a ninguno de mis cumpleaños anteriores, y caminó despacio entre las

miradas de asombro de los parientes y las de curiosidad de mis amigos. Sólo la abuela lo miraba divertida.

—Te... te perdiste la torta —le dije

—No importa. Feliz cumpleaños —me dijo—. Toma, es para vos.

Y me dio un paquete, lo abrí. Era un compact disc. De Dire Straits, "Brothers in arms".

—¿Hermanos en armas? —pregunté.

Me miró de arriba abajo y sonrió.

—No, Hermanos abrazados.

XVI

Cuando sólo quedaban los mayores y Mariano, puse el compact. Yo no sabía quiénes eran los Dire Straits, nunca los había escuchado, Mariano sí. Mientras charlábamos de otros temas que tenían y esas cosas, se acercó mi padre.

—Música moderna, je, je —dijo, para luego agregar—: ¿Qué buen regalo, no?

Mi padre no escuchaba jamás música cuyo compositor no hubiera muerto hacía por lo menos cien años.

En casa no había rastros de otro tipo de música, ni jazz, ni tango, nada.

—A mí, creo que me gusta —le respondí.

—A mí también —agregó Mariano apoyándose.

—Ya se les va a pasar —afirmó mi padre dando por terminada la conversación.

No sé, no recuerdo qué otras cosas me regalaron aquel año, sólo recuerdo el compact. No creo que eso sea importante. La memoria suele tender muchas trampas. Lo que sí es seguro es que mi padre no quería que yo me acercara a Ezequiel.

Su nombre había sido tantas veces susurrado, tantas otras callado, que se había convertido en un enigma, en un misterio. Eso siempre es atrayente.

El misterio. Desde los orígenes de nuestra cultura nos alimentamos del misterio, las religiones de Occidente se basan en él. Están llenas de misterio, de cosas que son inaccesibles a la razón y deben ser objetos de fe.

En un libro que leí a los diecisiete, pero que me hubiese gustado leer a los doce, dice algo así como que el hombre necesita del misterio como del pan y el aire, necesita de las casas embrujadas, de las personas innombrables, de las calles sin retorno que hay que esquivar.

El misterio.

Ezequiel se acercó.

—¿Seguís siendo hincha de Racing?

—Sí.

—Te invito a la cancha el próximo domingo.

* * *

Pasé todo el resto del domingo escuchando Dire Straits, pensando si ir o no a la cancha. Me moría de ganas, pero ir significaba asumir de una vez por todas que éramos hermanos para bien o para mal. Significaba que tal vez la confusión volvería. Mi abuela, antes de irse, me había dicho que tenía que ir, que la pasaría bien, que mi padre no pondría reparos. Yo no estaba tan seguro.

El lunes en el colegio Mariano estuvo toda la mañana repasando la fiesta como si hubiese sido la suya, tal vez él la sentía así. Estábamos tanto tiempo juntos desde tantos años atrás que algunos nos decían los mellizos. Y ante los demás mi cumpleaños era tan importante como el suyo.

Mariano trató por todos los medios de convencerme para ir conmigo a la cancha, pero afortunadamente no lo logró.

A la tarde, en casa, mi padre me llamó para jugar al ajedrez. Esta vez logré hacerle un poco más de fuerza y la partida fue más larga.

Al terminar llegó lo que yo estaba esperando.

—Me enteré de que tu hermano te invitó a ver un partido de fútbol —me dijo.

—Si, papá —contesté con mi habitual facilidad de palabra.

—Y vos querés ir —prosiguió.

—Me gustaría mucho.

—Vos sos un chico inteligente, no se te escapará que a esos lugares va cualquier clase de gente —e hizo una especial entonación en las palabras "cualquier clase"—. Que además suele haber peleas y mucha violencia.

—Pero, el domingo Racing juega con Platense, no va a pasar nada.

—Noto que ahora sos un especialista en fútbol, yo creí que tanto no te interesaba.

Bajé la vista. No sabía qué responder, nuestras discusiones siempre terminaban así, yo hacía silencio y bajaba la vista, mi padre no volvía a hablar, luego de unos instantes se levantaba y daba por acabada la cuestión, siempre a favor suyo.

Pasó un rato más y en el momento que se paró me armé de valor y le dije:

—Pero me va a llevar Ezequiel, él me va a cuidar, no va a dejar que me pase nada.

—Ezequiel...

Y fue él esta vez que hizo silencio y bajó la vista.

—Vos sabes muy bien —dijo luego de un instante—que nosotros no estamos muy de acuerdo con algunos aspectos de la vida de tu hermano, que estamos... cómo decirlo, un poco distanciados. Así y todo querés que te deje ir a ver un partido de fútbol con él.

—Si papá, por favor —Y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Me miró un buen rato y dijo:

—Está bien, te dejo ir. Pero no pienses que esto termina acá, después del domingo vamos a tener una larga charla nosotros dos.

Se levantó, empezó a caminar para irse, se dio vuelta y me dijo:

—No te olvides de esto; los hombres son como los vinos, en algunos la juventud es una virtud, pero en otros es un pecado.

XVII

Ese domingo mi padre me llevó en auto hasta Palermo, donde nos encontramos con Ezequiel.

No dijo ni una palabra en todo el viaje, pero se deshizo en advertencias cuando llegamos y ofreció darle plata a Ezequiel para pagarme la entrada.

Una vez que logramos despegarnos de mi padre, que me miraba como si estuviera a punto de cruzar el océano en bote a remos y sin salvavidas, nos tomamos un colectivo, el 93, hasta Avellaneda.

Yo no sabía de qué podría hablar con mi hermano, nunca desde que tuve memoria había estado tanto tiempo a solas con él. La conversación fluyó naturalmente, hablamos del colegio, de San Isidro y, fundamentalmente, de la abuela y del campo. Ezequiel sabía cómo manejar la conversación encaminándola naturalmente hacia los temas en los que yo me sentía cómodo y evitar los que a mí me molestaba tratar.

Cuando nos bajamos del colectivo y empezamos a caminar al estadio, me temblaban las rodillas de la emoción. Cantidad de personas con banderas, gorros y camisetas, iban en nuestra misma dirección.

Una vez adentro, superado el impacto de encontrarme de frente con esa mole de cemento, me impresionó la salida de los equipos con todo lo que trae consigo; los colores de las camisetas, las medias y los pantalones sobre el verde del césped; los papeles por el aire; los petardos; y fundamentalmente, el canto de miles y miles de personas, increíblemente afinado.

En un momento cerré los ojos para poder sentirlo todo sólo con el cuerpo, sin la mirada que siempre influye en las sensaciones. Los gritos y el cemento vibrando bajo mis pies.

No sé cuanto tiempo estuve así. Cuando los abrí los tenía llenos de lágrimas. Mire a Ezequiel y le dije:

—Gracias. Es fantástico.

Y él me abrazó. Qué bien se sentía. Era la primera vez, que yo recuerde, que nos abrazábamos.

Empezó el partido, que era por lo que en definitiva estábamos ahí.

Fue lamentable.

Parecía que la pelota quemaba, cada jugador al que se le acercaba la pateaba lo más lejos posible, nadie nunca la puso contra el piso y levantó la cabeza buscando a un compañero. Todo el tiempo la pelota lejos y arriba. Un espanto.

Terminó 0 a 0.

Nos alejamos del estadio caminando despacio por calles angostas. El sol se ocultaba.

Yo estaba feliz. A pesar del partido, la tarde había sido maravillosa. Íbamos afónicos y sudorosos.

—Si Racing sigue jugando así, me voy a morir sin verlo salir campeón —dijo Ezequiel.

La muerte. Otra vez el ave de rapiña volando en círculos. La tarde se deshizo en pedazos. Me pareció que los papelitos que habían saludado la salida de los equipos eran negros. Y que los gritos de las hinchadas habían sido cantos fúnebres.

La muerte.

Ezequiel me revolvió el pelo con su mano. Debe haber visto mi expresión y se rió a carcajadas.

—No tenés que ser tan literal. Si Racing sigue jugando así, vos también te vas a morir sin verlo salir campeón.

Entonces nos reímos juntos.

* * *

Ezequiel me acompañó hasta la puerta de casa y no quiso pasar, argumentó que tenía que levantarse temprano al día siguiente. En ese momento, me di cuenta de que yo no sabía nada de su vida, qué hacía, de qué vivía, si trabajaba o no. Mentalmente me lo agendé para la próxima vez.

Quería que me contara de él.

Cuando entré me recibieron como si efectivamente hubiese cruzado el océano en bote a remos. Mi madre me preguntó si me había pasado algo, si estaba bien y si tenía hambre. No, si y no fueron mis respuestas respectivas. Mi padre no me preguntó nada. Esperó que me bañara y luego me invitó a "dialogar".

No podría transcribir aquí ese "diálogo", que no fue tal, sino un monólogo largo, que yo sólo interrumpí con suplicas y sollozos.

Lo que dijo mi padre ese domingo, que hasta ese momento para mí había sido mágico fue más o menos lo siguiente. Primero: No dejaba de sorprenderlo mi repentino interés por el fútbol, eso demostraba que él me había descuidado, cosa que no volvería a pasar. Pero bueno, él me había inculcado el amor por los deportes y no se opondría a mi pasión, desde ese momento iríamos juntos a la

cancha cada vez que yo quisiera, obviamente a platea, que es donde va la gente decente y no a la tribuna popular, como habíamos ido Ezequiel y yo, que es a donde van los vándalos.

Segundo: Mi relación con Ezequiel. Dado que yo nunca había manifestado interés en relacionarme con mi hermano, mi padre sostuvo que era mejor continuar así. Como regalo de cumpleaños era bastante simpático "un compact-disc de música moderna y un viaje en colectivo hasta Avellaneda para ver fútbol", pero que nuestra relación terminaba allí. Que no era "sano" para un niño de 11 años andar por ahí con un adulto de 24, por más que éste fuera su hermano.

Tercero: Él entendía que yo estaba por ingresar a la pubertad, que mi cuerpo estaba empezando a cambiar, y tal vez tenía alguna duda o pregunta que hacer. Si era por eso, tenía que confiar en él, después de todo era mi padre, me había dado la vida, me había educado.

Yo tenía que confiar en él.

Y cuarto: En cuanto a Ezequiel, me prohibía volver a verlo fuera del ámbito familiar. Todo esto por supuesto "era por mi propio bien" y "más adelante se lo agradecería".

Mi padre como siempre dio por terminada nuestra conversación levantándose y yéndose.

Yo me quedé sentado en su despacho llorando en silencio un largo rato.

Cuando salí, todos se habían acostado. Eran miles las cosas que no podía entender, lo único que sentía era que había algo que no encajaba con el mundo.

Y que ese algo era yo.

XVIII

No volví a ver a Ezequiel por meses. Durante ese lapso su figura crecía dentro de mí, rodeada de un halo de misterio. Misterio que me apasionaba develar. Nunca supe si la atracción que ejercía sobre mí correspondía al hecho de haber disfrutado su compañía, o a que mi padre me hubiese prohibido verle.

Lo seguro es, que durante esos meses, no pude tolerar a mi padre.

Nuestra vida circulaba por los caminos habituales, jugábamos al ajedrez, escuchábamos música clásica, es decir, lo de siempre, pero yo no podía soportar la sola idea de permanecer en una habitación a solas con él.

No lo odiaba, pero era un sentimiento sumamente confuso. Supongo que hay un momento de la vida en que nuestros padres se nos revelan tal cual son. Sin secretos. Yo no podía entender su actitud con Ezequiel, me parecía terriblemente injusto, pero jamás tuve el valor para preguntarle nada.

Hoy, tantos años después, creo que si le hubiese manifestado lo que me pasaba, la situación hubiera sido distinta. Pero yo tenía 11 años, él era el adulto, a él le correspondía dar ese paso. El paso que hay de la autoridad a la confianza.

XIX

Estuve angustiado, sin saber con quién hablar, ni qué hacer. Una tarde vi a mi madre en el jardín y me acerqué. Cortaba hierbas.

—¿Te ayudo? —le dije.

—Si, claro —contestó, alcanzándome unas tijeras—, corta el tomillo.

Nos quedamos un rato en silencio, envueltos en el perfume de las hierbas. Hasta que le pregunté.

—¿Por qué nunca hablamos de Ezequiel?

Apoyó las cosas en el piso con mucha calma. Estiró su mano como para acariciarme. Me miró. Bajó la mano. Luego la vista y dijo en un susurro.

—Hay cosas de las que es mejor no hablar.

XX

Un domingo de diciembre antes de las fiestas, Ezequiel vino sorpresivamente, al menos para mí, a almorzar a casa.

Lo recuerdo bien. Ese mismo domingo a la tarde Mariano iba a venir a despedirse antes de las vacaciones. Su familia tiene una casa en Punta del Este y todos los años viajan antes de la Navidad y pasan allí todo el verano.

En algunos veranos anteriores nosotros pasábamos todo enero con ellos en Punta del Este, este año sería distinto, mi padre había decidido pasar las vacaciones con la abuela.

—Tengo muchas cosas que hacer en Buenos Aires —dijo—, no puedo darme el lujo de irme tan lejos. Desde el campo puedo viajar y volver en el día y no descuidar los negocios. Así que, familia, este año nada de mar.

No sé qué opinaba mi madre al respecto, yo estaba feliz con la posibilidad de pasar todo el verano en el campo con la abuela.

Así estaban las cosas ese domingo cuando abrí la puerta y me encontré con la figura de Ezequiel. Nos dimos un abrazo largo, profundo.

—Tenía ganas de verte —le dije en un susurro—, pero papá no me deja.

Me miró y sonrió.

—Después de comer hablamos. —Y entró a casa con un paso seguro.

Yo lo interpreté como una señal de desinterés. No sé qué estaba esperando que hiciera, tal vez que me rescatara de esa casa donde me sentía profundamente infeliz. Después, pensándolo bien, me sentí como un imbécil por eso.

El almuerzo transcurrió lentamente, casi sin hablar, o hablando sólo de las vacaciones y de las fiestas. Ezequiel contó que quería pasar fin de año con nosotros en el campo, pensaba irse de vacaciones en febrero, con unos amigos, a Villa Gesell. Sé muy bien que la mesa familiar no es el ámbito más indicado para hablar ciertos temas, pero mi familia me parecía tremendamente hipócrita. Nunca se mencionaba a Ezequiel y cuando se lo hacía, lo he dicho, la mención de su nombre producía chispas. Algunos meses atrás mi madre lloraba por él, mi padre estaba indignado. Y lo peor de todo, al menos para mí, era que me habían prohibido terminantemente verlo.

Y ahí estábamos los cuatro charlando de banalidades. De las fiestas y de las vacaciones.

* * *

—No te creí tan falso —le dije con sorpresa para él y para mí, un rato después del café, cuando nos encontrábamos sentados bajo los pinos en el parque de casa.

—No te entiendo, ¿por qué lo decís?

—Por todo eso —dije señalando la casa—. Deliciosa la comida, mamá. Pasemos las fiestas juntos, papá —le contesté, parodiando su voz.

—Creo que estás confundido —hizo un largo silencio y prosiguió—. La comida de mamá siempre es deliciosa. Y sí, quiero pasar las fiestas con ustedes —y se rió. Se rió muy fuerte, a mí me indignó.

—Pero a mí no me dejan verte, nunca te nombran y si lo hacen no es para nada bueno. ¿Me vas a decir que no te das cuenta de eso?

—Sí, claro que lo sé, no me subestimes. Pero eso no significa que yo no los quiera ni que ellos no me quieran a mí. Eso no significa que yo no disfrute de su compañía, claro que no todos los días, pero me agrada verlos de vez en cuando. Son mis padres, viví con ellos dieciocho años después de todo ¿no? Entiendo lo que vos querés decir, pero me gustaría que vos me entendieras a mí.

Hizo una pausa y suspiró.

—Mira, yo no puedo vivir con ellos. Ya no. Pero mientras viví con ellos, salvo los últimos tiempos, estuvo bien. Tal vez esto sea un poco confuso para vos, pero es así.

Y me contó que él entendía los miedos de nuestros padres, y también de cuando vivía en casa, y secretos de familia, y mucho más.

Yo estaba como en trance, fascinado por descubrir a otra persona, a Ezequiel, mi hermano. Sé que todo esto puede sonar extraño, pero era exactamente eso, un descubrimiento. Con el agregado de que hablábamos de cosas relacionadas con mi familia, que yo ni siquiera me animaba a pensar. Repasándolo, a la luz de los años, como lo he hecho tantas veces desde que Ezequiel murió, cada momento desde que fui a su casa a pedirle explicaciones hasta la última vez que lo vi, me doy cuenta de que muchas de las cosas de las que hablamos eran tan simples, que tal vez no merecieran mayores comentarios. Pero para mí eran algo así como la verdad revelada. Como pensar el mundo por primera vez. Así lo viví yo. Así lo vivía esa tarde de diciembre hasta que llegó Mariano.

* * *

Era el primer verano de nuestras vidas que no pasaríamos juntos. No sabíamos que el del año anterior había sido el último.

Supongo que una mezcla de la felicidad que tenía después de la tarde con Ezequiel y la excitación de Mariano ante la proximidad de sus vacaciones generaron una química extraña.

Pusimos el compact-disc de Dire Straits y nos sentamos en el piso de mi cuarto apoyados en la cama. Pasamos toda la tarde charlando, con una intimidad que nunca habíamos tenido.

El me contó cosas de su familia, de su hermana. Yo le conté cosas de la mía y algunas de las cosas de las que hablamos con Ezequiel. Y también nos reímos, nos reímos mucho, nunca la había pasado tan bien con él.

Atardeció, el reflejo anaranjado del sol bañaba la habitación, el equipo de audio ya estaba apagado. Estuvimos un rato en silencio, y Mariano me contó que estaba enamorado de María Eugenia, una compañera nuestra desde el jardín de infantes, algo que jamás hubiera sospechado, ni que estuviera enamorado de María Eugenia, ni de nadie.

Mariano estaba eufórico porque ella también viajaba a Punta del Este y él pensaba declarársele. Supongo que fue el resultado de todo, la charla con Ezequiel, la confesión de Mariano, lo que me animó a contárselo a pesar de haberme jurado no decírselo a nadie.

—Ya sé por que están enojados con Ezequiel.

Mariano me dedicó una mirada invitando a seguir.

—Porque tiene SIDA.

Se quedó en silencio, no preguntó nada. Yo lo imité.

—Supongo que no lo vas a ver más —dijo al rato, como en un susurro.

—Claro que lo voy a seguir viendo. Es mi hermano.

Su cara se transfiguró, se puso roja.

—No seas ridículo. Nunca fue tu hermano, durante años no te importó. No lo veas más, ¿no te das cuenta de que te podés contagiar?

—Vos sos el ridículo, es imposible que me contagie.

Mariano me miró indignado. —Es tarde —dijo, y se fue.

La magia se había perdido. Nunca más volvió a mi casa.

XXI

Un par de días antes de Navidad nos fuimos al campo.

Pasamos Nochebuena solos con la abuela. Para fin de año llegaron algunos de mis tíos y Ezequiel.

Yo estaba feliz, al haber tanta gente era mucho más fácil poder pasar el tiempo charlando con Ezequiel. Ya no tenía dudas, me sentía bien con él. Disfrutaba de su compañía.

Esos cuatro días caminamos por el campo, cabalgamos, hablamos sentados a la sombra de un sauce llorón.

Una de esas tardes lo estaba ayudando a preparar café, cuando se rompió una taza que le cortó la mano. Me quedé inmóvil y Ezequiel también. Miraba la sangre y la taza, y en ese momento pensé en Mariano y si tendría razón. Creo que

Ezequiel percibió mi miedo, pero nunca me hizo ningún comentario al respecto.

Ese fin de año fue la primera vez que me dejaron tomar alcohol, una copa de champagne en el brindis de las doce.

Recuerdo esos días con sumo placer.

Cuando se fue Ezequiel y nos quedamos solos mis padres, la abuela y yo, ya había tomado la determinación de hacer algo para verlo más, no sabía qué, ni cómo. Lo que sí sabía es que fuera lo que fuera que me acercaba a Ezequiel, el misterio, la curiosidad o lo que fuera, era un vínculo auténtico, verdadero.

Y tenía que encontrar la forma de que no se rompiera.

XXII

Pasó todo el verano sin que se me ocurriera nada.

En marzo tendría la respuesta.

Nosotros volvimos del campo una semana antes de las clases, lo primero que hice al llegar fue llamar a Mariano. Quería que me contara cómo le había ido en sus vacaciones y con María Eugenia. Llamé varias veces a su casa y nunca pude dar con él, tampoco contestó a mis llamados. Eso me extrañó muchísimo. Habitualmente, después del colegio, nos hablábamos por teléfono, rara vez no lo hacíamos. Y esa vez que hacía tres meses que no nos veíamos, no me contestaba.

No encontraba explicación, pero esa semana mi madre me pidió que la ayudara con la casa, y con el jardín, su obsesión, que después de tanta ausencia suya estaba bastante deteriorado, y creí que a Mariano podía sucederle algo similar.

Esperaba el primer día de clases con ansia, eran tantas las cosas que tenía para contarle.

Llegué muy temprano al colegio y me quedé en la puerta esperándolo. Lo vi llegar, desde lejos, de la mano de María Eugenia, y me alegré por él. Cuando llegó a mi lado me saludó con un "hola" frío e impersonal. Pasó caminando casi sin mirarme y fue a buscar un lugar al lado de María Eugenia.

Todos mis compañeros estaban extrañados, nos habíamos sentados juntos todos los años anteriores y ahora yo me sentaba solo, a tres bancos de distancia. Me evité en todos los recreos. Yo no salía de mi asombro. Hasta que me di cuenta de que me estaba haciendo pagar "mi culpa".

Yo era el hermano del sidoso.

* * *

Al volver a mi casa me encerré en mi cuarto a llorar toda la tarde. Esa iba a ser la primera de las muchas muestras de intolerancia que recibiría durante lo que le quedaba de vida a Ezequiel.

No podía entender la actitud de Mariano, y no tenía el valor de ir a pedirle explicaciones. En los entrenamientos y en educación física, evitaba tocarme. El hecho de pensar que lo vería ignorarme durante todo el año escolar, los entrenamientos de rugby y el colegio secundario (en el colegio que habían estudiado nuestras familias desde el jardín de infantes hasta el secundario,

nuestros padres formaban parte de la asociación de ex-alumnos) me partía el alma.

Mariano había sido mi único amigo desde que tenía memoria, había sido mi confidente y yo el suyo. Que ahora me diera la espalda era algo que no podía comprender. Me sentía solo.

Definitivamente solo.

Las primeras semanas de clase se me hicieron eternas, el hecho de pensar en estar sentado solo, y pasar los recreos sin Mariano me angustiaba profundamente.

En mi casa me preguntaban qué pasaba con Mariano que ya no venía como antes, y yo lo explicaba gracias a su relación con María Eugenia.

A principios de abril logré sobreponerme a la situación y armarme una coraza para que pareciera que no me importara. Los demás chicos de la clase nos habían preguntado que había pasado entre nosotros, y los dos, cada uno por su lado contestamos lo mismo, que nos habíamos peleado. Debo reconocer que en ese momento, a pesar de que sabía cómo había impactado en él la enfermedad de Ezequiel, a tal punto de terminar nuestra relación, valoré ese pequeño gesto, que entendí como un homenaje a lo que había sido nuestra amistad, no revelar los verdaderos motivos de la distancia.

Con el tiempo comprendí que no me hacía ningún favor, que no debía agradecerle nada, que la enfermedad de Ezequiel no era algo vergonzante. Pero a esa edad y con el sentimiento de soledad que experimentaba, no lo hubiese resistido.

* * *

Gracias a eso tomé la mejor decisión, la más adulta que he tomado en mi vida. Cambiarme de colegio.

Decidí ir al Nacional Buenos Aires, el único colegio lo suficientemente prestigioso, además del que iba, que mi familia toleraría.

Convencer a mi padre me costó mucho, pero su padre había egresado de allí, con medalla de oro, y parte del prestigio familiar había pasado por sus aulas. Después

de semanas de súplicas y argumentaciones, logré convencerlo; y nos pusimos a buscar el mejor instituto para preparar mi examen de ingreso.

Mi padre me advirtió que el ingreso era serio, que era mucho lo que había en juego, mucho lo que estudiar, que tendría que dejar rugby (que era una de las cosas que yo quería, un lugar donde evitar a Mariano) y que no toleraría "bajo ningún concepto" mi fracaso.

Encontramos el instituto, el mejor, el más caro, (para mi padre esos dos conceptos son sinónimos), y me inscribí.

El instituto quedaba a cinco minutos de viaje de la casa de Ezequiel.

XXIII

Cuando murió Ezequiel descubrí que la tristeza me quedaba bien. Que tal vez era mi estado natural.

Comencé a usar ropa negra, a leer poetas malditos. Todos los días me recitaba un poema de Rimbaud que dice: "Hay, en fin cuando uno tiene hambre y sed, alguien que os expulsa".

Mis compañeros de curso también tenían, por momentos, un aire triste o melancólico. Quizás la adolescencia sea en sí una etapa triste. El dolor de dejar atrás la niñez para convertirse en algo que ya somos (hombres, mujeres) sólo virtualmente. Realmente, no lo sé.

Lo que sé es que la tristeza de ellos iba y venía; la mía parecía estar cosida a mis pies. Como una carga de siglos sobre mi espalda.

En las reuniones ellos reían y se divertían, yo en cambio me quedaba parado en un rincón, con un aire perdido, como si no supiera divertirme. Como si no supiera cómo pasarla bien.

La tristeza.

XXIV

En mayo comenzó la preparación en el instituto. Asistía lunes, miércoles y viernes por la tarde; dejé definitivamente rugby, y empecé a viajar solo y a disponer de más tiempo para mí.

Mis padres, en especial mi padre, se deshicieron en recomendaciones. Si bien ya soñaban con mi egreso triunfal del Nacional Buenos Aires, y yo aún no había ingresado, por otro lado no les gustaba nada esa libertad que tendría, ni la posibilidad de que anduviera por la calle. Al principio querían ir a buscarme a la salida, pero mi madre estaba haciendo uno de sus innumerables cursos, aquel era de pintura sobre madera, y para mi padre representaba perder alrededor de dos horas (sagradas) de su trabajo. Cuando se dieron cuenta que no había otro remedio, accedieron a dejarme viajar solo.

Lo que yo quería era alejarme lo más posible de San Isidro, evitar la posibilidad de cruzarme con Mariano y que éste me ignorara.

Para mí el instituto fue un enorme descubrimiento, el primero de todos los que vendrían después. El hecho de encontrarme con tantos chicos de mi edad de distintos sectores sociales, que vivían en distintos barrios, esa cosa en definitiva tan insignificante para cualquier otro chico, me maravillaba. No teníamos mucho tiempo para charlar, las clases eran bastante exigentes, aunque a mí, ya fue dicho, me gustaba estudiar y no tuve mayores problemas, no me sobraba el tiempo para relacionarme con los demás. Igual, disfrutaba mucho sabiendo que estaba rodeado de desconocidos.

Pensándolo ahora, veo que era más mi temor al desengaño, luego de lo que había pasado con Mariano, que otra cosa. Si no trabé amistad con ninguno de los demás no fue por falta de tiempo, sino por miedo.

* * *

El veintiuno de julio, al comienzo del invierno, Ezequiel tuvo la primera crisis, de todas las que tuvo durante su enfermedad.

Enfermó de neumonía, estuvo bastante delicado, diez días de internación de los que salió con la prescripción médica de tomar AZT y sin trabajo.

Ezequiel trabajaba en un estudio de diseño gráfico desde hacía dos años. En el momento de la internación, en su trabajo se enteraron de su enfermedad y lo echaron. Argumentaron razones presupuestarias, Ezequiel no les creyó; después de la experiencia con Mariano yo tampoco.

Unos días después de la salida de la clínica de Ezequiel, vino la abuela a casa a charlar con mi padre. La abuela quería que papá se llevara a Ezequiel a trabajar a su oficina. Mi padre sostenía que no era necesario que Ezequiel trabajara, que podría venir a vivir a casa como antes y sin rencores; y por otra parte sostenía que era lógico que se quedara sin trabajo, que él como empleador tampoco tomaría riesgos si un empleado suyo tuviera SIDA, hay que pensar en los demás, decía.

XXV

Cuando empezó a tomar AZT, Ezequiel se vio obligado a llevar una dieta sana y a realizar ejercicios, para contrarrestar los efectos de la droga.

Todos los días salía con Sacha a realizar largas caminatas, y esas caminatas lo llevaban lunes, miércoles y viernes, a la puerta del instituto donde yo estudiaba.

La primera vez que lo vi parado en la puerta esperándome, me temblaron las rodillas, a mí no se me había permitido ir a verle a la clínica, es más, hacía más de tres meses que no nos veíamos, si bien yo estaba enterado de todo lo que pasaba, había desarrollado un sexto sentido para escuchar a mis padres cuando hablaban de él, y además la abuela, siempre la abuela, me contaba. Me sentía en falta por no haberlo visitado.

—No me dejaron ir a verte —le dije sin saludarlo siquiera.

Ezequiel sonrió, tenía una sonrisa apagada, todo él estaba apagado, no era ya la persona luminosa de antes. Estaba asustado, algo de lo que no me di cuenta hasta que fue tarde.

—Ya sé, no importa. La abuela siempre me manda saludos tuyos. ¿No te molesta que te venga a buscar?

Le contesté que no, por supuesto. Esa primera vez y las siguientes nos limitamos a caminar en silencio hasta la parada del colectivo, con Sacha correteando entre ambos.

A la segunda semana, Sacha ya saltaba para recibirme apenas ponía un pie fuera del instituto. Lo cual me hizo ganar la simpatía de muchos de mis compañeros.

Sacha nos daba tema de conversación. Yo no me animaba a preguntarle de su enfermedad, ni de su dieta, entonces le preguntaba sobre la dieta de Sacha.

Ezequiel me contaba qué le daba de comer y cómo la cuidaba, de los libros que había leído para cuidarla bien. Se lo tomaba todo con absoluta seriedad, sabía muchísimas cosas de los perros del ártico, su historia, sus costumbres, y sus diferencias con los perros de origen europeo.

Hablando de ella fue que un día me dijo:

—Uno de los motivos porque quiero tanto a este perro es por sus ojos. Desde que estoy enfermo la gente me mira de distintas maneras. En los ojos de algunos veo temor, en los de otros intolerancia. En los de la abuela veo lástima. En los de papá enojo y vergüenza. En los de mamá miedo y reproche. En tus ojos curiosidad y misterio, a menos que creas que mi enfermedad no tiene nada que ver con que estemos juntos en este momento. Los únicos ojos que me miran igual, en los únicos ojos que me veo como soy, no importa si estoy sano o enfermo, es en los ojos de mi perro. En los ojos de Sacha.

XXVI

Ezequiel me pidió que yo cuidara a Sacha antes de su última internación, la definitiva. Lo llevé a casa, traté de cuidarlo tan bien como él, de llevarlo a caminar todos los días. Pero en mi casa en esos días todos estábamos muy nerviosos, Sacha también. Rompió varias de las plantas de hierbas de mamá y terminó en el campo de la abuela. Yo rogué, lloré e imploré, fue inútil. Ezequiel todavía no había muerto y a mí se me negaba cumplir con una de sus últimas voluntades.

Nos pusimos de acuerdo en que nadie se lo diría, Ezequiel nos preguntaba por Sacha cada vez que nos veía, nosotros le contestábamos que estaba bien. A pesar de tranquilizarlo a él, nadie pudo tranquilizar el daño que produjo en mi conciencia el tener que mentirle a mi hermano moribundo.

XXVII

Los paseos al salir del instituto se hacían cada día más largos, aunque yo me demorara cada vez más, en casa a nadie parecía importarle.

Después de mi viaje de fin de curso, algunas de nuestras caminatas terminaban en su casa. Yo no visitaba su departamento desde que fui a pedirle explicaciones, y esa vez no tuve demasiado tiempo para prestar atención a nada.

La primera vez que llegué allí acompañado por él, descubrí su biblioteca. Tenía libros de diseño gráfico, fotografía y de literatura. Le gustaba especialmente la ciencia ficción y el *fantasy*. Me prestó *El señor de los anillos* y puso a mi disposición cualquiera de sus libros.

Me contó, al preguntarle por la cantidad de libros de fotografía que tenía, que le gustaba mucho sacar fotos.

Siguiendo con mi inspección al lado de su cama encontré un chelo.

—¿Desde cuando tocas el chelo? —le pregunté sin salir de mi asombro.

—Lo compré hace cuatro años. Estudié un año y dejé. El año pasado volví a estudiar.

¿El año pasado? Me parecía extraño, el año anterior se había enterado que tenía SIDA, y se había puesto a estudiar chelo...

Me miró y sonrió.

—Mira, lo único cierto que sabemos todos de la vida es que nos vamos a morir. Y lo único incierto es el momento. Digamos que al enterarme que lo incierto avanza sobre lo cierto, me propuse no morirme hasta no poder tocar la Suite No. 1 en Sol mayor de Bach.

Y se rió.

* * *

Guardé *El señor de los anillos* en mi mochila, le pedí que hiciera ruido, para que en mi casa creyeran que hablaba desde un teléfono público, y llamé para decir que me había demorado en la casa de un compañero, para ponerme al día con lo que habían visto mientras estaba de viaje de fin de curso. Ezequiel se rió mucho cuando corté y apostó a que no me iban a creer, y que aunque me creyeran mis excusas no servirían de nada. Tuvo razón.

En la parada del colectivo le comenté que estaba sorprendido de que sacara fotos y tocara el chelo y yo no lo supiera.

—Uno nunca termina de conocer del todo a las personas —me dijo—, ni aún a las más cercanas, padre, madre, hermanos, hermanas, marido, mujer. Siempre hay una zona de cada uno que permanece a oscuras, alejada por completo de los demás. Una zona de pensamientos, de sentimientos, de actividades, de cualquier cosa. Pero siempre hay un lugar de nosotros en el que no dejamos que entre nadie más. Yo creo que eso es lo que hace a las relaciones con los demás tan interesantes, esa certeza que, aunque nos lo propongamos, nunca los vamos a conocer del todo.

XXVIII

Cuando llegué a casa, me recibieron con un sermón de órdago. Que quién me creía yo para ir a la casa de desconocidos sin permiso, que en qué cabeza cabe, y otras expresiones de las que caben en cualquier repertorio paternal.

Era la primera vez que me retaban y no me importaba mayormente, tal vez estaba creciendo, tal vez me estaba haciendo inmune a los retos, no sé. Lo único seguro es que estaba disfrutando a mi hermano y esta vez no pensaba dejar que me quitaran ese placer.

Estaba dispuesto a mentir, a planificar mis actividades, para verlo contra viento y marea.

Creo que esa fue la única, auténtica rebeldía que me permití en mi vida.

* * *

Me sumergí en la lectura de *El señor de los anillos*, que a pesar de tener alrededor de 500 páginas, leí en una semana. Era el primer libro largo que leía, después me prestó el tomo II y el III. Los leí con igual voracidad.

Ezequiel era un gran lector, y me recomendaba libros con gran tino.

—No importa si los entendés, o no; si te gustan déjate llevar por las palabras, que sean como música en tus oídos —me decía.

En todos los libros que me prestaba yo trataba de encontrar sus rastros, el por qué le habían gustado. Tantas veces me desilusioné con gente que me prestaba o

recomendaba libros que no me gustaban. Siempre, lo primero que busco en los libros son las huellas del otro, del que me los alcanza.

Los libros habían sido importantes en mi vida, y el poder compartirlos con él le daba un nuevo significado a nuestra relación.

* * *

Un sábado a la tarde estaba en mi cuarto leyendo *Un mago de Terramar*, uno de los tantos libros que me prestaba Ezequiel. Lo recuerdo porque estaba anotando una frase, en ese época tomé la costumbre de anotar las frases de los libros que me gustan en una libreta, una frase que decía: "Para oír, hay que callar". No sé por qué me gustó tanto. Aún hoy, que conservo la libreta, puedo leerla con mi letra temblorosa de entonces.

A pesar de que tenía la puerta cerrada mi padre entró en la habitación.

—Últimamente estás muy lector, y hace mucho que no jugamos al ajedrez —no había ningún reproche en su voz, era su forma de invitarme, yo lo sabía, él no podía de otra manera.

Bajamos la escalera hasta su estudio. Cuando estaba sacando el tablero le pregunté:

—¿Tenés la Suite No. 1 de chelo, de Bach?

Me miró de arriba abajo sorprendido.

—Yo sabía que iba a lograr que te guste la buena música —y remarcó la palabra buena. Me explicó orgulloso que tenía varias versiones, que podía elegir cuál quería escuchar y que si yo tenía ganas podía explicar, mientras las escuchábamos las diferencias entre ellas. Me propuso un montón de cosas más. Rezumaba erudición.

—Elegí la que más te guste a vos, y no digas nada —le dije. —Para oír, hay que callar.

XXIX

En noviembre Ezequiel vino a buscarme por última vez. Ya terminaba el curso del instituto, lo que significaba el fin de nuestras caminatas.

Caminábamos hablando de libros y de autores, me sentía definitivamente importante, teniendo un tema en común con él.

Clara, la librera, me había recomendado un par de libros para Ezequiel y logré sorprenderlo (una cosa más para incluir en mi lista de agradecimientos para ella).

Ezequiel me recomendó que mirara Blade Runner, yo me ufanaba de haberle regalado libros de autores que él no había leído, Sacha corría alrededor nuestro.

De repente se levantó una tormenta. Era una con todas las de la ley, corrimos para guarecernos. No podíamos entrar a un bar a esperar que pasara, no nos dejarían con el perro, y nos costó bastante trabajo encontrar un techo que nos protegiera.

Cuando lo encontramos estábamos empapados.

—Me parece que ya no tiene sentido protegernos —dijo Ezequiel.

Yo estaba asombrado por lo violento de la tormenta, lo rápido que se había desatado y porque en calles que antes estaban llenas de gente, en ese momento no se veía un alma. Las ventanas de las casas estaban cerradas. Se lo comenté.

El se quedó serio un rato y luego dijo:

—El SIDA es como una tormenta, nadie quiere sacar la cabeza para ver qué hay afuera.

XXX

Ese fin de año lo pasamos en casa. Mamá había preparado el menú, desde principios de mes. Una semana antes ya estaba cocinando (evitó el pollo con hierbas). Uno de los motivos de celebración era mi ingreso al Nacional Buenos Aires.

Cuando llegó el 31 de diciembre todo parecía estar en orden, mi madre no había dejado ningún detalle librado al azar. Todo estaba planificado.

Al llegar Ezequiel, sólo con verlo, me di cuenta de que hay cosas que no se pueden prever. Había adelgazado mucho desde la última vez que estuvimos juntos, poco más que un mes atrás, su mirada no tenía brillo, se lo veía débil. Y él lo sabía.

Mis padres, como siempre, se empeñaron en hacer de cuenta que nada sucedía. Pero la verdad era tan evidente, que por primera vez les agradecí sus esfuerzos vanos.

Comimos en silencio. Cada vez que alguien intentaba entablar una conversación, se interrumpía a sí mismo, aún dejando la frase por la mitad.

Esta vez no era yo solo el que veía la sombra del ave de rapiña volando en círculos sobre la mesa familiar.

Terminamos de comer pasadas las once. El tiempo que pasó hasta el momento del brindis fue eterno.

Fue la segunda vez que tomé champagne. En el momento de las doce campanadas, toda la familia levantó sus copas. Pero, ¿cómo desearle feliz año a alguien que probablemente no lo termine?

Me acerqué a Ezequiel y le dije un "te quiero" apenas susurrado. El me abrazó y me dijo: "Yo también".

Era todo lo que necesitaba oír.

XXXI

Pasó el verano, no nos fuimos de vacaciones, sólo unos días al campo de la abuela, unos pocos días debería decir, no llegaron a ser diez. Y no vi a Ezequiel hasta marzo. Hablábamos por teléfono casi a diario, ya no ocultaba mi interés por él. Mis padres lo tomaron con resignación, pero tampoco estaban dispuestos a dejarme ir a verlo.

En marzo, con el comienzo de clases, volvía a gozar de una pequeña libertad. En el colegio me anoté en varias actividades extra curriculares, que me permitían estar más tiempo en la Capital. Mi idea era que cuanto más tiempo estuviera alejado de San Isidro, más posibilidades tendría de ver a Ezequiel.

A mediados de marzo volví a su casa. Llegué sin avisar. Ezequiel estaba trabajando. Desde que lo habían echado del estudio hacía pequeños trabajos como freelance, y sospecho que la abuela lo ayudaba económicamente. Jamás se lo pregunté a ninguno de los dos, ni ellos tampoco me lo comentaron.

Se alegró mucho de verme, lo sé. Estaba más delgado que la última vez. Su salud estaba muy deteriorada, cualquier germen que estaba por el aire él se lo agarraba. Tomaba vitaminas y, me contó, había días que no tenía fuerzas para hacer sus caminatas.

—Sabía que cuando empezaran las clases ibas a volver. Lo sabía —me dijo—. Te tengo un regalo.

Y me regaló una foto. La foto era en blanco y negro. Estaba toda oscura, en el centro había una vela iluminando parte de un pentagrama. El pentagrama estaba en clave de Fa (la clave con la que se toca el chelo).

Esa vez no necesité preguntarle nada.

XXXII

Una mañana de domingo, por esa época, había ido hasta el shopping a comprar un libro y me encontré con unos amigos de papá.

—Nos enteramos de lo de Ezequiel —dijeron después de preguntarme por el colegio, la familia y esas cosas. Bastante incómodo es para un niño encontrarse con amigos de su padre en un lugar tan impersonal como un shopping, como para también tener que hablar de cosas tan delicadas como la enfermedad de su hermano. Me quedé callado.

—Es una enfermedad terrible... —insistieron.

—Si...—balbuceé.

—...la leucemia...

—¿La...leucemia..?

—Sí claro. Leucemia. La enfermedad de Ezequiel. Pobrecito.

No recuerdo si les contesté, sé que me fui indignado. Mis padres, al no poder evitar la evidencia de que Ezequiel se iba a morir, tuvieron que inventarle una

enfermedad. Como si fuera más digno morir de leucemia que de SIDA. Como si fuera indigno ser sidoso. Como si en la muerte hubiera alguna dignidad.

XXXIII

Todos los muertos están solos. Todos.

Ezequiel en el cajón parecía más solo todavía.

Tenía la soledad de los muertos, de todos los muertos, pero también, la soledad de la muerte joven. La soledad de una muerte negada por su familia.

Alguien dijo una vez, no sé quién, que el SIDA es como la guerra, son los padres los que despiden a sus hijos.

Ezequiel no tuvo esa suerte. La abuela y yo solamente lo acompañamos hasta el final.

Cuando Ezequiel murió, papá estaba de viaje de negocios.

XXXIV

Una de las tantas tardes que pasé en su casa ese último año, le hablé de Natalia. Era una compañera del taller de periodismo del colegio. A mí me fascinaba. No sólo era bella, bella es la palabra justa, no entraba en los cánones de la hermosura convencional, era inteligente e irreverente. Tan distinta a todas las chicas que había conocido hasta entonces.

—Sacha, me parece que nuestro joven invitado se nos ha enamorado —dijo aplaudiendo.

Esa actitud me fastidió.

—No me jodas, Ezequiel. Yo te cuento de una chica que me gusta. Que no sé qué hacer.

Que tengo miedo a que me rechace y vos me tomás el pelo.

—Miedo al rechazo...Hermanito, voy a decirte algo, tal vez lo único que aprendí en mi corta vida. Si la cuerda no fuera delgada, no tendría gracia caminar por ella.

XXXV

Una semana antes de cumplir los trece, Ezequiel me pidió que un día antes de mi cumpleaños fuera a su casa, que faltara al colegio si era necesario, pero que tenía

que estar ahí. Le pregunté por qué, ese día me tocaba taller de periodismo y eso significaba ver a Natalia, se lo expliqué, insistí.

—Sorpresa, sorpresa —dijo, y no dijo nada más.

Obviamente estuve allí.

Me sirvió té con masas. Charlamos de vaguedades, yo estaba muy ansioso, quería saber cuál sería el motivo de tanto misterio. De repente se levantó y trajo el chelo. Se sentó. Y sin decir palabra se puso a tocar la Suite No. 1 en Sol mayor de Bach.

Yo ya la sabía de memoria, la escuchaba a diario en diferentes versiones: la de Pablo Casals, la de Lynn Harrell (mi preferida), la de Rostropovich.

Ahora la escuchaba en la versión de Ezequiel.

Es una pieza tan difícil de tocar bien, que sólo los grandes chelistas se animan a ejecutarla en público.

Indudablemente la versión de Ezequiel no tenía la calidad de las versiones que yo conocía, estaba más cerca de ser un ejercicio de digitación que otra cosa, pero tenía tanto amor en cada nota, tanto sentimiento. Una Suite de tal complejidad sólo se puede ejecutar bien después de años de esfuerzo y con mucho talento.

La versión de Ezequiel era puro sentimiento.

Yo no paraba de llorar.

Cuando finalizó nos abrazamos y lloramos juntos.

La semana siguiente lo internaron por última vez.

XXXVI

Los últimos tiempos de Ezequiel, los de su deterioro físico, son demasiado dolorosos para recordarlos en este momento.

XXXVII

El día del entierro comprendí por qué en las películas los funerales se filman siempre con lluvia. En el cementerio donde lo enterraron los pájaros cantaban, había flores, el césped brillaba. Comprendí que la luz del sol es despiadada, son las sombras las que nos protegen.

Ningún gesto se escapa de la vista de los demás. Ningún rictus de dolor. Con tanta luz, tanta claridad, era más dramática aún la idea de la muerte.

XXXVIII

Los últimos días antes de morir, Ezequiel tenía momentos de lucidez y momentos de delirio. Podía estar hablando normalmente y de repente perder el hilo de la conversación.

Estaba durmiendo cuando llegué a la habitación, la abuela aprovechó mi arribo para ir a tomar un café.

Me senté al lado de la cama y le tomé la mano, mientras se la acariciaba se despertó.

—¿Sabés? Yo te enseñé a caminar.

—Sí, lo sé.

—Vaya paradoja, yo te acompaño en tus primeros pasos, y vos me acompañás en los últimos...

—No digas boludeces, Ezequiel.

Sonrió. Cerró los ojos un rato, cuando los volvió a abrir me dijo:

—He visto cosas que ustedes no creerían. Naves de ataque ardiendo sobre el hombro de Orion...

Está delirando otra vez, pensé. Volvió a sonreír, me apretó la mano. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Nunca más los volvió a abrir.

XXXIX

Después que murió Ezequiel nos convertimos durante un tiempo en una familia de fantasmas. Pasábamos por la casa sin vernos. Sin hablarnos.

Poco a poco todo fue volviendo a la normalidad. Mi madre a sus plantas. Mi padre a sus negocios. Y yo, bueno, yo tenía muchas cuentas que cobrarme con mis padres por su trato a Ezequiel.

Pero no tuve el valor.

Seguí dedicándome al colegio, al estudio y a los libros.

Ahora, que terminé el colegio (no logré medalla de oro), me voy a estudiar a una universidad de los Estados Unidos.

No tengo otra forma de irme de aquí.

No sé si voy a volver. Siento que cada vez son menos las cosas que me atan a este lugar.

XL

Hay una cosa que admiré de Ezequiel. A pesar de todo nunca perdió el entusiasmo, ni la alegría. Nunca se entregó.

—Ninguna enfermedad te enseña a morir. Te enseñan a vivir. A amar la vida con toda la fuerza que tengas. A mí el SIDA no me quita, me da ganas de vivir.

XLI

Al mes del entierro de Ezequiel, la abuela vino a verme.

—Antes de la internación, Ezequiel me pidió que te diera esto. Y me dio un video casete. Era Blade Runner.

—He visto cosas que ustedes no creerían. Naves de ataque ardiendo sobre el hombro de Orion.

Rayos "C" brillando en la oscuridad cerca de Tannhauser.

Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

—No sé por qué me salvó la vida. Quizás en los últimos momentos amó la vida más que nunca. No sólo la suya, la de cualquiera... la mía. Buscaba las mismas respuestas que buscamos todos. ¿De dónde vengo? ¿Adonde voy? ¿Cuánto tiempo tengo? Y sólo pude verlo morir.

XLII

Ya amaneció, pasé toda la noche en vela.

Acaba de venir mi madre para avisarme que ya están listos para ir al aeropuerto.

Recién terminé de afinar el chelo por última vez, nunca aprendí a tocarlo, ni lo intenté. Pero, tanto en tanto, lo saco de su estuche, lo limpio y lo afinó.

Mi padre me grita que vamos a perder el vuelo. No importa, hay tiempo. El es de los que llegan, por las dudas, dos horas antes del embarque al aeropuerto.

Natalia va a estar en Ezeiza para despedirme. Irá a verme en dos meses. Nada me gustaría más.

XLIII

Ayer volví, después de tantos años, al río.

El agua, las piedras, los árboles, el viento, son los mismos.

Yo ya no soy el mismo.

Ya no me pregunto cómo será mi destino.

Le debo a Ezequiel el haberme enseñado que la vida no es más que eso: Asomar la cabeza, para ver qué pasa afuera, aunque haya tormenta. Y una Suite de Bach.